



BIBLIOTECA

AMENA

VIII

2
609

B.P. de Soria



61120500

D-2 23609

D-2
3609

DESEQUILIBRADOS

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

DESEQUILIBRADOS
CONFERENCIA FAMILIAR

TERCERA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

111285

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

ES PROPIEDAD



SEÑORAS, SEÑORES:



AY un asunto encantador que á menudo mueve el pincel de los pintores; y es el niño escapado ya de lo que se ha llamado la belleza problemática de las mantillas y ensayándose en dar sus primeros pasos. Pero vosotros habéis visto algo más encantador que esos cuadros; habéis visto la realidad. Ese chiquitín sonrosado, abiertos los ojos de par en par, mostrando en su rostro la ansiedad ante los peligros de la empresa, tendiendo sus brazos á lo largo por temor de naufragio, echando adelante un piececito rollizo que se doblega, tantea y vacila... Y frente á él, la madre, de rodillas, con los brazos tendidos, sonriente y

llamándole, pronta á lanzarse hacia adelante en el momento en que viera vacilar, con peligro de caer, á su queridísimo serafín.

Ciertamente, el espectáculo es conmovedor y con gusto se detiene uno á contemplarle. En el fondo, sin embargo, ese pobre pequeñín tan desmañado y torpe y tardo, es capaz de apurar la paciencia. No hay en ninguno de sus movimientos la menor gracia, ni la menor agilidad. Es una miserable máquina que no se sostiene sobre sus soportes y se halla abominablemente mal equilibrada. Dejad si no á su instinto al chiquitín, y pronto le veréis ponerse en cuatro pies y andar á gatas; más aún, se tumbará cuan largo es, ya boca arriba, ya boca abajo, y tendrá mucho más placer en levantar al aire sus brazos y sus piernas.

Tenerse en pie y derecho le es incomparablemente más desagradable, porque el mantenerse en equilibrio exige un esfuerzo, y todo esfuerzo repugna á la naturaleza humana, esencialmente perezosa siempre, por joven ó vieja que sea.

Nadie culparía por esto á ese niño. Preciso es que aprenda: pero ¡es tan pequeño, y los grandes esfuerzos, los esfuerzos continuos sobre todo, son tan impropios de su edad!

Á la larga, no obstante, unos más pronto y

otros más tarde, todos hemos llegado á andar, hemos forzado y adaptado á las leyes del equilibrio nuestros músculos y nuestros huesos, y nos hemos hecho á cierto grado de agilidad y de gracia. No todos hasta el mismo punto; y aunque parezca que el andar es cosa tan fácil, andar bien debe, en suma, ser demasiado raro, pues no pocas veces oímos decir de unos que tienen andar de hipopótamos, de otros, que andan como los camellos.

No es esto solo; por hábiles que seamos en las leyes del equilibrio, nos sucede á veces que caemos; y esas caídas, cuando alguien nos mira, son desastrosas.

¡Oh! ¡qué risa tan espontánea en cuantos presencian cómo aquella masa pierde el equilibrio, se bambolea y viene á tierra cogiendo una buena liebre!

Aun sin caer, la tensión de músculos necesaria para mantener el equilibrio en la marcha y cuando estamos á pie firme, concluye por cansarnos; y pronto buscamos alguna actitud ó alguna postura que exija ménos trabajo. Nos sentamos, y aquí podéis figuraros todos los géneros de asientos que hemos inventado, desde el taburete hasta el diván... ¿Qué hay en el fondo de todas esas invenciones, de esas invenciones que van hasta el sibaritismo? Siempre, de una

parte el esfuerzo exigido por el equilibrio, y de la otra esa misma indolencia humana que impulsaba al niño á tumbarse boca arriba ó boca abajo; esa indolencia que aun á nosotros nos hace buscar posturas cómodas, tendernos á la larga, con un poco más de recato, cuando no estamos seguros de que nadie nos ve, pero con el mismo perezoso abandono.

¡Ah! ¡tiempos dichosos aquellos en que podíamos tumbarnos entre los haces de heno, recién segados y despidiendo los confortantes aromas de la pradera, bajo los alegres rayos del sol, mientras cantaban las alondras y los jilgueros!...

Tal vez os preguntéis, Señores, á dónde voy á parar con todo esto. Pues quisiera entretenerme en estudiar con vosotros, no ya el fenómeno del equilibrio de los cuerpos en su marcha por los caminos de la vida, sino el fenómeno del equilibrio de las almas en su marcha por los caminos de la virtud.

Hay entre ambos fenómenos tan grande analogía, que he comenzado por hablaros del primero.

Como el cuerpo, da también el alma sus primeros pasos, y después anda derecha... Por

desgracia ¡ay! también ella tiene sus tropiezos, vacilaciones y caídas!...

Y el andar recta le exige hacer esfuerzos, le precisa á vencerse, y como el vencerse le es duro, se cansa... y llega un momento en que el hombre se echa el alma á la espalda, y se tumba cuan largo es, á todo su placer.

Vosotros mismos, por otra parte, habéis comprendido perfectamente cuánta relación hay entre el equilibrio físico y el equilibrio moral, puesto que, en vuestro lenguaje, á los infelices que en el camino del deber vacilan, tropiezan y caen frecuentemente, les llamáis «desequilibrados.»

Ved ahí á un hombre que quiere colgar de la pared un cuadro; pero empeñándose en no clavar en ella nada de donde prenderlo. Ese hombre es un necio; quiere conseguir un fin y no quiere emplear medio alguno conducente.

Viene otro, le coge de las manos el cuadro, y para prenderlo se pone á clavar en la pared... un alfiler. Segundo necio; quiere el fin, quiere un medio, pero no el adecuado. El cuadro se caerá.

Viene otro, por fin, y empuñando el martillo, á fuerza de golpes clava en la pared una buena alcayata. El cuadro se sostendrá. Este último

es cuerdo; quiere el fin, y para llegar al fin, emplea un medio seguro.

En este hombre cuerdo hay equilibrio entre la inteligencia, la voluntad y la acción: la inteligencia, que ve el fin y el medio apropiado; la voluntad, que quiere el fin y el medio, el uno para el otro; y la acción, que realiza el medio, y por el medio va al fin.

Los dos necios son dos desequilibrados.

Un desequilibrio tan evidente es muy raro, y bastaría él para relegar á un hombre á la categoría de los rematadamente locos. Por lo general, la inteligencia y la voluntad caminan más emparejados y en mejor acuerdo. Á ménos que no sobrevenga la pasión, que embrolla las cosas.

Recuerdo un hecho que oí siendo niño, á poco de suceder, y á cuyo triste protagonista he conocido. Un oficialillo, muy vivo y muy vanidoso, habilísimo jinete, iba de paseo con algunos camaradas, montado en un soberbio alazán; y llegando á un foso muy ancho, le vino la idea de hacérselo saltar á su valiente caballo. Mientras él se preparaba, sus compañeros atravesaban por un puente á tres pasos de allí y se volvían para ver la prueba... Lanzado el caballo á galope tendido, al llegar al foso se encabritó, y girando sobre las patas traseras con el jinete que le sujetaba, cayó en firme al borde mismo

de la zanja. Segundo ensayo; idéntico resultado... Visto lo cual, en el pequeño grupo de espectadores empezaron á darle esa broma propia de jóvenes, pero á veces bien cruel: «¡Á que no saltal ¡á que no saltal ¡qué ha de saltar!» Por tercera vez, por cuarta vez rehusa el noble animal; su boca espumaba, sus ijares sangraban, sus ojos inyectados lanzaban llamas... Y el joven, atolondrado por aquella resistencia, picado en lo vivo por la risa de sus camaradas, pálido el rostro y contraído por una mal disimulada cólera, ensayó una vez más... inútilmente. «Probaré hasta seis veces,» había dicho... Y por sexta vez el brioso corcel se encabritó... Entonces echa pié á tierra el jinete, saca de la funda una pistola de campaña, y antes de que sus amigos hubieran podido acudir, caía el noble animal con el testuz destrozado.

—¿Pero estás loco?—le gritaron sus amigos.
¡Él parecía satisfecho!

Analizad esta salvajada. El fin héle aquí; hacer saltar un foso á un caballo.

¿Y el medio? Matar el caballo!

Hay en las costumbres del pueblo arrebatos de pasión que se acercan mucho á este hecho. Un obrero pide en matrimonio á una joven. Ella rehusa...; él insiste, ella vuelve á rehusar. Él se exaspera, y una noche se pone en acecho á la

vuelta de una esquina y, cuando ella pasa, le pega dos tiros de revólver.

El fin: casarse con una joven.

El medio: ¡asesinarla!

Se me objetará que á veces logra el pretendiente su objeto. Es verdad, y se citan casos en que la joven escapada del peligro y curada, movida de tanto amor, solicita la gracia de su asesino y le hace solemne promesa de esponsales.

Yo creo que semejantes matrimonios deben ser de los de tal para cual. ¡Á un desequilibrado, una desequilibrada!

Porque he aquí el nuevo análisis.

El fin: tener pruebas de amor.

El medio: ¡esperar unos tiritos de revólver!

Ahí tenéis, Señores, una primera forma de falta de equilibrio en el alma humana. Ver el fin, y desearle y quererle, mas no emplear los medios que á él conducen.

Aun cuando no lo he indicado, es evidente que la ignorancia puede entrar en juego en este fenómeno; puedo engañarme acerca del medio que pongo en práctica, creerle bueno siendo malo; y esto no es que me falte el equilibrio, sino la vista clara de las cosas. Esta ignorancia puede ir muy lejos en ciertos hombres, dignos por esto de compasión. Llega, sin embargo, un

momento en que esa ignorancia se hace imperdonable, y en ese momento empieza el desequilibrio.

Hay otra forma bajo la cual se presenta la falta de equilibrio en el alma humana.

No se engaña esta en tal caso acerca del medio; descubre el bueno y le emplea; en lo que se dementa es acerca del fin. Ve ante sí un fin bueno, puro, noble, honrado, lleno de grandeza y de beldad... y al lado ve otro fin rastrero, despreciable, egoísta, y á veces vergonzoso é infamante, casi siempre criminal... ¡y abandona el primero y se vuelve hacia el segundo... deja el honor y la grandeza, y corre en pos de la bajeza y de la infamia!

Y allá se dirige directamente; pues, como acabo de deciros, acerca del medio, acerca del camino que ha de seguir, no se engaña en este caso.

Quiero presentaros también ejemplos de esto. ¡Ay! por desgracia no los invento; la luz de cada día nos los pone ante la vista tristes y desgarradores...

Un joven apenas salido de las aulas del colegio, embriagado por las primeras aspiraciones de la libertad, se entrega al juego.

Ve perfectamente delante de sí el fin asignado á su vida; sabe que allí está el deber, el honor, la virtud, la verdadera nobleza; lo ve, lo sabe, lo siente. Pero al lado le llama sonriente una sollicitación. ¡Oh, la fiebre del juego aleatorio! ¡oh, el inquieto deleite de la angustia! ¡oh, esas palpitaciones del corazón y ese pecho anhelante!... Y allí se lanza, á ese estremecimiento de nervios ante la carta que se echa ó la bolita negra que rueda vertiginosamente.

Se descubren sus deudas. Acosado de remordimientos ante las duras reprimendas de su padre y las lágrimas de su madre, llora á su vez y hace promesas y juramentos... Ocho días después se le ve acudir, furtivamente y entre sombras, al tapete verde ó á la ruleta... ¡Se casa! ¡Oh, ya no es solo en la vida!... Ya no es simplemente su honor, su fortuna y su dicha lo que jugaría... ¡Es el honor, la fortuna y la dicha de su amada; porque él ama!... No obstante vuelve á jugar, y sigue jugando siempre... Un día llega la ruina... ¡llora, cae de rodillas ante su esposa, pide perdón, hace juramentos!... Esto dura tres meses; después hace empréstitos para jugar; luego, para jugar, roba... ¡Ella llega á saberlo y, de vergüenza, se muere!

Para consolarse en medio de su duelo, vuelve á jugar como jugaba en medio de sus ale-

grías. Y vuelve otra vez á robar. La justicia le prende, le condena y le envía á presidio. Salido de la prisión halla en el extranjero un cargo honroso... está en su mano el rehabilitarse. ¡Sin embargo, vuelve al juego, roba otra vez, y luego, viendo que le sigue la pista la justicia, se arroja á un río y se ahoga!

El fin, el deber, el honor, la virtud, bien los había visto constantemente, sin jamás equivocarse acerca de ellos; pero siempre le había faltado la fuerza de voluntad para seguirlos.

«Cuando uno representa á Jesucristo —decía Lacordaire— ¡se requiere ser tan bueno!» Y en verdad, Señores, cuando uno se acerca al alma humana, cuando la contempla al descubierto, cuando la ve ensayarse en el andar, equivocarse en el camino, tropezar, desfallecer, vacilar y caer, y, por otra parte, se comprende su debilidad y miseria, no es la cólera, sino la conmiseración la que se apodera de los corazones.

Me acuerdo que un día, en la intimidad de un gran dolor, una pobre alma se me abrió á mí descubriéndome sus abrumadores sufrimientos. Bien sabía ella, como yo, dónde estaba el deber, el honor y el camino que era preciso tomar,

y por dónde había que ir adelante... «¡Oh — exclamaba — si faltase á mi obligación, siento que me despreciaría á mí misma, hasta el punto de no poder vivir!» Pero aquel camino ¡era tan áspero! ¡era tan duro! Ni una flor al paso; voces agudas y desgarradoras al pie, y á los lados cercos de espinas empapados en lágrimas y sangre.

Y el otro camino, el otro camino que se le presentaba en la misma bifurcación, era tan deleitoso, tan sombreado, tan lleno de perfumes y encantos... ¡Oh! ¿porqué no he de poder yo ir por ahí? ¡Un día solamente, solamente una hora! ¿Porqué? ¿Á qué viene ese deber que aborrezco y que me encadena? ¿Porqué no he de poder gozar?... Y la invadía la locura, y mientras temblaban sus labios y de sus ojos corrían gruesas lágrimas, se perdía en la lucha su misma razón; sus palabras incoherentes, sin sentido, sin enlace, iban de queja en queja: «¿Porqué? ¿porque?»

Ciertamente, Señores, nada estaba equilibrado entonces en aquella pobre alma, ni su razón, ni su voluntad. Atravesaba una verdadera crisis de inconsciente arrebató. Mas para no haber tenido piedad de ella, menester hubiera sido no tener corazón y no comprender nada, lo repito, no comprender nada de la miseria humana.

Es muy fácil, en efecto, enunciar las leyes del equilibrio del alma humana; nada más sencillo; voy á decíros las. Pero en seguida notaréis, y yo volveré á insistir sobre esta observación, que todos, por algún título, todos somos desequilibrados.

Son muy sencillas, Señores, las leyes del equilibrio del alma humana. Tiene esta dos facultades: la inteligencia y la voluntad.

La inteligencia concibe lo verdadero, lo bello y lo bueno, y lo concibe como deseable.

La voluntad sigue la luz de la inteligencia, se determina y se adhiere á lo verdadero, á lo bello, á lo bueno, lo desea y lo quiere.

Y bajo el impulso de la voluntad todas las potencias inferiores del hombre se ordenan y se dirigen á la conquista de ese objeto, lo verdadero, lo bello, lo bueno, la verdad, la belleza y el bien.

Cuando el alma está bien equilibrada, la inteligencia ve sin nubes ni velos esas tres cosas divinas, y la voluntad no vacila, se lanza de golpe á ellas, las quiere, y fuera de ellas no quiere ninguna otra cosa.

Y si á esta alma corresponde un cuerpo apto y habituado, como es debido, á la obe-

diencia, todo el hombre anda rectamente, sin que una fibra siquiera de su carne se rebele ni resista.

En términos más sencillos: en el hombre bien equilibrado, la inteligencia ve el deber, la voluntad quiere el deber, y todo el hombre cumple el deber.

¿Me preguntáis cuál es la ley del equilibrio para el alma?

¡Cumplir su deber!

Si cumplís vuestro deber, camináis rectamente.

Si os apartáis de él, vais desviados.

Si le hacéis traición, caéis en el polvo y en el lodo.

¿No os parece ahora, Señores, que es verdad lo que os decía hace poco, que según esta cuenta, y es la cuenta verdadera, todos, todos carecemos en cierto grado ó en determinados momentos, de ese equilibrio moral que hace andar rectas á las almas?

¿Quién de entre nosotros se atrevería á afirmar que siempre cumple su deber?

Y si alguno se atreviera á afirmarlo, ¿quién de nosotros se resignaría á creerle?

¿Somos pues todos «desequilibrados?»

No; mas á veces nos ocurre perder el equilibrio, y nuestra propia experiencia nos hace

indulgentes con los demás. Y aun llega á suceder que vaya esa indulgencia más lejos que lo que consentiría la razón sana.

Ved, en efecto, lo que pasa.

¿Á quiénes llamáis «desequilibrados?» Á infelices cuya incoherencia moral confina con la locura... ¿Y á qué llamáis locura? ¿Es al hecho de sacrificar su deber?... No, sino al hecho de sacrificar su fortuna... ¿Es al hecho de conculcar su conciencia?... No, sino al hecho de hollar su reputación exterior y esa consideración mundana que exige como condición necesaria y suficiente de respeto una apariencia exterior, pulcra y correcta aun en medio de las más vergonzosas locuras.

¡Ah! ¿se trata aquí de lo verdadero, de lo bello, de lo bueno y del deber?... ¿Se cuida, por ventura, el mundo de tan poca cosa?

¡Qué le importa lo verdadero, lo bello y lo bueno, con tal de que no se tire la hacienda por la ventana, y se conserve, para cubrirse con él, ese velo que denomina *conveniencias sociales*? Esto le basta; si el equilibrio se mantiene, D. Fulano es correcto, D.^a Fulana es intachable. Pero si D. Fulano se arruina, si D.^a Fulana pierde la vergüenza, ¡desequilibrado... desequilibrada!...

De modo que, á los ojos del mundo, la ley del

equilibrio se reduce á esto: guardar su dinero y conservar... su careta, no quitarse la máscara.

Mi fórmula de hace poco, «cumplir su deber,» y esta fórmula nueva, «guardar su dinero y conservar su careta,» nos dan bastante bien los dos límites extremos, entre los cuales oscila la apreciación de los hombres acerca de los desequilibrados.

Los hombres austeros la harán comenzar donde yo he dicho, en el momento en que la voluntad consciente se desvía del deber y del bien.

Á muchos les parecerá que esto es ser exagerados y que hay que perdonar las locuras pasajeras.

Otros retrocederán más todavía... juzgarán que aun tal locura permanente no es incompatible con la sensatez.

En fin; al extremo, enteramente al extremo, veréis aquellos que no descubrirán el desequilibrio moral, sino en el momento en que caen por tierra ese gran dios del siglo, el oro, y esa gran virtud moderna, el disfraz de las apariencias sociales.

Y volviendo á mi comparación del principio, á un extremo se halla el andar perfectamente

derecho, con agilidad, seguridad y gracia; y al otro, el niño tumbado boca arriba ó boca abajo, y dando así vueltas deliciosamente.

En el espacio intermedio se escalonan todos los pasos vacilantes, desmañados, torpes, desiguales, torcidos y pesadotes, los pasos de hipopótamo y de camello, y ¡ay! también los de los cojos, zambos, estevados, temblones y otros de este jaez.

De modo que la cuestión viene á ser esta: ¿Dónde empieza y dónde acaba el andar recto?

Cuando se trata de las piernas, sois implacables, y solamente el meter un poco hacia dentro el pie os ofende.

Cuando se trata del alma, ¡oh, Dios mío! ¡qué poco caso hacéis de su belleza, de su agilidad y de su gracia!

El niño que se cansa de estar de pie, sostenido sobre sus débiles piernas, se tumba y rueda y se arrastra, y se halla á gusto. Sea así, admito que se halle á su gusto, ¿pero á quién puede venirle al pensamiento que el revolcarse de esa suerte sea andar derecho?

Aplicad el caso, guardad vuestro dinero y vuestra careta ó disfraz, y revolcaos con ellas sobre el lodo. ¡Decidme que así os encontráis bien y á vuestro gusto, no os lo negaré; pero no pretendáis que eso basta para el alma, que

eso basta para el honor, que en eso consiste el equilibrio y que el arrastrarse de esa suerte es todavía andar derecho!

¿Habéis reflexionado alguna vez en este fenómeno? Preguntad á una blanca acerca de esa negra salvaje que se presenta ahí muy orgullosa con sus sargas de mariscos en las orejas, su anillo de cobre en la nariz perforada, sus dientes oblicuos y enteramente ennegrecidos por la masticación de las hojas de betel, despidiendo sudor aceitoso, picado y pintado el cuerpo con horrendas figuras, exhalando hedor pestífero... Y á la blanca le parecerá la negra ¡horrible!

Preguntad á la negra acerca de la blanca, y os dirá que es sumamente feo ese tinte pálido, que son feas esas mejillas planas, esos labios delgados, que son ridículos esos aretes de nada en las orejas, esa nariz sin un pequeño anillo siquiera y esos cabellos lacios; y vuestros más delicados perfumes le parecerán intolerablemente nauseabundos al lado de su manteca rancia.

Pasad ahora á través de toda la escala de los matices entre la negra y la blanca... Id asimismo á través de las blancas, y preguntad á unas

acerca de las otras. Á todas las encontraréis muy satisfechas y, salvo raras excepciones, muy poco dispuestas á cambiar con sus vecinas.

¿Qué quiere decir esto, sino que el concepto de la belleza es muy variable entre los hombres, que casi todos nos formamos de ella un tipo, un modelo para nuestro uso, y que ese tipo y ese modelo son generalmente muy semejantes á nosotros mismos?

Pues lo propio sucede acerca del deber, de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno. Tenemos de todo ello conceptos muy diversos, y todos hechos para nuestro uso... Lo verdadero es aquello que de buen grado creemos nosotros, lo bello es lo que nosotros amamos habitualmente, y lo bueno lo que hacemos nosotros sin demasiado esfuerzo.

Quien no piensa como nosotros, nos parece que está fuera de la verdad.

Quien no ama como nosotros, fuera de la belleza.

Quien no obra como nosotros, fuera del bien.

¿Somos nosotros blancos? pues son horribles los negros.

¿Somos negros nosotros? pues entonces son horribles los blancos.

Y este juicio acerca de nosotros mismos le hacemos extensivo á los nuestros. Juana, desde

el fondo del salón ve por primera vez al marido de Luisa, y se dice: «¡Oh, estaría loca para cargar con tal badulaque!»

Desde el otro extremo Luisa ve por primera vez al marido de Juana, y exclama: «¡Dios mío, estaría desesperada para colgarse de semejante percha!»

Pero á Juana le parece graciosa su percha, y á Luisa encantador su badulaque.

Y por cierto, Señores, que estos juicios nos hacen muy dichosos. Nos hacen estar contentos de nosotros mismos y de los nuestros... mientras estamos en tal disposición de ánimo.

Pues más arriba que nuestros conceptos personales, más arriba que todas las convenciones pasajeras existe y permanece un ideal de la belleza humana independiente de nuestros gustos variables y de nuestras modas, y toda la perversión de nuestros sentimientos no logrará borrarlos jamás.

De igual modo, el deber, la verdad y el bien residen demasiado altos para que lleguen á tocarlos nuestros dardos... Por más que apartemos de ellos nuestra mirada, por más que el mundo se empeñe en oscurecerlos y envolverlos en la niebla de sus sofismas, no hay convenio, no hay pasión, no hay connivencia que prevalezca contra ellos. Son eternos como Dios.

Y basta una hora de calma, un rayo de luz, un relámpago de recta razón, para que el alma los descubra, los reconozca y exclame: «Sí, es indudable, allí estaba el deber, allí estaba la verdad, la belleza y la bondad.»

Son pues ciertísimas las leyes que os he dado acerca del equilibrio de las almas.

Es preciso que la voluntad las acepte y desdén todo lo demás. Es preciso que el hombre todo entero se ordene y marche á su conquista.

¡En eso consiste el equilibrio del hombre!

¡El que así obra será el hombre equilibrado!

La conclusión que voy á sacar de aquí es muy obvia. Si queréis que vuestros hijos se mantengan en el equilibrio moral y que anden rectos, es preciso que enderecéis su voluntad convenientemente, y que comuniquéis á su inteligencia luces vivas y seguras acerca de la belleza, de la verdad y del bien.

Formar la inteligencia y formar la voluntad, ¡en eso está todo el secreto!...

Y á eso tiende, ó debe tender al ménos, la educación del joven y de la joven. Ese es su fin primordial.

Ahora bien; os diré sinceramente lo que pien-

so: la mayor parte de nuestras educaciones contemporáneas me parecen defectuosas.

Se agregan, en efecto, y muy legítimamente, á ese fin principal otros fines secundarios, como al lado del tronco de un árbol surgen tallos accesorios y brota la yedra que le rodea.

Y desgraciadamente esos fines secundarios, esos tallos excrescentes y esa yedra chupan toda la savia y ahogan al árbol entre sus brazos.

Un pobre aldeanito, una pobre aldeanita que sabe el catecismo y le comprende, tiene acerca de lo verdadero, lo bello y lo bueno más luces que las que acerca de eso han tenido todos los filósofos de la más sabia antigüedad. Ambos saben su deber y no vacilan... Tienen su inteligencia acostumbrada á descubrirle de un golpe y, muchas veces sin razonar, por yo no sé qué sentido de la honradez y de la justicia, tomarán resoluciones admirables en las situaciones más difíciles. Tratad de discutir con ellos; os escucharán, y al fin: «No, señor, os dirán; eso no se puede; yo no sé decirlo porque, pero eso no se puede.»

Agregad á esa inteligencia así constituida una voluntad enderezada y vigorizada, una voluntad templada al fuego y ágil por el ejercicio... y ahí los tenéis ya para siempre en equilibrio. ¿No os ha llamado la atención el hecho de que los des-

equilibrados sean rarísimos en las aldeas... y que hormigüeen en lo que llamamos nuestros centros de civilización?

El aldeano fiel no tiene que aprender ni que hacer más que eso. Sabe que ahí está el fin de su vida y á él encamina sus pasos. Nada le aparta de él cuando es pequeño, nada le apartará cuando sea mayor. Irá por su camino, como va la reja de su arado abriendo los surcos, recto, sin choques, al paso medurado de sus bueyes ó de sus mansas mulas.

La educación de nuestros jóvenes comprende otras cosas. Las lenguas: el francés, el flamenco, el latín, el griego, el inglés, el alemán; las matemáticas, la música, la gimnasia, la esgrima, la equitación, sin contar las ciencias naturales; y después del colegio, los múltiples cursos de una facultad universitaria.

Otras cosas también comprende la educación de nuestras jóvenes. Las mismas lenguas, poco más ó menos: el francés, alemán, flamenco, inglés... desde hace algún tiempo, el italiano y hasta un poco de latín; la música, mucha música, el dibujo, la pintura, la gimnasia, la equitación, un tantico de costura y de cocina, las ciencias naturales, la filosofía, sí, ¡la filosofía!

¡Oh gran Dios! y para unos y otras me he

olvidado de la historia, y la geografía, y la cosmografía y la astronomía.

No creáis que yo voy á criticar nada de esto.

Todo conocimiento añadido al espíritu perfecciona al hombre y le eleva, y desde este punto de vista tiene razón el dicho popular: «Nunca se sabe demasiado.» ¡Pero yo tengo miedo, no os lo ocultaré, tengo miedo de esos retoños que crecen en derredor del árbol!

Temo que ahoguen al árbol, y se seque y muera. Se les ha dicho, es cierto, dónde está el deber y que era preciso caminar hacia él... Pero se les han dicho también tantas otras cosas y tan diversas, y se las han repetido tanto y en tan varios tonos, que pudiera decirse con verdad que han olvidado la primera.

Y entran en el mundo como entraría en el mar un ligero navío á quien se hubiese armado de velas, gallardetes y banderolas, aparejado de seda y oro, adornado con guirnaldas de flores, pero al cual faltara el lastre en el fondo de la cala... El equilibrio que guardará tan hermoso buque es ya sabido... Oscilará algún tiempo de derecha á izquierda, luego se acostará de flanco, hasta que le sumerja la primera ola.

Preguntad á ese joven, preguntad á esa joven al salir del colegio ó del convento, preguntadles, ó mejor... no, no les preguntéis nada; él es

demasiado pícaro y ella demasiado fina: os responderían conforme á sus libros... no les preguntéis nada, pero observadles y procurad ver en su conducta cuál es el fin que han designado á su vida, á dónde se dirigen sus deseos, á dónde vuela su fantasía...

¿El fin, el deseo, la ambición, el sueño?... Para el joven es figurar, conseguir un puesto, un título, un grado, un empleo...; para la joven es agradar, atraer las miradas de todos, ser la reina de los salones, contar gran número de admiradores.

¡Figurar!... ¡agradar!... No hay otra cosa para ellos; todo lo demás se subordina y acomoda á esto, y al mismo deber se le dobliga hasta que se adapte á este fin.

Figurar, agradar... ¿qué equilibrio moral queréis fundar sobre esto, y qué queréis que lleguen á ser con tan bello programa esos jóvenes y esas jóvenes, sino desequilibrados y desequilibradas?

Me guardaré bien, Señores, de generalizar las cosas; hay ciertamente numerosas y honrosísimas excepciones de ese estado de espíritu. Y me apresuro á declararos que entre esas excepciones y entre las más honrosas os cuento á todas y á todos cuantos tenéis á bien escucharme.

Pero no puedo ménos de creer que, si el mundo y la sociedad contemporánea presentan un cuadro tan lamentable, á eso es debido.

Porque, en resumidas cuentas, si figurar es el fin de la vida, los medios de llegar á figurar son legítimos; y si yo me valgo de los que me sirven mejor para conseguir mi objeto, ¿qué tenéis que echarme en cara? No me digáis que es preciso ser honrado; casi nunca se llega á figurar por ese camino. Hay otros más cortos y seguros; ¿porqué y con qué título me los prohibiríais?

Si agradar es el fin de la vida..., «es muy natural que yo procure hacerlo... y lo voy consiguiendo. No cabe duda que agrado á mi marido; no cesa de decirme que me adora.»

Después de uno, de dos años, el pobre marido encuentra monótono el estar repitiendo siempre la misma canción, le parece que ya debe sabérsela de memoria, se dispensa de repetirla primero un poco, luego mucho, indefinidamente...

«¡Oh, ya no agrado á mi marido!..., y, sin embargo, mi vida consiste en agradar...»

Me permitiréis que no continúe la historia.

¡Ah! Señores, en presencia de esas grandes y sonadas caídas, cuyo eco divulga por todas partes la deshonra de los culpables, se pregunta uno cómo tal hombre, cómo tal mujer han po-

dido caer tan bajo. Se pregunta uno qué demonio ha podido empujarles hasta las profundidades de tan horrendo abismo...

No hay demonio que les haya empujado; paso á paso han descendido allá por sí mismos; les era preciso figurar, les era preciso agradar...

Para ellos vivir sin figurar, vivir sin agradar, no era vivir... ¡Y esos frívolos, esos vanos éxitos de que estaban sedientos, los han pagado con toda su dicha y con todo su honor!

¡Ah! ¡por Dios! inculcad á vuestros hijos que no hay más que una cosa en este mundo que valga la pena de vivir: el deber y el honor; que todo lo demás no es nada, que el que los sacrifica, lo sacrifica todo; y por satisfecho que parezca, sembrando deshonra no recogerá más que desprecio.

Formad su inteligencia conforme á estas solemnes lecciones, disponed su voluntad á estos generosos combates. Toda educación que no tenga el deber por base, el deber por cima, el deber por medio, el deber por todas partes, es una educación perversa, que no puede conducir más que al envilecimiento del alma.

Y con esto ¿habréis asegurado ya el equilibrio moral de vuestros hijos y de vuestras hijas?

Cuando vea con claridad la inteligencia y quiera ordenadamente la voluntad ¿estaréis ya al cabo de la obra y habréis coronado el edificio? ¿Se andará con rectitud en vuestro mundo?

¡No! Porque resta un personaje que hemos olvidado demasiado tiempo en las consideraciones que hemos hecho. ¡La pasión!

Cuando hayáis adquirido el equilibrio racional que acabo de definir; cuando hayáis aficionado la inteligencia y la voluntad á lo verdadero, á lo bello y á lo bueno, surgirá la pasión en el alma, y con todo su peso infernal la inclinará al error, á la fealdad y al mal.

¿Quién no conoce esa propensión del alma que ve el bien y le ama, y á pesar de eso siéntese solicitada, inclinada y arrastrada al mal?... ¿Quién no ha experimentado esas luchas?... ¿Quién no ha lanzado este grito desgarrador del Apóstol?

«Yo mismo no apruebo lo que hago; pues no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco... De aquí es que me complazco en la ley de Dios según el hombre interior; mas echo de ver otra ley en mi cuerpo, la cual resiste á la ley de mi espíritu y me sojuzga á la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Infeliz de mí! ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte?»

¡Ah, Señores, qué misterio el de la propen-

sión del hombre al mal desde su nacimiento!... ¿Porqué esa fascinación del mal sobre las almas? ¿Porqué parece hermoso ese fruto del pecado?

Todas las filosofías, desde el origen de los tiempos, se han esforzado en dar solución á tan desolador problema; á negarlo no se han atrevido... lo llevamos todos dentro de nosotros mismos... ¿Por ventura no sentís vosotros mismos esa sollicitación del mal, y no es ella vuestra primera excusa? Ahora bien, ¿porqué está en vosotros?

Y las filosofías se agitan, y desenvuelven el engranaje de sus razonamientos, y saltan de sistema en sistema, rompiéndolos todos unos en pos de otros; y después de tantos siglos, después del gigantesco desarrollo de las ciencias de la materia y del espíritu, ¿sabéis á dónde han llegado... hoy, en pleno siglo XIX?

Á este dilema: ¡ó la metempsícosis ó el pecado original!

Y no pudiendo sostenerse en pie un minuto ni ante la filosofía, ni ante el simple buen sentido la metempsícosis, esa teoría del hombre expiando en la vida presente las faltas de una vida pasada, de la que no tiene conciencia ni memoria, esas vidas sucesivas sin continuidad personal, resta solo el pecado original, es decir, lo

que á la edad de siete años nos enseñaba ya el catecismo.

En eso, en el desencadenamiento de nuestras concupiscencias está el origen de la pasión. El día en que el hombre rehusó inclinarse ante Dios, entró en él la pasión y le sometió bajo su yugo.

El peso del pecado es el que ha desequilibrado nuestras almas y nos inclina á la tierra y al fango.

¡Ah, Señores! yo evito siempre el convertir estas conferencias en sermón, y, ciertamente, ni este lugar, ni el tiempo es á propósito para la genuina predicación evangélica; pero en presencia del fenómeno moral que estudiamos, ¿cómo no señalaros la armoniosa luz que difunden nuestras doctrinas religiosas sobre ese triste lado de la naturaleza humana?

¿Cómo se explica esa inteligencia que debía ver con tanta claridad, y que nace oscurecida?

¿Cómo esa voluntad que debería ser tan fuerte para el bien, y que nace tan débil y tan impotente?

¿Y porqué esa pasión que arrastra, que enloquece?

¿Qué es la miserable criatura humana, desequilibrada, propensa al mal y á la carne, cuando

por todas las aspiraciones generosas de su alma tiende al espíritu y al bien?

¿Quién restablecerá el equilibrio en ese organismo desorganizado?

El hombre, me responde mi fe, desde su caída y por su falta, lesionado en su inteligencia, lesionado en su voluntad, lesionado en sus sentidos, no es más que una máquina desequilibrada y torcida, de la que no pueden esperarse más que movimientos desarreglados. La inteligencia, oscurecida, no ve ya el deber sino á través de una niebla gris; la voluntad, herida, no puede seguir al entendimiento sino con paso desigual y caprichoso; y los sentidos, azuzados por el clamoreo tumultuoso de las pasiones, no pretenden ya más que rebelarse contra el deber, como fieras contra los barrotes de sus jaulas.

El hombre caído no halla ya en sí mismo ni la luz ni la fuerza necesaria para observar continuamente el deber y la ley. Podría observarlos en ciertas ocasiones, en algún arranque fugitivo de honradez, pero bien presto, cansado de tal esfuerzo, desfallecerá.

Como águila herida, bate desesperadamente en el aire sus grandes alas, se levanta un poco, vuela un instante y luego vuelve á caer pesadamente.

Pero desde el primer momento tuvo Dios

compasión de tan miserable criatura. Como un divino contrapeso á la concupiscencia de la carne que le arrastraba hacia la tierra le dió la gracia. Gracia de luz en la revelación primitiva hecha á Adán; gracia de auxilio y de fuerza en el apoyo de Dios mismo. Pero Dios dejó al hombre libre, y el hombre no quiso... El hombre pudo conocer la ley, cumplir su deber... ¿Y qué es lo que ha hecho?

Recordad los horrores de los desequilibrados del paganismo. ¡Ah! no os hablaré yo de ellos... ¿Cómo podría hacerlo sin hacerlos ruborizar? ¿Cómo podría hacerlo sin ruborizarme yo mismo?

¡El paganismo!... Los dos genios superiores que ha dado al mundo han sido indudablemente Platón y Aristóteles.

¿Y qué fueron Platón y Aristóteles?

Aristóteles escribió una moral de pureza incomparable, y después fué á pasar su vida con viles cortesanas.

Platón escribió acerca de la inmortalidad del alma en su *Fedón*, páginas soberbias y de una elevación genial; y después en *Fedro* y en el *Festín* ostenta una abyección tal, que el siglo pasado le hubiera marcado la frente con el hierro candente del verdugo.

Un solo nombre sobrenada en medio del lodazal pagano; es el de Job. Por eso el Señor se

muestra satisfecho de él: «¿Habéis visto — exclama — habéis visto á mi siervo Job? No hay otro como él en todo el mundo.»

Y este único ejemplo, este Job, sin tacha, fiel al deber, á través de todas las vicisitudes de la fortuna, solo en medio de las multitudes, á quienes el látigo de la pasión con sus chasquidos y golpes empuja á todas las degradaciones y á todos los crímenes más vergonzosos, es un fenómeno tan excepcional, tan misterioso, tan inexplicable, que para hallarle una solución suficiente se recurre á las relaciones de familia que le unían al pueblo judío.

El pueblo judío, en efecto, había recibido de Dios una especial gracia de luz en la revelación hecha á Moisés.

Pero ese mismo pueblo, ¿qué había hecho de aquella luz?

¿Qué han hecho de ella esos hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob, ese pueblo de dura cerviz, *durae cervicis*, como á cada instante le llama la Biblia?

Desecharla: el contrapeso de la gracia es para ellos un yugo abrumador, y á cada paso le arrojan lejos de sí. Si Dios no les castiga, corren á danzar delante del becerro de oro y á ofrecer incienso al ídolo Moloc.

Su corazón es tan recalcitrante á la virtud,

que Dios, como forzado, concluye por permitirles la poligamia.

Y á ella se precipitan con tan furiosa pasión, que acaso no haya otra igual en la historia. Salomón, el sabio Salomón, llega á tener 700 mujeres y 300 concubinas, y al tiempo en que iba á cerrarse la era y el mundo antiguo, la primitiva fe de aquel pueblo, que se revuelca y asfixia en los placeres carnales, había llegado á ser un formalismo estrecho, hipócrita, mezquino, personificado en aquella raza farisáica, á la que Jesucristo llamará raza de víboras.

Y no os extrañéis, Señores; todo eso, esa abyección de la carne, esa degradación de los sentidos, esa obcecación del espíritu, de la conciencia y del alma, todo eso, por bochornoso que sea el confesarlo, todo eso lo llevamos en nosotros mismos, en la sangre de nuestras venas y en la médula de nuestros huesos, porque todo eso es el hombre.

Viene Jesucristo al mundo.

¿Y qué hace?

¿Quitar fuerza á la ley, atenuar el deber? De ningún modo.

«No penséis que yo he venido á destruir la ley...; no he venido á destruirla, sino á darle su cumplimiento.

»Habéis oído que en otro tiempo se dijo: «Amarás á tu prójimo, y tendrás odio á tu enemigo.» Pero yo os digo: «Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian.»

»Habéis oído que se dijo á vuestros mayores: «No cometerás adulterio.» Pues yo os digo más: «Cualquiera que mirare á una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.»

»Habéis oído que se dijo: «Ojo por ojo y diente por diente.» Pues yo os digo, que no hagáis resistencia al agravio; antes bien si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale también la otra; y al que quiera armarte pleito para quitarte la túnica, alérgale también la capa.»

¿Cómo, Señores, la abnegación de sí mismo hasta el extremo, el perdón de las injurias, el amor de los enemigos, la castidad completa, hasta la pureza del pensamiento... todo eso es impuesto, no solamente á una porción escogida, sino á toda la humanidad, á esta humanidad tan frágil y tan débil, sacudida hasta las raíces por todas las tempestades de la pasión, á esta humanidad tan rastrera en sus deseos, tan apocada en sus resoluciones?

¡Pero esto es un desafío!

¿Obligar á subir á esas cumbres á miserables que apenas saben andar por el llano?

¡Pero si eso es una locura!

Y, sin embargo, eso se ha hecho... *Et factum est ita.*

Al pie de la Cruz y de la sangre del Calvario, ha nacido una raza de hombres, que ha amado el deber más que los goces, más que la felicidad, más que la vida, y que por cumplirle se ha hallado dispuesta á derramar toda su sangre; una raza de hombres que ha tenido subyugados bajo sus pies la concupiscencia y los deseos; una raza magnánima y generosa, para quien el sufrimiento no es nada, para quien el sacrificio no es nada, para quien el honor lo es todo y ocupa el lugar de todo lo restante del mundo; una raza fiel á pesar de todas las contrariedades, y que lanza al rostro de todas las traiciones que pasan, este grito sublime: «Señor, Señor, aunque os abandonen todos, yo no os abandonaré.» Una raza indomable, á quien todo el poder de los emperadores y de los reyes no ha sido capaz de forzarla á hacer traición, que se ha reído de las prisiones y de las cadenas, de los caballetes y de las hachas, del fuego y de todas las fieras del anfiteatro; que ha dejado pasar, sin mancillar su corazón, todas las seducciones y todos los encantos; una raza pura, una raza casta, una raza que anda rectamente, sin tacha, sin reparo y sin miedo.

¿Me preguntáis su nombre?... ¡Es la vuestra!
¡Es la raza de los cristianos, de cuya sangre sois vosotros!

¿Cuál es pues ese misterio, y su secreto cuál es?

¿Qué ha hecho Jesucristo para revestir de fuerza el frágil corazón del hombre, para levantarle de sus caídas, para sostenerle cuando vacila y hacerle permanecer de pie?

Se ha unido él mismo á ella con vínculos poderosos, como hacían aquellos antiguos Galos, que la víspera de la batalla se encadenaban unos á otros para mejor defenderse, y juntos vencer mejor al enemigo.

Ha hecho del hombre su hermano y compañero de armas, y á ese corazón débil, á ese corazón sin fuerzas le ha alimentado y robustecido con su propio cuerpo y con su propia sangre.

Contemplad, vosotros los que no creéis, contemplad ese incomparable espectáculo de los primeros tiempos de la Iglesia.

Todos esos cristianos, antes de desfallecer, antes que renegar, van á la muerte como á una fiesta y á un juego.

Se les desgarran, se les atenacean, se les queman, se les clavan espinas entre las uñas, se les arranca la carne á pedazos, se les echa plomo derretido por la boca, se les arroja á los tigres y

leones, no hay tortura que no se imagine, ni crueldad que no se lleve á cabo contra ellos. ¡Y ellos permanecen firmes, rectos, con la frente alta, y se sonríen; esas mujeres, esos ancianos, esas doncellas, esos niños, no retroceden, no se doblegan por nada!

Poco ha, Señores, leía yo en mi breviario el martirio de Santa Cecilia...

Era de noble linaje y rica; estaba educada con toda la delicadeza de la Roma de entonces, en la flor de la juventud, recién casada con Valeriano. Fué presa, convicta de ser cristiana y condenada. Se la conduce á su propia casa y allí se la arroja en un baño, bajo el cual se pone fuego para que pereciera abrasada; mas el Señor la guardó todo un día y una noche sin recibir detrimento alguno.

Sabido esto por el tirano Almaquio, manda que allí mismo le corten la cabeza. Llega el verdugo, y Cecilia se postra de rodillas, y separando por sí misma su hermosísima cabellera, presenta su cuello á la segur. El hacha cae, salta la sangre, mas la cabeza permanece en su puesto. Vuelve á elevarse la segur, cae por segunda vez con más fuerza, pero la cabeza persiste aún firme. Tercera vez se levanta y descarga terrible

golpe el hacha, y la cabeza continúa siempre inmóvil. Entonces el verdugo, aterrorizado, arroja lejos de sí el hacha y se escapa; y la mártir queda allí, bañada en su sangre, y allí permanece durante tres días y dos noches sufriendo su prolongado martirio, sin un gemido, sin una queja, sin una lágrima, sonriendo y esperando dulcemente que llegue la muerte á libertarla.

¿Qué prodigio es este?... ¡Ah! no busquéis su explicación en otra parte; estos cristianos, estas cristianas, están fortificados con el cuerpo y sangre del Señor; no son ya ellos los que viven, es Cristo quien vive en ellos.

Ved si no, en las prisiones que acaban de llenarse y que se desocuparán para las grandes matanzas que va á ejecutar Nerón al día siguiente en el circo, ved: los sacerdotes corren de un lado á otro, van de calabozo en calabozo, apretando misteriosamente bajo su túnica un tesoro que llevan consigo... ¿Cuál es? ¡Oh! es el pan de los fuertes y el vino que engendra vírgenes; es el cuerpo y la sangre del Señor.

Ved al niño San Tarsicio apresurar sus pasos á través de las calles de Roma; se apresura porque el tiempo urge. Va á buscar los santos misterios para los que se disponen á combatir y morir.

Ved, ¡oh! ved en ese calabozo más oscuro...;

un carcelero más bárbaro que otros ha rehusado la entrada á los diáconos que llevaban el Señor, y dentro de muy poco van á llegar los verdugos para conducir á la arena á los cristianos allí presos... ¿Se irán sin su Dios?

Había entre ellos un sacerdote, tendido á lo largo en tierra, porque, ligados sus pies á cepos enclavados en la pared, no podía tenerse derecho. En derredor de él se arrodillan los mártires... Le entregan pan y vino; y él descubre entonces su pecho, y sobre el altar vivo de su corazón, sobre el mármol blanco de aquella carne que luego iba á ser desgarrada por los dientes de los leones, consagra el cuerpo y sangre de Jesucristo.

Y lo que sucedió ayer sucede hoy todavía.

En tiempo de la Commune de París, en los calabozos de la Roquette, hubo un día de inefable gozo para los rehenes allí encerrados. ¡Ah! se guardaba con todo rigor, se vigilaba extremadamente á aquellos jesuítas, á aquellos sacerdotes, á aquel Arzobispo y á aquel magistrado, á quienes se iba á fusilar junto á los muros de la cárcel.

Y no obstante, un día, en el fondo de una caja inofensiva, disimulada entre objetos vulgares, apareció ante los prisioneros un saquito de seda blanco... ¡Oh! ¡cómo temblaron las manos que le abrieron... ¿Será esto?... ¿Será esto? Sí,

aquello era, el pan de los fuertes, el viático de los moribundos, el cuerpo del Señor!

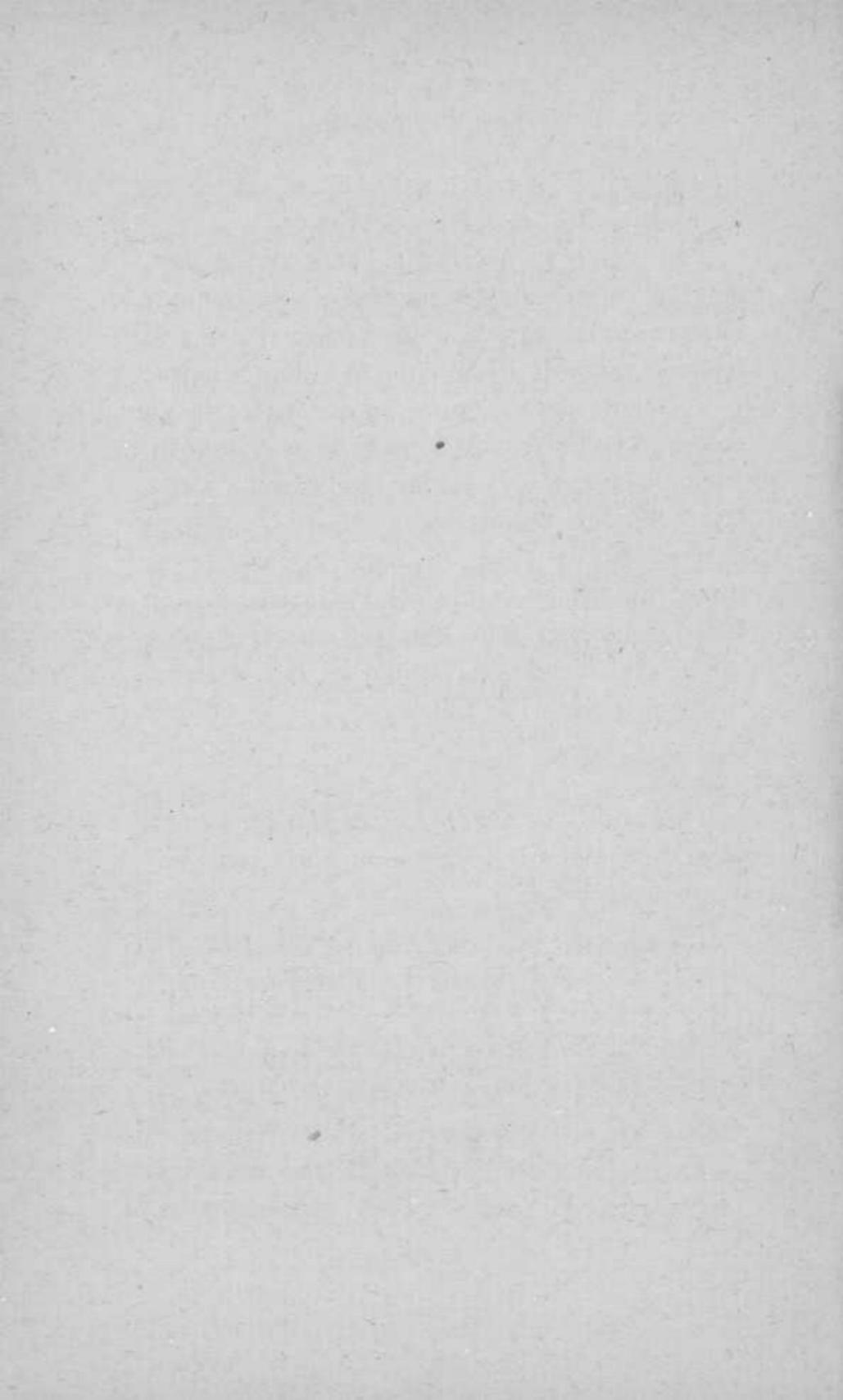
¡Oh! ¡cómo se acercaron llenos de respeto, de rodillas, con dulces lágrimas, á recibir por última vez la sagrada comunión, á unirse con Jesucristo, con la Vida, ellos que iban á morir!

Y cuando ante el muro en que se les había colocado en fila, se precipitó la turba comunista aullando, y riendo y burlándose; cuando aquellos soldados semiebrios y aquellas mujeres desgreñadas, revólver en mano, apuntaron sus mortíferas armas contra las víctimas, ninguno tembló, ninguno pidió gracia, y rectos, erguida la faz, recibiendo la bendición del Prelado, hicieron frente á las balas.

¿Qué podría yo añadir á estos gloriosos ejemplos, Señores? Mi palabra no haría más que empequeñecerlos.

¿No os dicen ellos, mucho mejor que pudiera hacerlo yo, que para andar rectamente en esta vida es preciso que la débil humanidad se apoye sobre Cristo?... ¡En Él lo puede todo, porque Él la hace fuerte, y sin Él no puede nada!

A. M. D. G.



OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO III.—IX. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO IV.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egotsmo*.
- TOMO V.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón*.
- TOMO VI.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO VII.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO VIII.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*



EL OBRERO

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL OBRERO
CONFERENCIA FAMILIAR

TERCERA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

ES PROPIEDAD



PREFACIO

AL publicar esta conferencia acerca del obrero, no puedo alejar de mí un temor. Este discurso, hecho para ricos y patronos, puede caer en manos de pobres y obreros. ¿Me comprenderán? ¿No buscarán en la sinceridad á veces ruda de mi lenguaje, — y podía permitírmela ante un auditorio cristiano, — no encontrarán un estímulo más á los odios actuales y á esos sueños insensatos de resistencia y rebelión, que agitadores culpables alimentan en sus pechos, y que comprometen la causa obrera, aun á los ojos de las almas generosas y abnegadas?

No está la salvación del obrero en esas reivindicaciones brutales y violentas... ¿Qué ha ganado con la Revolución francesa?... ¿Qué ha ganado con los incendios y los fusilamientos de la Commune?... ¿Qué ha ganado con las huelgas sangrientas, que han deshonorado y arruinado á nuestro país?...

La salvación del obrero y del pobre, lo mismo que del rico y el patrono, se halla por completo en la aceptación práctica de la ley religiosa.

Si ella dice al amo y patrono que vea en el obrero un igual y un hermano, y que le trate como si viera en él á Dios, también dice al obrero y criado que mire á su amo y

patrono como á un igual, como á un hermano, y que le sirva como á Dios.

¿No es de Dios de donde dimana toda autoridad en el organismo social cristiano? Él es quien da la autoridad al patrono, y la obediencia no es honrosa más que cuando descubre de este modo á Dios en el hombre ante quien se inclina.

La ley religiosa manda al rico amar al pobre.

Manda igualmente al pobre amar al rico.

El rico debe caridad al pobre.

El pobre debe caridad al rico.

Esta mañana leía yo un pensamiento magnífico: «La caridad del pobre consiste en querer bien al rico» (1).

He ahí las ideas que yo hubiera expuesto ante un auditorio de obreros y trabajadores, si me hubiera sido dado, como en otros tiempos, hablarles en sus círculos. He ahí lo que también espero decirles un día, y bien pronto; pues la presente conferencia está reclamando otra: *El Patrono*, y ya la tengo concebida y preparada en mi mente.

Si á los ricos les pareciere que me he extralimitado, les ruego que lean ó vuelvan á leer los discursos del señor Arzobispo de Lieja, de Mons. Korum y de Mons. Mermillod, en el Congreso de las obras sociales. Yo he intentado seguirles de lejos caminando sobre las pisadas de tan ilustres maestros.

Á los ricos me atrevo á rogar que mediten estas profundísimas palabras de Mons. Manning, que recientemente ha hecho suyas Mons. Gibbons defendiendo la causa de los Caballeros del trabajo: «En la era futura no tendrá ya que contar la Iglesia con los príncipes y los parlamentos, sino con las grandes masas. Que lo queramos, que no, he ahí nuestra obra, una obra para cuya realización no es preciso un espíritu nuevo, una nueva dirección de la vida y de la actividad.»

Les suplico sobre todo que se acuerden del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

(1) Condesa Diana. *Máximas de la vida.*

Se me ha reprochado el haber ido demasiado lejos en este discurso; ahora he procurado corregir los pasajes que, según se me indicaba, adolecían de este defecto; y estoy dispuesto á corregir los que todavía se me indicaren. Ir demasiado lejos en cualquier sentido que sea, es siempre apartarse de su objeto. Pero lo he sentido ménos, por haber sido la parte de los pequeños y de los débiles hacia donde tal vez me incliné demasiado, y por ser esa parte hacia donde propendía Nuestro Señor.

Todo el que ame á Jesucristo comprenderá este proceder fácilmente.

Ruego al mismo Señor con toda mi alma, que bendiga este librito. Él me es testigo de que al publicarle no me he propuesto otra cosa que servirle.

Servirle en aquellos á quienes Él más ama, en los que padecen y en los pobres.

Christo in pauperibus.

VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.





Monseñor, (1)

SEÑORAS, SEÑORES:

ERA una tarde ya al anochecer. Por los confines del horizonte descendía de la sinuosa cresta de las colinas una nube sombría, que, como hinchada y ascendente ola, iba invadiendo el valle. De todo el país de Charleroi, donde me encontraba entonces, tan pintoresco, tan poblado, tan alegre bajo los rayos del sol, hizo en pocos momentos un inmenso desierto negro, donde las llamaradas de las fábricas esparcían haces de fuego.

(1) M^{ons.} Víctor van den Branden du Reeth, Obispo de Eritrea.

Íbamos á presenciar la colada de fundición de uno de los altos hornos; la llama que entre humos se precipitaba recta y chisporroteante á través de la boca del horno, alumbraba nuestros pasos. Llegamos allí; todo estaba presto. Se nos colocó en el fondo del cobertizo de la colada, fuera del peligro, bien á la vista, y el director dió la señal. Un obrero robusto, á fuerza de tremendos golpes, rompió el flanco del horno, y la masa del metal fundido, alba y esparciendo una lluvia de chispas de oro, se precipitó como un rayo por la abertura. Á un grito del contraamaestre, todos los obreros se pusieron en movimiento y corrieron al trabajo deslizándose como sombras entre el rojizo esplendor; ya se separaban de su curso aquel río de fuego, ya le ponían diques, ya le conducían á los surquitos de antemano preparados. Por sus rostros varoniles, ennegrecidos por el humo y el polvo del carbón, corría el sudor en abundancia; sus brazos desnudos, de abultados músculos, pasaban á través de las abrasadoras chispas, y las sacudían cual si fueran moscas. Á veces, hallándose más cerca de nosotros, veíamos brillar en sus denegridos rostros el blanco de sus ojos ó el esmalte de sus dientes al dibujar una sonrisa. Uno de ellos se plantó, y metiendo ligeramente su mano en aquella masa, la sacudió, arrojando

el fundido metal en forma de perlas á nuestros pies, como se hace con el agua cuando se riegan las flores. Las señoras lanzaron un grito de espanto, y el obrero, sonriendo, volvió á repetir su experiencia.

Yo estaba acostumbrado á este espectáculo, y mi pensamiento se apartaba de él para fijarse en aquellos pobres hombres.

Del horno alto pasamos á los hornos de cok, á los hornos de pudelaje, á los laminadores... Pero yo no veía más que una cosa, siempre la misma... Al obrero negro, derramando gruesas gotas de sudor por el rostro, pecho y brazos, comenzando la noche como nosotros comenzamos el día... y mientras su mujer é hijos duermen allá lejos, en su casita, él, velando, fatigándose, colando el hierro, soldándole, agarrando con sus grandes tenazas los riéles vomitados por el laminador, sosteniendo con vigoroso esfuerzo el rudo combate de la vida, siempre frente á frente de la muerte.

Esta vida se me presentaba de un golpe, tal como era, dura, áspera, dolorosa... «¡Pobres infelices — exclamé — qué vida de esclavos!...»

Á esta palabra, que se me escapaba sin advertirlo, el director me apretó vivamente el brazo, y con voz sobrecogida y mirada llena de

espanto: «¡Tenga V. cuidado — me dijo — le podrían oír á V!...»

El recuerdo de aquella noche, y de aquella palabra sobre todo, no se me ha borrado en largo tiempo. Y de nuevo me viene ahora mismo que tengo que hablaros del obrero.

«¡Tenga V. cuidado; le podrían oír á V!...»

No me oirán hoy esos infelices obreros, y así puedo hablar sin inconveniente.

Pero vosotros, Señores, vosotros que podéis oírme, ¿sabréis comprenderme?

Así lo creo. De ello me garantiza vuestro espíritu cristiano y la generosidad de vuestras almas.

Al ménos vosotros no esperáis de mí que os disfrace la verdad, ni que la atenúe, para que os agrade más y os entretenga mejor. Os hablaré con franqueza, como gustan los grandes corazones que se les hable.

¡Sea Dios en mi ayuda!...

¡El obrero! la cuestión obrera! No se habla hoy día de otra cosa. En la época á que me refería yo hace poco, apenas se trataba de esta cuestión más que en los círculos de economía social.

Era poco después de terminada la guerra de

Alemania y Francia, en aquellos días de prosperidad inaudita, en que el oro y la fortuna afluían á Bélgica como á una ciudad de refugio. Entonces nos adormecimos arrullados por tan inesperados éxitos; pero... ¡cuán pronto se desvaneció nuestro sueño! Después hemos permanecido algún tiempo soñolientos, indecisos... Los rumores de crisis, de huelgas, de agitación social, llegaban vagamente á nuestros oídos, todavía medio cerrados...: los escuchábamos, mas apenas los comprendíamos y los dejábamos pasar como objetos importunos sobre los cuales nos desagradaba fijar nuestra atención. Hoy día henos aquí enteramente despiertos y con ojo y oído atentos.

¡Bien sabéis qué gran trueno ha sido necesario para hacernos despertar de esta manera!... Un día se esparció la noticia, repentina y conurbadora como el anuncio de un desastre: Lieja, Seraing, Charleroi, Mons, el Hainaut todo entero es presa del fuego; las fábricas y los chalets están ardiendo; corren las turbas al pillaje y al saqueo; hay luchas y matanzas!... Dejemos hoy á un lado las exageraciones del primer momento; la estadística de las ruinas, de los heridos y muertos es demasiado espantosa, para que sea preciso aumentarla más. Gracias á Dios, el derecho se sobrepuso á la fuerza.

¿Creéis, sin embargo, que haya concluído todo?... que esos tiros de fusil y esos tajos de espada hayan cortado la cuestión?... que se haya hecho la paz y que sea definitiva?... que podéis ya vosotros, los ricos, entregaros de nuevo al sueño y dormir tranquilamente?...

No, Señores; la cuestión permanece en pie; ¡cuidado con dormiros!... No apartéis vuestros ojos para no ver, no ocultéis vuestra cabeza bajo el brazo, como los niños, no, no; mirad bien, mirad de frente y enteraos al ménos si todavía está la salvación en vuestras manos.

¿Qué ha venido á ser, decídmelo, os ruego, qué ha venido á ser en nuestro país la cuestión social? Digo en nuestro país; mas, por desgracia, podría decir en casi todos los países de nuestra vieja Europa. Una cuestión de guerra entre dos campos, el campo del obrero y el campo del patrono, el campo de los que poseen y el campo de los que no tienen nada, el campo de los hartos y el campo de los hambrientos... la eterna lucha entre el rico y el pobre.

¡Qué frívolas son todas las cuestiones políticas al lado de esta!...

He dicho una cuestión de guerra... Sí, Señores, una cuestión de guerra. En toda sociedad, en cualquier grado de civilización que se encuentre, se hallarán también estos dos campos

del obrero y del patrón, del rico y del pobre; pero hay tiempos en que, morando unos junto á otros, viven en paz, de acuerdo y aun en amistad... ¡Esos tiempos, Señores, son hoy día cosas de antaño!... Hoy día es la guerra, la guerra proclamada muy alto, la guerra declarada, la guerra abierta...

Escuchad bien el ruido, el estruendo que viene de ese ejército de trabajadores; es un inmenso alarido y clamor de odio... el odio al amo, el odio al rico, el odio á los dichosos. ¡Oh! vosotros, bien lo sé, vosotros que pertenecéis al otro ejército, no sentís en el alma esa amargura, esa acritud, esa cólera contenida y rugiente... ¿Cómo la habéis de sentir?... ¿No sois ricos y felices?...

Pero allá, en el ejército en que se sufre, en que se padece hambre... ¡ay de mí! cuando desaparece la fe, ¿cómo queréis que no sobrevenga la exasperación, y se susciten esos instintos feroces y esas pasiones ávidas y violentas, contenidas solo por la fuerza y que braman al sentirse refrenadas?

Sí, el odio, vencido tal vez y encadenado, pero presto siempre á escaparse y á saltar.

El año pasado, volviendo yo de un viaje muy corto, me apeé en Bruselas, en la estación de Luxemburgo. Nada hay más democrático que

estas bajadas de los trenes y salidas de las estaciones... los vagones de primera clase, de segunda y de tercera vierten sus viajeros en el andén, y todo aquel mundo revuelto confusamente avanza, se codea, se empuja y busca la gran escalera de piedra que conduce á la ciudad.

Subíala yo al par que dos obreros. Delante de nosotros subía una gran señora, cuyo precioso vestido de terciopelo, todo cubierto de ricos encajes, mostraba bien á las claras su rango y su fortuna. Su aire distinguido y su modestia natural hacían imposible todo menosprecio. «Mira,» dijo uno de los obreros, y vi que señalaba con el dedo aquel vestido. Levanté la cabeza... Me sería imposible pintaros, Señores, la llama de odio que salía de sus ojos. Sus labios se entreabrieron para dar salida á una expresión grosera, y lanzó en voz baja un juramento... «Perra,» exclamó arrojando sobre el vestido un asqueroso gargajo... Su compañero, gozándose, reía burlonamente la gracia... ¿Qué les había hecho aquella señora?... Nada. Que era rica.

¿No os acordáis de un episodio contado por los periódicos cuando los motines de Roux y de La Louviere? En un grupo armado que corría al incendio, cantaba desgañitándose un obrero el brutal estribillo, de que parece haber hecho su

divisa un partido político... «O Van den Peereboom...»

—¿Conoce V. á M. Van den Peereboom?—le preguntó un periodista que seguía á la turba.

—¡No!... pero ¡muera Van den Peereboom!

—Pues, si V. no le conoce, ¿porqué?...

—Es uno que tiene cuartos,—respondió el obrero en su enérgico dialecto,—es un rico; ¡mueran los ricos!

En sí mismos nada son, Señores, estos rasgos; pero muestran al desnudo con una sola palabra el estado de las almas.

Escuchad por otra parte el lenguaje que se habla al obrero; no os citaré más que un solo retazo: «Una visión asciende por el inmediato horizonte: es la roja visión de la deidad revolucionaria que lo arrastrará todo consigo; es el desbordamiento del pueblo, libre de sus lazos y cadenas, galopando por los campos y ciudades, por donde correrá á torrentes la sangre de los burgueses...»

«...¡No, no hay que hacer más que prender fuego á las ciudades por sus cuatro costados, demoler los pueblos, arrasarlo todo, y cuando no quede ya nada de este mundo podrido, tal vez renazca de sus cenizas otro mejor!»

Si todavía dudarais, yo os aconsejaría que leyeseis, por más que pudiera costaros, toda esa

literatura popular de que se ha inundado á nuestros centros obreros de algunos años á esta parte, esos catecismos del obrero, esos periódicos, esos folletos, esos llamamientos al pueblo y qué sé yo cuántas otras publicaciones.

Uno de mis amigos me envió hace poco todo un fardo de ellas, y yo las he hojeado en atención á vosotros... No las puedo resumir mejor que reduciéndolas á esta palabra: «¡Odio á los ricos!» Ahí tenéis, Señores, la situación social. Esos son los dos campos que se hallan frente á frente, y esos los sentimientos que abrigan.

¿Cómo hemos llegado á tal extremo?

¡Ah, Señores, muy naturalmente!

Quiero mostraros, con un ejemplo bien sencillo, cómo se engendran semejantes situaciones. Imaginemos por un instante al hombre abandonado á los instintos de su naturaleza y á la nativa luz de su conciencia, sin el freno moral de una ley religiosa que le obligue dentro de sí mismo y le imponga incesantemente la moderación de sus deseos, en la plena libertad de nuestras leyes civiles contemporáneas. Ved aquí á un rico, á quien el Estado, bajo determinadas condiciones, ha otorgado la explotación de una cuenca hullera. No depende absolutamente del

concesionario el vender al precio que quiera el carbón que extraiga de ellas. El juego de la oferta y la demanda se lo fija taxativamente dentro de un límite demasiado estrecho. Su beneficio depende pues de la diferencia entre lo que le cuesta la hulla puesta á boca de mina y la tasa normal á que puede venderla. Es evidente, según esto, que todos sus esfuerzos tenderán á disminuir cuanto le sea posible los gastos de extracción. Estos gastos son de varias clases, pero entre ellos se encuentra el salario del obrero... No paso más adelante. Le interesa pues manifiestamente al patrono reducir el salario del obrero, cuanto le sea posible.

No tengo necesidad, me parece, de mostraros que, por el contrario, el interés personal y primario del obrero está en ver acrecentado su jornal. He ahí pues dos intereses necesariamente correlativos y necesariamente antagónicos. De aquí la lucha... es inevitable (1).

En tiempo de prosperidad industrial, bajo el régimen de grandes precios remuneradores, cuando abunda la demanda, y la explotación exige brazos á toda costa, el obrero puede á

(1) «El objeto del industrial es producir mucho con poco gasto; el objeto del obrero es producir poco y con el mayor salario posible.» Informe de M. Prins, en la Comisión investigadora.

veces sostenerse firme con el patrono, exigirle el aumento de su salario y tratar con él, por decirlo así, de igual á igual; y el patrono, que por entonces necesita de su trabajo, cederá.

Mas cuando la prosperidad vacila, cuando la demanda escasea y los precios bajan, el patrono contiene aquella explotación febril... sobran muchos brazos, el salario baja... y el obrero queda á merced del patrono.

Proseguid vosotros, Señores, este ligero estudio; lo que he dicho de la hulla, aplicadlo al hierro, aplicadlo á todas las industrias y á toda producción en que intervengan un patrono y un obrero; ved frente á frente á esos dos egoísmos, mirad cómo incesantemente chocan entre sí esos dos intereses contrarios. De la lucha de esos dos antagonismos veréis salir toda la situación social presente. De una parte ese estado de guerra sorda y en todo momento al acecho de luchas, esas huelgas á veces tan insensatas, esas sociedades de resistencia odiosa, el descaro intelectual del socialismo, los ciegos furores de la anarquía, las salvajadas feroces del nihilismo.

Y también veréis salir de ahí fatalmente esos horrores que la Comisión investigadora ha oído estremeciéndose, y cuyo relato al principio nos parecía increíble.

Esos duros trabajos de todo el día pagados con un jornal irrisorio.

Esas horas de trabajo desmesuradamente prolongadas.

Esos obreros heridos, estropeados al trabajar en la mina ó en la fábrica, y luego arrojados fuera como ya inútiles.

Esos contratos de quincena injustamente violados.

Esas medidas de trabajo arbitrarias.

Ese trabajo que se desecha, rehusando pagar su precio al obrero, y que luego, á pesar de ello, se entrega al comercio y saca de él utilidad el patrono.

Esas barracas, esas cantinas, esas tiendas detestables, á que por fuerza han de acudir los infelices trabajadores y en que el patrón ó el contratista viene á quedarse con todo el jornal del obrero y aun á convertirse en usurario acreedor suyo, vendiéndole al fiado y á precio exorbitante comestibles y mercancías adulteradas, que le cobrará rigurosamente antes de entregarle el pago de la quincena.

Ese complicado engranaje, esa cadena que empieza en los propietarios, Estado ó sociedades anónimas, y sigue por los arrendatarios, empresarios, explotadores, contratistas, sobrestantes, cuadrilleros y capataces, para venir á

parar en los simples trabajadores, alejando lo más posible á los más poderosos de los más débiles... cadena que, como todas las de su género, siempre se rompe por lo más delgado.

Esas mujeres llamadas al trabajo propio del hombre, porque á ellas se les paga ménos.

Esos jóvenes, esos pobres niños admitidos al trabajo á los diez y aun á los ocho años — estoy repitiendo un grito de dolor de Mons. el Arzobispo de Lieja — ¡á los ocho años! y conducidos al anochecer á un telar para pasar allí la noche, y obligados, por temor de que se duerman sobre la obra, obligados por un contra-maestre á estar siempre cantando alto... (1) ¡Pobres niños!

¿Y querríais que ese niño se olvide... y que hecho ya hombre no se acuerde de tales cosas?... ¡Ah! Señores, no exijáis eso de la naturaleza humana. Cuando hecho ya hombre vea arder las fábricas y derrumbar los palacios, le vendrá á la memoria la imperativa voz del contra-maestre, y á su vez gritará entonces: ¡Ah! ¡ah! ¡cantad

(1) Evidentemente semejantes horrores serán la excepción; no es posible imaginar que la situación general del obrero sea tan cruel. Pero basta que se den, aun cuando no sea más que una vez, para que todo corazón recto se juzgue obligado á estigmatizar, como conviene, el egoísmo que los ha engendrado.

ahora vosotros los contra maestres!... ¡Á vuestra vez cantad ahora vosotros los ricos!... ¡Cantad, cantad!... Y embriagado por el gozo de su venganza, danzará en derredor de las llamas.

Hay, Señores, en este duelo de intereses contrarios entre el obrero y el patrono, un límite y como una especie de término jurisdiccional. Cada uno de ambos campos se ve de una parte y de otra empujado y como acorralado hacia él.

Cuando por una parte aumenta la oferta y por otra disminuye la demanda, el precio de la venta baja, el beneficio del patrono se atenúa... y puede suceder que, continuando el descenso del precio de venta, concluya por llegar al importe de fabricación. En ese momento el beneficio es nulo... ¡ahí está el límite! No podríais exigir al patrono que vaya más allá, porque para él sería la ruina.

¿Y para el obrero, Señores?... ¡Oh! para el obrero el momento llega más pronto.

En los tiempos de prosperidad pasada, el salario del obrero no solo bastaba para su vida, sino que también le hubiera permitido reservar algo para los malos tiempos. Desgraciadamente el obrero apenas ahorra, no suele tener educa-

ción económica, vive al día, como las aves del cielo y las flores de la tierra.

Bajando el salario, desaparece desde luego ese pequeño sobrante, pero al menos queda lo necesario... Siguiendo en baja el salario, se ve reducido el obrero á la estrechez... hace sacrificios, se priva de aquellos ligeros gustos que los buenos tiempos le permitían anteriormente añadir á su vida... no viste tan bien á su mujer y á sus hijos... Pero si el salario baja todavía... ¡ah! entonces llega la crisis. ¡He ahí el límite! ya no es lo superfluo, ya no es lo de simple gusto, es lo necesario lo que va á faltar... es el hambre pálida y desarrapada lo que llega y va á precipitarse sobre su pobre casita blanca, y con ella toda la turba de las pasiones feroces que engendra la desesperación.

«Por mi parte estoy dispuesto á sufrirlo todo — decía un padre ante la Comisión investigadora — ¡pero si alguna vez llego á ver llorar de hambre á mis hijitos, no respondo de mí!...»
¿Quién es entre vosotros el padre, quién es la madre que no comprende ese grito desgarrador salido de las entrañas?

¿Nos hallamos en este caso, Señores? yo me lo pregunto á mí mismo: ¿nos hallamos en este caso?

¡Quiero suponer que no! Quiero creer que el

obrero, suprimiendo esos gastos inútiles y desastrosos, que á menudo, en vez de consolarle y regocijarle, le embrutecen y exasperan, que reduciendo sus necesidades y deseos pudiera todavía llegar á vivir. Quiero persuadirme, en fin, que se exagere; pero temo, sí, temo engañarme... Pasad, pasad á esos valles del Hainaut y de Lieja, ved esas chimeneas sin humo, esas canteras desiertas, esas fábricas silenciosas...

¿Qué es esto? ¡Que hay parada, que están paradas las fábricas, es decir, centenares y miles de brazos de obreros sin trabajo, y, por tanto, sin jornal, sin nada para vivir! Nada más que la limosna y la caridad.

¡La parada, la suspensión del trabajo!... ¡Vosotros no tenéis idea de los horrores que lleva consigo!... El obrero que ya no gana entonces nada, tiene, sin embargo, que comer... Vende primero sus muebles, luego sus vestidos; al poco tiempo le arrojan de aquella casa desnuda, cuyo alquiler no puede ya pagar; después anda errante recorriendo las calles, sin abrigo, con su mujer y sus hijos... ¡Tiene todavía que comer, y no hallando qué, mendiga y pide limosna!... ¡Y entonces!... ¡Ah! no creáis que yo os pinto ahora cuadros fantásticos... Escuchad lo que uno de mis hermanos ha visto con sus propios ojos, no en el Tonkín, ni en el Annam, sino aquí mismo,

en Bélgica, á dos pasos de vosotros... y no ya en tiempos de hambre, sino hace un mes apenas, en Octubre último.

Había predicado una misión en un pueblecito de la Campine, y en el intervalo de los sermones iba de caserío en caserío á llevar los socorros de su palabra y de sus limosnas... Á lo último del pueblo, cerca de un bosque, en medio de matorrales, distinguió una choza de tierra y paja, agrietada, abierta á la lluvia y que se bamboleaba al ser sacudida por el viento... no tenía puerta, haciendo sus veces dos tablas viejas, que él apartó para entrar... ¡Qué espectáculo!... ¡Ni una mesa, ni una silla, tan solo un simple montón de hojas secas en un rincón, y allí acostada una joven infeliz muriendo de hambre!... Cuando la pobre sintió entrar al sacerdote, se sobresaltó, y con sus dos manos echó sobre sí unas matas secas de patatas para cubrirse... Sus andrajos no bastaban á proteger su pudor. Encima, sobre un tablero carcomido, yacía un hermano suyo, como ella enfermo y desnudo. Se habían refugiado allí, como las fieras en su guarida... y hacía ya dos días que no probaban bocado.

¿No es esto horrible, Señores?... Pues bien, estos son los efectos de la parada de las fábricas.

Pero echemos al olvido tales cosas, y supon-
gamos que el obrero no carezca de trabajo.

¿Habéis examinado alguna vez lo que necesita
el obrero para vivir?... Se han hecho recientemente
muchos de esos presupuestos, de esos cálculos
de gastos de casa y familia. Varían, claro está, de
provincia á provincia, pero la variación es muy
pequeña. Tengo ante mí uno de esos presupues-
tos, ya bastante antiguo, pero qué importa.

Supónese en él una familia compuesta del pa-
dre, de la madre y de tres hijos, cosa bien ordi-
naria, como veis. Una madre con tres hijos, de
siete, de cinco y de tres años respectivamente,
no puede pensar en trabajar ella en la fábrica,
tiene que dedicarse á preparar la comida, al
cosido, al lavado, al barrido y limpieza de su
vivienda y menaje y al cuidado de los niños.
Os asustaría si entrase yo en todos los detalles
de la pobre mesa, pero al ménos permitidme
presentaros algunos... El desayuno, sin contar el
pan, está calculado en 15 céntimos; la comida,
compuesta de patatas, habichuelas y un poco
de aceite ó grasa en 65 céntimos... ¿Puede pe-
dirse mayor economía?... Y, no obstante, aña-
diendo el pan, el carbón, la luz, el vestido y
calzado del padre, de la madre y de los niños,
la renta de la habitación, etc., se llega al total
de 1.228 francos y 68 céntimos al año.

Lo cual supone aproximadamente un salario de cuatro francos por día, sin interrupción, sin enfermedad, sin gastos imprevistos, sin coste de mobiliario, sin descanso, ni huelgas, ni paradas!...

Pero ¿dónde se encuentra hoy ese jornal de cuatro francos diarios?

Y, sin embargo, es evidente que si el salario es menor, esa familia no puede subsistir, á no ser que la socorra la caridad privada ó la beneficencia oficial. Si falta ese socorro, no queda más que un recurso. ¡La madre enviará sus hijos á la escuela ó á la casa-cuna, cerrará la puerta de su casa, é irá ella también á trabajar!... Así se podrá llegar á los cuatro francos necesarios, y tal vez á más... Pero, ¿qué viene á ser de la familia... y del espíritu de familia?...

¿Y creéis vosotros que tendría yo valor para decir á ese hombre, á esa mujer, á esos niños: «¡Moderaos, amigos míos, privaos aún más, disminuíd vuestra comida, sufrid, sufrid más todavía!» ¡No, Señores, no! ¡Eso no lo obtendréis de mí! ¡Eso no lo obtendréis jamás del corazón de un sacerdote!

«Pero, me diréis, si la crisis ha perjudicado al obrero, antes ha perjudicado al patrono; si ha reducido el salario del uno, también ha reducido los productos del otro: ambos tienen que sufrir las consecuencias de la mala fortuna.»

Sí, es mucha verdad. No obstante, os suplico que consideréis que, á poco que se rebaje el jornal del obrero, le reducís á la indigencia; «ya no puede vivir,» según su dolorosa y gráfica expresión. Mientras que la renta del patrón... No voy á buscarla en las cumbres de la fortuna, tomemos un término medio, pongamos 20.000 francos. Pues bien... rebajad de eso el 50 por 100; todavía le quedan 10.000... Me parece que ya se puede vivir con 10.000 francos, Señores, que se puede vivir con mujer é hijos y aun reservar una dotecita para las hijas.

Pedidme que vaya á decir á estos: «Moderaos, privaos más, disminuíd vuestro lujo, refrenad vuestros deseos... sacrificaos, en fin.» Y yo iré, Señores, iré de muy buena gana y con la conciencia satisfecha, iré á decírselo; tengo mi discurso preparado... desde hace ya cerca de veinte siglos está escrito por extenso en el Evangelio.

Las consideraciones que acabo de haceros se refieren al obrero y al patrón de nuestras comarcas industriales. ¿Quiere esto decir, Señores, que no sean aplicables al medio comercial en que vivimos? No, ciertamente. Donde quiera que hay un obrero y un patrón, un criado y un

amo, aparece la lucha de que os he hablado... chocan entre sí dos intereses contrarios, y en todas partes, tarde ó temprano, conduce á situaciones extremas.

¡Ah! os lo ruego, no os forjéis ilusiones. Cier- to, en esta grande y hermosa ciudad de Ambe- res, cuyas maravillas contemplaban admirados el año último los extranjeros, se despliega una pasmosa actividad, hay una fiebre de trabajo tan exuberante, que no solo halla ocupación el obrero del país, sino que, como sabéis muy bien, vienen á sentarse junto á él legiones de traba- jadores forasteros, y todos andan desahogados. Pudiera pues pareceros que, no cebándose aquí la crisis, debía suceder lo mismo en otras par- tes, y tal vez tachéis de exageración lo que os dicen los periódicos acerca del estado amena- zador de las ciudades y de las provincias veci- nas. ¡Desengañaos, Señores! Por otra parte, ¿no sabéis que aquí mismo, á dos pasos de vuestros hoteles, hay quienes sufren?... Dejad por unos instantes vuestros grandes bulevares, vuestras suntuosas calles; penetrad en las calles populo- sas en que se refugia el obrero... ¡No daréis veinte pasos, sin oír el grito de la miseria y del hambre! Y el hambre es mala consejera: ella so- pla al oído esas ideas y hace brotar de los labios esos gritos de revolución, de incendio, de pillá-

je, que aún no han sido lanzados aquí, pero por lo bajo rugen ya en los pechos.

Hay otra ilusión que no podéis haceros vosotros. No arrojéis la piedra á los industriales de allá abajo, á los dueños de las fábricas y de las minas... No son ellos más crueles que vosotros, creedme...; ellos regatean el salario de sus obreros, como vosotros ó vuestros agentes el de los vuestros; ellos aseguran sus trabajos, como vosotros aseguraréis vuestras tierras. Como vosotros, tampoco ellos quieren aplastar al obrero que les sirve... Ellos son hombres, como hombres sois vosotros, y como vosotros buscan una cosa... legítima al fin y al cabo, cuando no propasa la medida: salvar sus intereses y acrecentar su fortuna.

Entonces, ¿de dónde viene el mal?... Es que el egoísmo humano traspasa la medida.

Claro es, Señores, que en el encuentro de los dos egoísmos de que os hablaba poco ha, tenéis derecho, lo repito, tenéis derecho á luchar, como tiene derecho á luchar el obrero; y, por otra parte, lucháis sin quererlo y aun á veces sin saberlo... Por desgracia, en este combate las probabilidades del triunfo son cruelmente desiguales. Escuchad si no.

Era una familia obrera, compuesta del padre, la madre y un niño apenas destetado. El

padre iba al taller y allí ganaba su jornal; la madre, muy buena costurera, cosía. En tiempo normal podían vivir. Llegó un día, empero, en que por haber sobrevenido la suspensión del trabajo, se disiparon todas sus economías... El padre iba por las calles ofreciéndose á trabajar, pero en vano...; la madre por su parte trabajaba... y, no obstante, eran las diez de la mañana, y la pobre, mirando su mano, se afligía al pensar que todos sus recursos estaban reducidos al miserable perro chico que en ella tenía, que su marido iba á llegar, que el día antes habían comido las últimas patatas... Tomó pues una hoja de papel, escribió en ella temblando la cuenta de una gran señora, y encomendándose á Dios, se fué... Llamó á la puerta del hotel, y al lacayo que salió á abrirla preguntó por la señora, manifestando que deseaba verla.

«La señora no recibe,» la respondió. Entonces le suplicó que tuviera la bondad de entregar al ménos á la señora aquel papelito que temblaba en sus manos. Y esperó la respuesta... ¡Oh! si la señora pagase, estaban salvados!...

El lacayo volvió á bajar: «La señora no recuerda haber enviado á pedir su cuenta.»

La pobre mujer ahogó un sollozo... volvió la espalda, como fuera de sí, y se marchó. Con su último perro chico compró un panecillo blanco

para que el niño al ménos no tuviera que sufrir; después, cuando hubo comido el pequeño, le abrazó apasionadamente como una loca, humedeciendo su carita con las copiosas lágrimas que derramaba, y, serenándose un poco, esperó á que volviera su marido.

Abrazó á su esposo y le dijo todo lo que pasaba...; luego sacó de su dedo el anillo nupcial de oro que él le había regalado el día de su matrimonio, le tomó, le besó, y, con el corazón acongojado, se marchó á venderle. Aquel día al ménos pudieron comer.

Pero, ¿qué pasaría, Señores, por aquellos dos corazones mientras estaban comiendo?... ¿no lo sentís vosotros?... ¿Creéis que brotaría de ellos el amor al rico en aquel momento?...

En cuanto á la gran señora, cuyo proceder sumía de tal suerte á toda una familia en los horrores del hambre, ¿qué otra cosa hacía, Dios mío, que seguir la costumbre autorizada?... Es ya costumbre, en efecto, el no pagar sus cuentas sino en determinadas épocas, y esta costumbre tácitamente aceptada por la obrera, viene á ser una especie de contrato. La señora pués se defendía, rechazando una exigencia extemporánea... tal vez el pago de aquella cuentecita en aquel instante la perjudicaba. Era su derecho esperar á otro... Solo que debiera haber

comprendido, debiera haber adivinado su corazón...

¡Oh ricos! ¡oh ricos! ¿porqué no adivináis?...

Esta lucha, aun inconsciente y fatal, se deriva de la fuerza misma de las cosas; y no hay poder humano que pueda impedirla. Ha reinado en el mundo, desde que en el mundo hay amos y criados, débiles y poderosos. Y siempre, al llegar á su período álgido, ha estallado en forma revolucionaria.

No quiero hacer remontar vuestra memoria hasta las convulsiones sociales de la antigua Roma; ¿á qué remontarnos tan alto? En este mismo momento se nos invita á celebrar un aniversario lleno de lecciones deslumbradoras.

Hace casi cien años—no es mucho en la vida de la humanidad—hace ya casi cien años el pueblo lanzaba en Francia gritos de furor, cuyos ecos me parece escuchar hoy en los gritos que retumban en nuestros oídos.

¡Ah, Señores, cuánta analogía entre esas dos situaciones sociales, separadas apenas por un siglo!... ¡Hasta las palabras mismas se conservan en gran parte! ¡El pueblo... se hablaba entonces mucho del pueblo!... ¿y hoy?... Los pri-

vilegios, las castas... mas de esto están llenos nuestros periódicos... En vez de los feudos, poned los impuestos; en vez de la nobleza, poned la riqueza; en vez de los aristócratas, poned los burgueses; acomodaos á la hinchada fraseología de estos tiempos, y en los libelos de entonces reconoceréis los libelos de hoy. Nuestros agitadores contemporáneos son apenas copistas.

También entonces el Poder, el Estado, temblando á las primeras sacudidas de una máquina social que se descompone, quieren poner remedio al mal, si aún es tiempo. Son convocados los estados generales, siendo elegidos por sufragio universal; se reúnen y se les encarga que expongan, en actas famosas, las quejas y los deseos del pueblo... ¿No viene á ser esto lo que nuestra comisión investigadora y su cuestionario... y el obrero, el pueblo, llamado á responder, á exponer su miseria, no ya por mandatarios elegidos por él, sino por sí mismo?

Y del rico hacia el pobre surge un impulso de generosidad rebosante de entusiasmo... Acordaos de aquella noche famosa del 4 de Agosto de 1789... Á la voz del Vizconde de Noailles, la nobleza, el clero, el tercer estado reunidos, decretan, á paso de carga, la igualdad en los impuestos, la extinción de los privilegios, la abolición de los derechos feudales, la deroga-

ción de las gabelas, la supresión de los diezmos, la admisión de todos los ciudadanos á los empleos públicos, el establecimiento de una justicia gratuita... todo queda acordado, todo.

¡Ah! fué un hermoso y gran espectáculo aquella fiebre de generosidad, aquel delirio de abnegación, que de repente se apoderó de todas las clases reunidas de la sociedad francesa, sacrificándose una en pos de otra, para asegurar la felicidad del pueblo...

No haréis vosotros nada más grande, Señores, en vuestros congresos y en vuestros senados...

Solo se había olvidado una cosa, el volver á Dios. Volver á aquella ley religiosa, de que os hablaba poco ha, y única que puede salvar á las sociedades humanas.

Y por esto, ¿de qué sirvió aquella hermosa generosidad?

No había trascurrido un mes desde aquellas reformas, y ya el pueblo devastaba los campos, incendiaba los castillos, arrojaba al fuego los escudos, archivos y pergaminos de la nobleza, saqueaba los conventos y abadías... Versalles es invadido... La Reina huye á medio vestir; sus asesinos llegados demasiado tarde, se ensañan contra su lecho... La familia real es conducida prisionera á París... La nobleza, espantada,

se destierra voluntariamente, huyendo de Francia... Bien pronto huye á su vez Luis XVI, mas vendido traidoramente, es detenido en Varennes... Después se echa encima una noche tenebrosa en que cruzan apariciones horribles... En la tierra corre la sangre; en el oscuro cielo, con el choque seco del acero, se entrecruzan las chispas de las hachas y las espadas.. Rueda la carreta del verdugo conduciendo víctimas... Mirad aquella hermosa cabeza pálida y sangrienta... es la cabeza de Madama de Lamballe; la llevan á la Reina, sobre una pica, en procesión, al son de pífanos y atabales... Mirad, es la sangre humeante y cálida de los degollados de la prisión de los Carmelitas... Mirad, es la cuchilla de la guillotina, ahora más rápida y segura, que sube y baja... y las cabezas segadas, arrojando borbotones de sangre, no caben ya en el horrible cesto... la cabeza del Rey, la de la Reina, la de Madama Isabel, las de todos los grandes y ricos de entonces... Es, en fin, el terror, con sus prisiones, sus ahogamientos, sus degüellos, las convulsiones de las víctimas, los cánticos bárbaros del populacho ebrio y sus horrendas burlas sarcásticas... Es la antigua sociedad francesa que se derrumba.

Bajo el látigo de Napoleón todas aquellas bestias feroces de la Revolución entraron en

su cubil... ¡Ah, Señores!... no digáis: «Muerto el perro, se acabó la rabia...» ¡La fiera no ha muerto!

La fiera no ha muerto, vuelvo á deciros.

Yo no soy profeta, Señores, ni deseo serlo en estos días; yo no quisiera asegurar que vamos abocándonos á otras espantosas catástrofes, ni que nuestro siglo morirá, como su inmediato predecesor, ahogado en la sangre de las revoluciones y de las guerras civiles. Sin embargo, no puedo ménos de ver lo que está delante de mí... y lo que veo es que tenemos todo lo que se necesita para llegar allá. La misma exasperación en el pueblo, las mismas quiméricas teorías predicadas por tribunos y sofistas energúmenos, las mismas ambiciones desmedidas ocultándose como entonces bajo el manto del bien social, para encubrir apetitos egoístas, la misma agitación convulsiva de los desheredados... ¡ay! Señores, y la misma indiferencia, la misma indolencia y apatía, el mismo lujo y sensual refinamiento, la misma frivolidad de los grandes, de los ricos, de todos aquellos á quienes Leplay llamaba con razón las autoridades sociales.

La nobleza francesa tenía indudablemente de qué arrepentirse en el siglo último... y, sin embargo, no había descendido aún, como hoy día, á las tablas de un teatro, á la pista de un circo, á

la arena de una plaza de toros, ni á otros centros de diversiones públicas; no se había visto á los herederos, ni á las herederas de los más distinguidos nombres de Francia ostentarse vestidos de arlequines y en traje de bailarinas, ni disfrazarse de viles animales.

Las fuerzas públicas, me diréis, están mejor organizadas, y la represión sería más terrible, más rápida y más pronto victoriosa... ¡Tal vez!... Pero el pueblo maneja hoy todas las armas que la ciencia ha puesto á su disposición... un cartucho de dinamita lanzado por la mano de un niño, causará hoy más ruinas y muertes que las antiguas hordas de Petión y de Santerre.

Mas dejemos el porvenir á Dios. Solo del presente seremos responsables ante Él y ante la historia.

He manifestado el mal; busquemos el remedio.

El mal, ya lo hemos visto, el mal está en el egoísmo humano, que luchando por su propio interés traspasa toda medida y deshace, para llegar á su objeto, al débil que lucha contra él.

¿Quién podrá poner un freno á ese egoísmo desenfrenado, un dique á esa pasión desbordada, siempre hambrienta y siempre invasora?

Dos potencias sociales que voy á señalaros: la ley civil y la ley religiosa.

De intento he puesto primero la ley civil. En una enfermedad aguda se acude primero á los remedios inmediatos, reservando para después los otros y el régimen conveniente.

La ley religiosa, toda de persuasión y de libertad, no obra sobre el organismo de las sociedades, sino después de una infiltración é impregnación lenta... se requiere mucho tiempo para devolver á un pueblo que las ha perdido, sus convicciones religiosas y la conciencia de los deberes que le imponen. Y el tiempo urge, no podemos esperar á mañana.

La ley civil, en cambio, se impone por la fuerza... no espera á que sobrevengan las convicciones. Al mismo tiempo que habla, obra. Tenemos necesidad de ella, necesidad absoluta, para contener los peligros que nos amenazan en la hora presente...

Yo no sé lo que hará la ley civil, ni qué remedio aplicará al mal. Pido á Dios de lo íntimo de mi alma que inspire á nuestros legisladores en esta gran obra.

Por otra parte, yo no tengo misión para hablaros de ella. Mas la ley religiosa...

¡La ley religiosa! ¡Ahí, ahí está la salvación del obrero, la salvación de la sociedad entera!

Si nuestro pobre mundo tiembla en sus bases, es por haberse apartado de ella. No me detendré en demostrároslo; estáis convencidos de ello, como yo, y sobre este punto no necesitan de afianzamiento vuestras convicciones.

¿Qué cosa estable podría hacerse sin la religión? ¿Se cree que servirían de gran cosa las teorías filosóficas acerca del orden social?

«Por más que hagáis, la suerte de la gran masa, de la multitud, de la mayoría, será siempre lastimosa y desgraciada y triste. Á ella el trabajo duro, el levantar cargas, el arrastrar cargas, el llevar á cuestras pesadas cargas.

»Examinad este balance: todos los goces en el platillo del rico, todas las miserias en el platillo del pobre. ¿No son desiguales las dos partes? ¿No debe inclinarse necesariamente á un lado la balanza?

»Y ahora en el lote del pobre, en el platillo de la miseria, echad la certidumbre de un porvenir celestial, echad la aspiración á una bienaventuranza eterna, echad el paraíso, ¡contrapeso magnífico! Restableceréis el equilibrio: la porción del pobre es tan rica, como la porción del rico.

»Esto es lo que sabía Jesús, que sabía bastante más que Voltaire.

»Dad al pueblo que trabaja y sufre, dad al

pueblo, para quien es tan malo este mundo, la creencia en un mundo mejor hecho para él.

»Y permanecerá tranquilo, y será paciente. La paciencia es hija de la esperanza.

»Sembrad pues el Evangelio en los pueblos.»

¿Quién habla de esta suerte?

Víctor-Hugo en su *Claudio Gueux*.

Y á su vez dice Chateaubriand:

«Un estado político, en que algunos individuos tienen millones de renta, mientras otros individuos se mueren de hambre, no puede subsistir, cuando en él no existe ya la fe con sus esperanzas ultramundanas, para explicar el sacrificio...

»Reconstruíd, si podéis, la ficción aristocrática; intentad persuadir al pobre, *cuando ya no crea*; intentad persuadirle que debe someterse á todas las privaciones, mientras su vecino posea mil veces lo superfluo, y nunca lo conseguiréis: *como último recurso tendréis que matarle.*»

Y, sin embargo, Señores, cuando leo en los periódicos que los principios religiosos por sí solos pueden curar el mal de las sociedades contemporáneas, cuando lo oigo en las asambleas, no puedo ménos de experimentar cierto temor. No porque yo dude de la verdad de estas afirmaciones solemnes, sino por lo que voy á deciros.

¿Corresponde, no es verdad, al sacerdote el predicar los principios religiosos?... Pues bien, yo temo que, descuidando por completo en él, vosotros le miréis de lejos dejándole obrar solo, mientras estáis cómodamente sentados con los brazos cruzados sobre el pecho. No, Señores, vosotros debéis también predicar la ley religiosa y sus principios; lo debéis hacer con vuestras palabras, con vuestra influencia y con vuestros ejemplos; lo debéis hacer á todos los que están encomendados á vuestros cuidados y trabajan por vosotros.

Escuchad, no hago más que traducir los escritos de San Pablo: «Si alguno de vosotros vive sin cuidarse de los suyos y sobre todo de sus domésticos, ha negado la fe, *fidem negavit*, y es peor que un infiel, *et est infideli deterior.*» ¿Creéis vosotros que San Pablo no se refería más que á los cuidados del cuerpo y no á los del alma?... ¿y creéis que por la palabra *domésticos* no entendía más que á vuestros lacayos y á vuestras cocineras y camaristas?... No, ¿no es verdad?

Oíd, Señores, oíd ese primer eco de la ley religiosa que hoy resuena en medio de vosotros... ¡Cuán severa es! *Fidem negavit*, ¡ha renegado de la fe!... *est infideli deterior*, ¡es peor que el infiel!... ¡Oh! yo siento la necesidad de

preguntároslo una vez más: «Vosotros que me escucháis, ¿sabréis comprenderme?» En cuanto á mí, la verdad me apremia, y no os la puedo ocultar! Cuando se apela á la ley religiosa ¿se tiene en cuenta todo su alcance?

He ahí lo que todavía me inquieta cuando oigo esos llamamientos á la ley y á la influencia religiosa. Es claro que, si todo el mundo observara los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia y los deberes propios de su estado, la tierra se convertiría en un paraíso terrestre. Mas para llegar á ese punto, sería preciso que todo el mundo pusiera manos á la obra, y el medio más seguro de conseguirlo sería evidentemente que desde luego comenzara el predicador por dar él mismo el ejemplo, y en seguida, que sin tardar, cada uno de nosotros le siguiera en su trabajo... ¿Ponemos nosotros manos á la obra, Señores?... Lo que quiero decir es muy sencillo. La ley religiosa simplemente predicada no tiene poder ninguno para salvar la sociedad en la crisis que atraviesa: lo que se necesita es la observancia, es la práctica de esa ley, es la ley religiosa observada y practicada. Ahora bien, practicar esa ley, observarla, ponerla por obra, exige esfuerzos: he ahí donde es necesario el valor y el sacrificio; he ahí donde es preciso saber olvidarse á sí mismo y sa-

crificarse por los demás. ¿Estamos dispuestos á ello?

En fin, os diré mi último temor. Para muchas gentes la ley religiosa parece que no hace más que una cosa: inclinarse hacia el pequeño, hacia el obrero, hacia el pobre, y decirle con infinita ternura y bondad: «¡Resignaos! ¡Tened paciencia! ¡Estad sumiso! ¡El cielo os espera allá!»

¡Ah! Señores, sí, la ley religiosa hace eso; se vuelve al pobre, al débil, al obrero, le predica resignación, sumisión, paciencia... Pero, ¿no hace más que eso? no se dirige más que al obrero?

También se dirige á vosotros, Señores, á vosotros, los ricos... ¿Y qué os dice?

Abro la Biblia, esa antigua Biblia que encierra en sus páginas la historia y los destinos del mundo; y desde la primera página me veo frente á frente del obrero, del trabajador... Sí, es él... él temblando ante la cólera divina, con la cabeza baja, y detrás de él su mujer, temblando también y arrepentida... Dios lanza su maldición: «Maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás de la yerba que produz-

ca. Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de que has sido formado; porque polvo eres, y á ser polvo tornarás» (1).

Ese obrero, ese trabajador... es Adán, es Eva, es el rico, es el pobre, sois vosotros, soy yo, somos todos nosotros, es la humanidad...

Cuando contemplo el mundo moderno, veo multitud de brazos manejando herramientas duras y pesadas hasta quedar rígidos, veo correr el sudor de multitud de frentes; pero ya no es á la humanidad entera á la que veo de ese modo encorvada hacia la tierra, arrancando de entre los abrojos y espinas el pan que ha de comer. Parece que una raza privilegiada ha escapado á la maldición divina... ¿Cómo se ha verificado este fenómeno?

La desigualdad de las condiciones sociales se ha abierto paso bien pronto en el mundo. No tengo que demostrar que es legítima, ni combatir aquí la locura de los que predicán al pueblo esa famosa nivelación de clases, incompatible con el fondo mismo de la naturaleza humana. Sucedió pués, y bien pronto, que una parte de los hombres se hizo servir por la otra, y le pagó sus servicios de una manera equivalente. Nada

(1) Génesis, cap. III, 17-19.

más justo, y yo estoy lejos de reprobarlo. Es de notar, sin embargo, que si Dios permitió á esta tribu favorecida librarse del trabajo corporal, del trabajo que hace correr el sudor de la frente, no fué para que se entregara indolente y perezosa al tedio de la ociosidad; no quiere Dios ociosos en su pueblo: *factio lascivientium auferetur*, la facción de los ociosos será destruída. El que se libra del trabajo corporal tiene que entregarse al trabajo mental: es la ley de todos. ¡Desgraciado del que se empeña en sacudir su yugo! Dios le persigue aun en este mundo, le aplasta bajo el peso de un yugo más duro, el yugo de las pasiones que envilecen y degradan... y más tarde, ¡ah, Señores! más tarde, á todos, al patrón como al obrero, al pobre como al rico, cuando llegue la hora del juicio, su temible voz preguntará: «¿Qué habéis hecho?... ¿Qué habéis hecho por vuestros hermanos y por la sociedad?» Y creo que no bastará entonces contestarle: «He guiado á las mil maravillas mis coches; he montado cual ninguno; he sido un diestro cazador; nadie me ha superado en la gimnasia; no he tenido rival en la esgrima... He deslumbrado con mis elegantes trajes; he tocado el piano divinamente; he sabido dirigir mejor que nadie un cotillón...»

¡Mas pasemos adelante!

El patrón y el obrero han aparecido pues muy pronto sobre la tierra.

La primera mención que de ellos encuentro en la Escritura es un grito de Dios en favor del débil:

«No harás agravio á tu prójimo, ni le oprimirás con violencia.» ¡Ah! ¡el hombre ya oprimía!... y ya pagaba con estrechez y tardanza, pues añade en seguida el Señor: «No retendrás el salario de tu jornalero hasta la mañana siguiente» (1).

Y ahora citaré, sin orden preconcebido, otros varios textos:

«No negarás el jornal á tu hermano menesteroso y pobre... sino que le pagarás en el mismo día, antes de ponerse el sol, el salario de su trabajo; porque es un pobre y con eso sustenta su vida, no sea que clame contra tí al Señor, y se te impute á pecado» (2).

«El que ofrece sacrificio de la hacienda de los pobres es como el que degüella á un hijo delante de su padre. La vida de los pobres es el pan que necesitan; el que lo defrauda es hombre

(1) *Non facies calumniam proximo tuo, nec vi opprimes eum. Non morabitur opus mercenarii apud te usque mane.* (Lev. XIX, 13.)

(2) *Non negabis mercedem indigentis et pauperis fratris tui... Sed eadem die reddes ei pretium laboris sui, ante solis occasum, quia pauper est, et ex eo sustentat animam suam, ne clamet contra te ad Dominum.* (Deuter. XXIV, 14-15.)

sanguinario Quien quita el pan ganado con el sudor, es como el que mata á su prójimo. Quien derrama sangre y quien defrauda al jornalero, hermanos son» (1).

«Si tu hermano (observad, Señores, cómo la divina Escritura llama al obrero y al pobre: un hermano, mi hermano, vuestro hermano) obligado por la pobreza, se vendiere á tí, no le oprimirás con el servicio propio de esclavos, sino que será tratado como jornalero y colono... No le aflijas abusando de tu poder, mas teme á tu Dios... Porque son siervos míos» (2).

«Cuando vendieres algo á tu conciudadano ó lo comprares de él, no apremies á tu hermano, pero sean justos vuestros precios» (3).

«Si viniere á quedar pobre alguno de tus hermanos... no endurezcas tu corazón, ni cierres

(1) *Qui offert sacrificium ex substantia pauperum, quasi qui victimat filium in conspectu patris sui. Panis egentium vita pauperum est; qui defraudat illum, homo sanguinis est. Qui aufert in sudore panem, quasi qui occidit proximum suum. Qui effundit sanguinem et qui fraudem facit mercenario, fratres sunt.* (Eccli. xxxiv, 24-27.)

(2) *Si paupertate compulsus vendiderit se tibi frater tuus, non eum opprimes servitute famulorum; sed quasi mercenarius et colonus erit. Ne offligas eum per potentiam, sed metuito Deum tuum... Mei enim servi sunt...* (Lev. xxv, 39, 40, 43 y 42.)

(3) *Quando vendes quippiam civi tuo, vel emes ab eo, ne contristes fratrem tuum, sed juxta numerum...* (Lev. xxv, 14.)

para con él tu mano, sino ábrela y préstale lo que necesita» (1).

«Cuando vayas á cobrar á tu prójimo alguna deuda, no entres en su casa para tomar la prenda, sino que te quedarás afuera, y él te sacará lo que tuviere. Mas si es pobre, no pernoctará la prenda en tu casa, sino que se la restituirás antes que se ponga el sol, para que durmiendo en su ropa, te bendiga y tengas mérito delante del Señor tu Dios» (2).

Sabéis además, Señores, que la ley dada por Dios mismo á su pueblo predilecto reprobaba absolutamente la usura: *Ne accipias amplius quam dedisti*. «No recibas más de lo que hayas dado.» Sabéis también que el régimen de la propiedad en ese pueblo escogido difería esencialmente del nuestro.

Al tomar posesión los israelitas de la tierra prometida la dividieron en partes iguales entre

(1) *Si unus de fratribus tuis... ad paupertatem venerit, non obdurabis cor tuum, nec contrahes manum, sed aperies eam pauperi, et dabis mutuuum, quo eum indigere perspexeris.* (Deuter. xv, 7-8.)

(2) *Cum repetes a proximo tuo rem aliquam, quam debet tibi, non ingredieris domum ejus, ut pignus auferas; sed stabis foris, et ille tibi proferet quod habuerit; sin autem pauper est, non pernoctabit apud te pignus, sed statim reddes ei ante solis occasum, ut dormiens in vestimento suo, benedicat tibi, et habeas justitiam coram Domino Deo tuo.* (Deuter. xxiv, 10-13.)

todas las familias de Israel; cada una tuvo su lote, su patrimonio. Sucedió que, pronto, unas tuvieron que deshacerse de ella y venderla... otras compraron y se enriquecieron; pero ni la compra, ni la venta eran definitivas... Cada cincuenta años, los bienes vendidos debían volver á su primitivo dueño. En suma, la propiedad era inalienable, solo se vendía su usufructo. Y Dios mismo daba la razón de esto: *Mea est enim terra*, «porque la tierra es mía,» yo soy su dueño; como poco antes había dicho: *Mei enim servi sunt*, «porque los siervos son míos.»

Pero me saldréis al paso diciéndome: «He ahí precisamente porqué esos divinos textos no tienen nada que ver con nosotros. Su objeto es regular una situación social bien distinta de la nuestra. Es la vieja legislación del pueblo de Israel. Nuestro régimen social se halla establecido sobre otras bases y reclama otras leyes.»

Cierto, Señores, vivimos bajo otro régimen y bajo otras leyes, la sinagoga ha muerto; pero tened cuidado, no vayáis demasiado lejos... Vosotros habéis demolido las bases de la sociedad judía, las bases de la sociedad romana, las bases de la sociedad feudal... Quizá sean destruídas también las bases de la sociedad contemporánea. Pero más abajo que todos los cimientos

destruídos por la piqueta ó volados por la dinamita, más profunda que todas las bases construídas por mano de hombre, está esa vieja roca, á la cual ni vosotros, ni nadie, ni en lo pasado ni en lo futuro, podrá tocar... Esa vieja roca sobre la cual, en fin de cuentas, debe asentarse toda sociedad, si quiere permanecer firme, aunque no sea más que un día... Es la vieja roca de la naturaleza humana... Cuando la contemplo, Señores, encuentro escritos en ella, mejor que en las tablas de vuestras mudables leyes, estos dos eternos dogmas:

El obrero es de Dios. El obrero es vuestro igual (1).

No insisto más en esto y paso al Evangelio.

¡El Evangelio!... Señores, al Evangelio podría yo llamarle el libro del obrero. Y no solamente al Evangelio sino también á todo el Nuevo Testamento, que desde hace ya cerca de mil novecientos años nutre á las almas de verdad, de esperanza y de amor.

¿Qué es el Evangelio, sino la historia y la predicación viva de ese obrero, hijo de obrero, llamado Jesucristo? *Nonne hic est faber?* ¿No es

(1) Creo que no hay necesidad de advertir que aquí se trata de la igualdad de naturaleza, el contexto lo indica suficientemente; pero, por si acaso, conste así, para que no se me achaque lo que no es debido.

este el carpintero? *Nonne hic est filius fabri?*
¿No es este el hijo del carpintero?

Buscad las firmas al pie de esas páginas... Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pedro, Pablo, Santiago, Judas Tadeo... Obreros, Señores, y un ínfimo empleado de aduanas: ¡Mateo! .

Por más que los busque, no hallo entre ellos más que dos letrados: Pablo y Lucas... Pero aun estos no dejan por eso de tener un oficio que endurece las manos: Pablo hace tiendas y velas de navío... Lucas es un médico de Antioquía, y ya sabéis el rango de los empíricos de aquel tiempo. Todos los demás son pescadores costeros del lago de Genesareth.

Vosotros vais todos los años á respirar en nuestras costas aire puro, impregnado de perfumes silvestres que conduce el mar sobre sus ondas... Allí encontráis á los pescadores de Ostende, de Blankemberghe y de Nieuport con su sombrero embreado y su traje de paño burdo... Ved ahí lo que eran los autores del Evangelio; y su Maestro, obrero como ellos, vestía y comía como ellos. Cuando los soldados judíos van á prenderle por la noche, para reconocerle entre los demás, tienen que pedir á Judas una señal que le distinga... y no hallándola Judas, tiene que decirles: «Aquel á quien yo besare.»

¡Oh! sí, ¡acudamos al Evangelio, es el libro del obrero, del pequeño, del débil, del pobre!...

No os citaré más que un solo pasaje; os le he citado ya, mas ¡cómo no volver al mismo!

«Maestro, preguntaba á Cristo uno de los doctores de la ley, Maestro, ¿cuál es el primero y mayor de los mandamientos?»

Jesús le responde: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón. Este es el primero y mayor de los mandamientos.» Y sin esperar nueva pregunta, añade el Maestro: «El segundo es semejante á este: Amarás al prójimo como á tí mismo.»

¿Qué quiere decir esto, Señores?... ¡Dios y el obrero hermano mío en la misma línea! ¡El amor de Dios y el amor de mi hermano el obrero parangonados! ¿Cuál es la clave de este misterio?

Vedla aquí, dada por el mismo evangelista:

«Cuando viniere el Hijo del Hombre, escribe con su elevado estilo, se sentará sobre el trono de su majestad, en medio de sus ángeles, y serán congregadas ante él todas las gentes.»

Allí estaremos nosotros, Señores, vosotros y yo, y entonces será la hora de los juicios terribles... ¿Qué tendremos que decir entonces delante de aquel gran juez? Para él han estado patentes los pliegues y repliegues de nuestro corazón. Su vista nos ha seguido de día y de

noche, en el goce secreto de nuestros vicios, en las deliberaciones ocultas de nuestra molicie y de nuestro egoísmo.

«Y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos.

»Y pondrá las ovejas á su derecha, y los cabritos á la izquierda.

»Entonces dirá el Rey á los que estén á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo.

»Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; carecía de asilo y me hospedasteis; estaba desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y me vinisteis á ver.»

Entonces le dirán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; ó sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos sin asilo, y te hospedamos; ó desnudo, y te vestimos?

»¿Ó cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel, y te fuimos á ver?»

Y respondiendo el Rey les dirá: «En verdad os digo, que cuando lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicisteis.»

Aún no hemos acabado, Señores.

Después dirá también á los que estén á su

izquierda: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno...»

»Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, carecía de asilo y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me cubristeis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.»

¡Ah! Señores, seremos nosotros del número de estos desgraciados, que pálidos y temblando, preguntarán entonces:

«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento ó sediento, ó desvalido, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado, y no te favorecimos?»

«¿Cuándo? Cuando dejasteis de hacerlo á uno de estos pequeñitos, rehusasteis hacérmelo á mí.»

Ved ahí el secreto del misterio, Señores. Ese obrero, ese pobre, ese pequeño, ese mínimo... ¡es Dios!... ¡Dios se ha encarnado, por decirlo así, en su miseria!

¡Oh! ahora ya no me admiro... no hay ya dos mandamientos, no hay más que uno solo: «¡Amad á Dios!» y he aquí en su gradación solemne la última palabra de la doctrina religiosa acerca del obrero y del pobre.

Mi naturaleza humana me había dicho: «El obrero, el pobre, es tu igual; ámale como á tu igual.»

La antigua ley de Moisés avanza más: «El obrero, el pobre, es tu hermano; ámale como á tu hermano.»

Subiendo siempre, el Evangelio me dice: «Ámale como á tí mismo.»

Y esto no es todavía bastante: el obrero... ¡Ah! ¿cómo lo diría yo? Tengo miedo de mi propia expresión.

¡Oh divino Salvador! ¡oh Maestro mío! Vos que habéis inspirado esas palabras inflamadas; Vos, cuya voz las volverá á repetir como un trueno á los oídos de toda la humanidad reunida... ¡oh! decidlas, decidlas aquí, y que ellas penetren los corazones hasta la división del alma:

«¡El obrero, el pobre, soy yo; yo, vuestro Dios!...

»¡Lo que hacéis al obrero, lo hacéis á mí, vuestro Dios!... ¡Lo que rehusáis al obrero, me lo rehusáis á mí, vuestro Dios!...» (1).

(1) Se me ha acusado de haber «hecho del obrero un Dios y de haber puesto al patrono á sus pies.» Véase en qué sentido lo entiendo:

Un pobre casi desnudo pidió limosna á San Martín: el Santo partió su capa y le dió la mitad. La noche siguiente se apareció Cristo al soldado generoso, llevando sobre sus hombros la mitad de la capa que había dado al pobre, y le dijo: «Martín, catecúmeno mío, tú eres quien me ha cubierto con este vestido.»

Ved ahí, Señores, la doctrina religiosa... ¡Ved ahí lo que ella dice dirigiéndose al rico!

Siendo esto así, mirad ahora al obrero, considerad ahora á vuestro igual y vuestro hermano... contemplad ahora á vuestro Dios, pasando delante de vosotros... Permitidme contaros su historia.

Nace... Sí, no hay duda, es vuestro hermano: la misma sangre... la misma carne... la misma leche para nutrirle, y para abrigarle los mismos brazos y el mismo corazón, los brazos y el corazón de una madre...

¿Qué importa que sus pañales sean pobres y su cuna más dura?... Su madre no le abandonará, y él no tendrá junto á ella para reemplazarla, cuando esté cansada, á una extraña que le refresque las mejillas y los labios con besos pagados.

Dios descende sobre él, como descende sobre vosotros, y su frente es lavada como la vuestra con la sangre de Jesucristo... Sigue siendo vuestro hermano.

Crece el hijo del obrero... Su madre le lleva á la escuela... Es la escuela de los pobres, y á vosotros os han llevado á la escuela de los ricos; pero ¿qué importa esto tampoco?... Las Hermanas de los pobres tienen el mismo hábito negro

y el mismo velo blanco y la misma cruz en el pecho. Tienen las mismas delicadas manos y el mismo tierno corazón para estos pequeñuelos. Son casi madres.

Más tarde... No quiero saber si entre tanto el pobre niño ha tenido ó no hambre... Puede ser que no; el padre y la madre ayunan mucho tiempo, antes que la comezón del hambre hostigue á sus hijos pequeños... Más tarde, en fin... ¡Ah! ¡es aquel día fiesta en la familia del obrero!... El padre venía ahorrando desde muy atrás, y la madre privándose de bien de cosas: era preciso ataviar mejor al niño... En aquel día descendió Jesucristo á su alma, como en otro semejante descendió á la vuestra; como á vosotros le dió su cuerpo y su sangre... ¡Todavía es vuestro hermano!...

¡Pero desde entonces todo difiere!... Continúad aparte vosotros vuestra vida; yo voy á seguir la de vuestro hermano el obrero.

Al día siguiente se le acerca su madre; me parece oírla: «Ven, hijo mío; dame tu trajecito de ayer, voy á guardarle en el armario para los grandes días de fiesta; ponte el pantaloncito de jerga y la blusita azul y las alpargatas. Ven, hija mía, dame tu corona y tu velo y tu vestido blanco; ponte el refajo y el jubon de las trabajadoras... Nosotros no somos ricos, mira,

nosotros tenemos que trabajar; á tu padre le cuesta mucho el ganarnos el sustento... tú vas á ayudarle, querido mío... Tendrás valor, ¿no es verdad?... ¡Oh! ¡si nosotros fuéramos ricos, tú no te separarías de tu madre, yo no te dejaría marchar, hijo mío! Ten ánimo... pero sé prudente... mira que las galerías mineras son traidoras... ¡han sepultado á tantos jovencitos como tú sin devolverlos!... ¡Oh!... ¡oh! que no te suceda... ¡hijo mío, hijo mío, me volvería loco! Pero no, Dios es bueno, querido mío, él estará en mi lugar para velar por tí.»

Y ahogando en su garganta un sollozo que pugna por estallar, levantando sus ojos al cielo, á la vez que se eleva de su alma una suprema oración, bendice á sus hijos haciendo sobre sus cabezas una gran cruz... y ellos marchan.

¡Han marchado!... á las minas, á la fábrica, á la obra, al taller... ¿Qué importa á dónde? ¡al trabajo!... ¿No es esto bastante?

¿Quién no se acuerda aquí de aquellos hermosos versos del poeta:

«¿Á do esos niños van que ni uno ríe,
Mustios y enflaquecidos por la fiebre?
¿Á do van esas niñas de ocho abriles
En perezosa hilera solitarias?
—Caminan al taller, van al trabajo,
Todo es de bronce allí, todo de hierro.
No hay descanso, no hay juegos, todo es lucha.

Mirad qué palidez entre la herrumbre
Que ennegrece sus lánguidas mejillas!
No asoma el sol aún, y ya están lasos.
Ni jota saben de su gran destino,
Mas parece que, aun mudos, á Dios claman:
«Padre nuestro, miradnos qué pequeños,
Y cuál nos tratan — ¡bárbaros! — los hombres!»

¡Oh! ¡qué largas y lentas se hacen las horas!...
¡Las horas!... ¡Habéis examinado, Señores, las
declaraciones consignadas en la investigación?...
¡Pues bien, allí habréis visto que esos pobres
pequeñuelos trabajan de esa suerte diez, doce y
catorce horas diarias!

¡Cuántas veces les he visto yo volver, en pe-
queños grupos separados, cubiertos de polvo y
de carbón, encorvados por la fatiga, balanceando
sin fuerza los brazos y doblegándoseles como
derrengadas las piernas! ¡Sin una sonrisa, sin
nada ya de esa alegría loca presta siempre á
brotar de un corazoncito de doce años!... Po-
bres jovencitos, á esa edad en que la vida es
tan bella, he ahí su suerte... Y para ellos ya no
cambiará: los días sucederán á los días, los años
á los años, el niño llegará á ser hombre, el
hombre se hará viejo, todo cambiará en torno
suyo, todo, excepto su vida. ¡Esta, esta no cam-
biará!... el trabajo, el trabajo, siempre el traba-
jo, y ese trabajo duro, pesado, monótono, ese
trabajo de los músculos y de los huesos, que en

verdad no es trabajo de hombres, sino trabajo de bestias.

¡Monótona esa vida!... ¡Ah! Señores, me equivoco... ¡tiene sus incidentes!...

Un día vienen á decir á la madre, con esa inconsciente brusquedad del pueblo: «Vecina, es preciso tener valor, ¡tu hijo está en el hospital!» — «¡Ay! ¡Dios mío! muerto! muerto mi hijo!...» — «¡No, no, mujer! la máquina no ha hecho más que tocarle...» ¡Y como una loca, la pobre madre corre á través de las calles y de la gente, llorando y gritando, llamando á su hijo, á su hijo, á su pobre hijo!... ¡En el hospital la reciben cariñosamente las Hermanas de la Caridad, y después de haberla preparado largo tiempo, la conducen á la cama en que está su hijo estropeado!

Voy á referiros lo que he visto yo mismo, Señores. Á un hospital donde estaba yo diciendo misa, llevaron uno de esos pobrecitos mártires... ¡Cómo podría yo pintárosle!... En los laminadores, cuando los railes y viguetas de hierro han pasado por última vez entre los cilindros, se les hace pasar por una sierra. Los dientes de acero giran con velocidad vertiginosa, muerden el hierro con un chirrido siniestro y desgarrador, saltan las chispas albeando, y el rail y la vigueta quedan serrados, como si

fueran madera verde, en ménos tiempo del que yo he gastado en describíroslo... Pues bien; el joven, por un descuido, había dado un paso en falso, y había caído sobre la sierra... Rápido como el rayo, se lanzó á cogerlo un obrero, mas la sierra hizo antes su oficio, y las dos piernas del infeliz muchacho, cortadas á la altura de las rodillas, quedaban ya por el suelo. ¡He ahí cómo se le devolvían á su madre!...

¡Oh! ¡de esa sangre humana... de esa sangre de infelices niños derramada por nuestras máquinas... no toméis, Dios mío, venganza en nosotros!

¡Ah! ¡qué de relatos desgarradores podría yo haceros!... Pero consultad vosotros mismos, Señores, consultad vuestros recuerdos... ¡con cuánta frecuencia habréis leído en vuestros periódicos esos accidentes horribles! Ellos constituyen, si puedo expresarme así, parte integrante de la vida del obreo. Y no solo en las regiones industriales, sino aun aquí mismo, en el seno de vuestros trabajos más pacíficos... Cada día podéis leer gacetillas tan siniestras como estas: «En tal obra se cayó un obrero del andamio... en tal calle fué atropellado un carretero por un vehículo... en tal estación fué cogido un mozo entre los topes de dos vagones... en tal desmonte fué sepultado un trabajador por un corrimiento

de tierras... en tal cantera hizo explosión inesperadamente un barreno, destrozando á tantos operarios... en tal fábrica un engranaje ó un volante, ó una cuchilla, ó una correa, magulló un pie ó dió un golpe en el pecho ó cortó los dedos de la mano ó arrolló y destrozó por completo á la joven tal ó al maquinista cual ó al jornalero de más allá.» Por esto la primera caja, Señores, que funda el obrero cuando se asocia, no es una caja de ahorros, sino una caja de pensión, una caja de socorros para los casos de accidentes en el trabajo... y luego una caja para atender á las necesidades de las viudas y de los huérfanos.

¡Las viudas y los huérfanos!

Hay todavía, en efecto, un rayo de sol en la sombría vida del obrero... Se casa, y habiendo Dios hecho su corazón lo mismo que el vuestro, puede gustar como vosotros la dulce alegría del hogar y los suaves afectos de la familia. Mas para él, ¡cuán presto pasa ese sol!... El trabajo les ha retenido á él y á ella, clavados en la obra hasta la víspera; y al día siguiente han tenido que volver al mismo trabajo... Mientras han sido buenos los jornales, todo ha marchado bien; luego han venido los hijos... la ma-

dre ha tenido que quedarse en casa, los jornales del padre no han aumentado... ha sido más difícil vivir... Los cuidados, los temores, la necesidad, la miseria... ¡oh, cuán presto han venido estos huéspedes á ser gusanos roedores de su amor!...

Sí fué un sol; pero uno de esos tibios soles de otoño, que se elevan tarde, lanzan en el horizonte, á través de nubes parduscas, algunos rayos fríos y pálidos, y luego se ocultan para no volver á salir.

Y entonces viene la vejez... Yo he visto al obrero anciano, sin fuerzas y encorvado por la edad; su cara rugosa llevaba las azuladas cicatrices de las quemaduras del fuego grisú... el mayor de sus hijos le había recogido, y pasaba sus días, empotrado en una silla, en un rincón de la cocina, fumando en su negra pipa... Le he visto... ¿dónde también?... en el asilo de las Hermanitas de los pobres, en el hospicio ó en el hospital... llamando á la muerte, porque conocía que solo servía de carga.

Llegó la muerte... ¿Se acabó ya todo?... No, hay una última escena en la permanencia sobre la tierra de vuestro hermano obrero, como en la vuestra...

¡Ah, Señores, á vosotros se os hacen funerales magníficos!...

Todas las grandes campanas de las torres tocan á muerto, y el aire tembloroso esparce por toda la ciudad el tañido fúnebre convocando á vuestras exequias. Las seculares naves de la iglesia se revisten de negras colgaduras de terciopelo salpicadas de plateadas ó doradas lágrimas, el mismo altar desaparece bajo la multitud de gasas de luto... En el centro, y bien elevado, como si fuera á engrandeceros... en medio de un bosque de cirios y velas encendidas, entre pebeteros en que se queman olorosos perfumes, erígese, bordado de oro y plata, el soberbio catafalco que debe sostener vuestras cenizas. El órgano despide á plena voz tristes melodías, ondea el incienso, y la procesión de sacerdotes, solemne y grave, rodea vuestro ataúd... La multitud se aglomera junto á él... ¡los amigos del rico son muy numerosos!... y comienza el santo Sacrificio con toda la majestad y esplendor de sus venerandos ritos...

Venid, Señores, venid conmigo á ver cómo se entierra al obrero, vuestro hermano...

Se toca para su entierro una campanita... la campana de los pobres... nada de colgaduras en las frías naves, cuatro velas amarillas en candeleros de madera. Entre ellas un túmulo mezquino cubierto de un paño negro deslucido por el tiempo y por el uso... Alrededor... un hijo,

un hermano, á veces la esposa... pues la esposa del obrero no le deja sino en la hoya... Algunos amigos... ¡tan pocos!... El órgano permanece mudo... Se oyen los suspiros y sollozos de los que lloran, es la única armonía de esta pompa fúnebre. En el coro un sacristán distraído, deseoso de concluir cuanto antes, canta, con indolencia y rapidez, los salmos y preces de la Iglesia... En el altar...

¡Ah! en el altar... ¡cerremos los ojos de carne y sangre! En el altar... Jesucristo, el Sacerdote eterno, Jesucristo, Dios, por las manos mortales de su ministro, se ofrece á sí mismo en sacrificio, por ese obrero de igual modo que por vosotros... para él, como para vosotros, Dios es el sacrificador, y Dios es... ¡la víctima!...

En seguida los enterradores vendrán á llevar el pobre ataúd y le llevarán al hombro á la fosa común.

¡Ha concluído la vida del obrero!

Ha pasado delante de vosotros, Señores, vuestro hermano.

Ha pasado delante de vosotros vuestro Dios.

¿Habéis ido vosotros considerando vuestra vida, mientras yo os describía la suya?

Y bien, ¿qué os parece?

En cuanto á mí, una cosa me ha llamado la atención. Hay, como os he dicho, en la vida del obrero circunstancias en que verdaderamente y en la realidad de las cosas es vuestro igual y vuestro hermano...

Y es en sus asuntos con Dios.

Su bautismo vale tanto como el vuestro. Recibe á Dios en la comunión, como le recibís vosotros; Dios bendice su matrimonio, como bendice el vuestro; y cuando muere, se inmola por él como se inmola por vosotros...

Pero en sus asuntos, ¿cuándo tiene que habérselas con los hombres?...

¡Ah! Señores, ¿es también considerado entonces como un hermano?... ¿Es amado como se ama á un hermano?... ¿Es amado como os amáis á vosotros mismos? ¿Es amado como debe ser amado Dios, que se oculta en él?

Dispensadme de responder... dejo la respuesta á vuestros corazones...

No olvidéis que la cuestión social solo tiene solución posible y durable en la doctrina religiosa... y en la doctrina religiosa, como acabo de exponérosla, sencilla, desnuda, sin subterfugios, tal como Jesucristo nos la ha dejado en su Evangelio... Al describiros la vida del obrero, no he querido hacer otra cosa que colocar frente á frente, de una parte el ideal cristiano, de la

otra las realidades humanas... El contraste es desgarrador, ¿no es así?...

Y, sin embargo, San Pablo tiene una palabra extraña, que mi conciencia me dicta que debo repetiros. Hablando de la limosna en una carta á los fieles de Corinto: «Dad, les dice, no de modo que los otros se enriquezcan empobreciéndoos vosotros mismos, sino que haya *igualdad*. Al presente vuestra abundancia supla la escasez de aquellos, para que la abundancia de aquellos sea también suplemento á vuestra indigencia, de manera que haya *igualdad*» (1).

Y remite á un texto del Exodo: *Sicut scriptum est*. Ahora bien; el pasaje del Exodo á que remite, nos refiere cómo habiendo caído el maná en medio de los judíos, unos recogieron más y otros menos. Y añade la Sagrada Escritura: «Y midiéronlo á la medida de un gomar; y ni el que había recogido más tuvo más, ni el que había prevenido menos tuvo menos, sino que cada uno se encontró con la misma medida, proporcionada á lo que podían comer» (2).

(1) *Non enim ut aliis sit remissio, vobis autem tribulatio, sed ex aequalitate. In praesenti tempore vestra abundantia illorum inopiam suppleat: ut et illorum abundantia vestrae inopiae sit supplementum, ut fiat aequalitas.* (S. Paul. II Cor. VIII, 13-14.)

(2) Exod. XVI, 17-18.

¿Habéis oído? os habéis fijado bien en «esa misma medida» y «esa igualdad que debe establecerse?...» Y no me digáis que tradúzco mal, porque, os lo ruego, ¿cómo traduciríais vosotros: *Ut fiat aequalitas?*

Bien sé yo que haría mal en urgir demasiado sobre esas palabras del Apóstol. Se puede y aun se debe entenderlas en un sentido ménos riguroso, y por la palabra «igualdad» entender una cierta equivalencia, cierta proporcionalidad, regulada según las necesidades y posiciones diferentes. Pero al fin es preciso llegar ahí, á esa proporcionalidad, á esa equivalencia.

¡Y nosotros no hemos llegado á ella, Señores!

Creedme, yo no soy socialista, ni comunista; soy un pobre sacerdote que se acuerda que su Dios fué un obrero y que aboga ante vosotros por los obreros como Él. Yo no sueño con la repartición de las propiedades, ni el equilibrio de las fortunas, ni con ninguna de esas múltiples locuras igualitarias. Yo sé demasiado bien, que aun cuando descendiera el Espíritu divino en una nueva Pentecostés sobre la sociedad contemporánea y la inflamara, dejaría todavía en pie las desigualdades de la suerte y de las condiciones humanas. Solamente suavizaría lo que hay de duro en esos destinos tan diversos, enlazaría con medias tintas afectuosas los colo-

res tan opuestos de los cuadros que os he trazado. El rico estaría siempre en lo alto y el pobre en lo bajo, pero la caridad cristiana iría del uno al otro y les estrecharía tendiéndoles sus brazos.

Y ahora, ¿me juzgaréis exagerado si me limito á deducir que hay algo que hacer? No, ¿no es verdad?

Pues bien, hay algo que hacer, y vedlo aquí.

Un escritor cáustico, pero fino observador de los caracteres, escribió un día: «Detened al primer francés que pase por la calle; preguntadle cómo hay que gobernar á Francia y aun á Europa, y en seguida os contestará; tiene su sistema ultimado por completo.»

También yo tengo, os lo confieso, mi sistemita particular para obviar los peligros de la cuestión social; y aun tengo la debilidad de juzgarle excelente, pero no tendré la de exponérosle esta noche. Sería tiempo perdido, porque se requieren leyes para ponerle en práctica. Lo que os voy á proponer es mucho más sencillo, y tendrá la ventaja de que podáis poner manos á la obra en seguida.

Os pido que resolváis la cuestión social, no

en todo el país, no en Europa, sino en vuestro derredor, en el radio de vuestra influencia, donde quiera que alcance el influjo de vuestro corazón. Y os pido que lo resolváis aplicando los principios y la ley religiosa.

¡Ah! Señores, decía bien Julio Simón: «El mal que nos aqueja es de aquellos que no se pueden curar sino tomando á pechos el remedio.» Por consiguiente os pido que lo toméis á pechos, que pongáis en ello todo el empeño de vuestro corazón.

Voy á explicarme.

Cualquiera que sea vuestra posición social, la necesidad misma de las cosas os pone á menudo en relación con el obrero. Pues bien, cuando le llaméis en vuestra ayuda, cuando le pidáis el socorro de sus brazos, cuando le encarguéis alguna obra ó trabajo, cuando ajustéis con él las condiciones de su salario, y luego, cuando le paguéis, no os pido, Señores, que seais justos, es vuestro deber y es su derecho... ¡no! os pido que seais buenos... que penséis que estáis tratando con un hermano vuestro, y que de ningún modo le aflijáis ni contristéis, *ne contristes fratrem tuum*.

Os pido que seais buenos y amables, que reflexionéis que estáis tratando y ajustando las cuentas con Jesucristo, que es Jesucristo á quien

pagáis... y que si rechazáis al obrero, si le explotáis sin entrañas, porque la crisis ó la falta de trabajo le han puesto á merced vuestra, es á Jesucristo á quien rechazáis, es á Jesucristo á quien explotáis...

¡Oh! ¡si este pensamiento estuviera entonces presente á vuestro espíritu, cuán generosos y pródigos seriais!... ¡Cómo se abrirían vuestros corazones y vuestras manos para dar largamente!...

Pero me diréis: «Yo no trato por mí mismo con el obrero, es mi gerente, mi mayordomo, mi administrador quien se ocupa de esas cosas...»

¡Pues eso es lo que yo deploro!... Permitidme os exprese mi admiración: ¡con que no os rebajáis hasta esos infelices! ¡con que no tenéis cuidado de los que trabajan para vosotros!... ¡Cómo! Pasa delante de vosotros Jesucristo, os tiende la mano, trabaja para vosotros, y... ¿Os atreveríais á responderle allá en el juicio: «Sí, Señor, supe que estabais allí, que trabajabais por mí, y por eso hice que os trataran y os pagaran bien mis domésticos?...»

He aquí mi segundo consejo: Si toda vuestra acción debiera circunscribirse al círculo estrecho de esas relaciones, se limitaría á bien poca cosa. Puede agrandarse y extenderse. Lo que no po-

déis hacer por vosotros mismos, podéis hacerlo asociándoos, por medio de lo que se ha llamado «las obras obreras.»

Cuando un encargado ó encargada de pedir para ellos, vaya á pedirlos, no calculéis, no contéis, dejad obrar á vuestro corazón... dad, dad sin recelo, dad cada vez más... Rechazad vosotros, Señores, si os place, á los peticionarios que vayan á pedir para otras cosas, á los que os asaltan y demandan ú os reclaman cuotas en nombre de vuestros placeres, de vuestros círculos, de vuestros clubs, del *turf* y del *sport*; pero á los que os pidan en nombre del obrero, ¡oh! ¡no! á esos jamás!...

Rechazad vosotras, Señoras, á las peticionarias insaciables, insinuantes y encantadoras, que de día y de noche están zumbando á vuestros oídos, y os piden en nombre de la moda y del lujo. Desechadlas enhoramala, me alegraría de ello, ¡pero no al obrero! al obrero no, por Dios!...

Mas tal vez me digáis: «¡Esos consejos tienden á arruinarnos! vienen á parar en hacernos aumentar los salarios, las propinas, las limosnas y todo el presupuesto de las buenas obras; y por otra parte se reducen también á obligarnos á disminuír más todavía los arriendos y rentas de las casas y haciendas... Creednos, añadís, hemos llevado la caridad hasta sus últimos límites;

hacer más es imposible; no podríamos de ningún modo.»

Bien puede ser así, Señores. Es evidente, que si os halláis en este caso, vuestra tarea está cumplida, y puesto que me lo afirmáis, no quiero contradeciros. Pero... ¡vais á tenerme por indiscreto en demasía!... Hace poco os he presentado el presupuesto anual de una familia de obreros... Tendría sumo gusto en ver el vuestro... Ó más bien no, mi curiosidad es de muy mala educación... No, no, voy á proponeros otra cosa mejor... Arreglad vuestro presupuesto vosotros mismos, en secreto, y allí, en presencia de Dios, determinad numéricamente la cantidad ultra de la cual, según decís, os es imposible dar más. Luego, arreglado ya el cálculo, plegad cuidadosamente el papel de la cuenta y guardadle en reserva.

Más tarde, cuando el Rey celestial venga á deciros: «Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui peregrino, y no me hospedasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis...» le responderéis desde luego como á mí: «¡Señor, me hubiera arruinado!...» Después de lo cual, si no se diera por satisfecho, mostradle vuestro presupuesto... No dudo que vuestra demostración numérica sería irrefutable.

Sea de esto lo que quiera, Señores, he aquí mi tercer consejo. Este no toca á vuestras fortunas.

Yo os conozco, y conozco tan bien como el obrero y el pobre, á los que se llaman los ricos; sé que sois buenos y justos, compasivos y generosos. Estoy seguro que ninguno de vosotros podría ver con ojos enjutos á un hombre, á una mujer, á un niño sufriendo, sin conmoverse ni apiadarse en seguida de él y correr á prestarle auxilio... Por más que busque en mis recuerdos, no hallo un solo rico, duro para el dolor presente y tocado con sus manos. Sé lo que hacéis por el obrero y el pobre. Se me citaba muy poco hace una familia de Amberes, que solo en un centro populoso donde radica una parte de sus industrias, empleaba regularmente en buenas obras más de 100.000 francos anuales.

Esto es muy bello, Señores.

¿De dónde procede, sin embargo, que en todos esos folletos anónimos con que se envenena al pueblo, en esos *meetings* en que se le inflama y enloquece, seais representados como orgullosos, despreciativos, altaneros y sin misericordia, duros y sin entrañas, alimentándoos del sudor del obrero, subastando sus brazos y sus hijas, verdugos y tiranos de esclavos?

¿De dónde procede que el pueblo crea esas furibundas declamaciones?

¿De dónde viene el que os aborrezca? pues en realidad os aborrece.

De que no os conoce.

¿Y porqué no os conoce?

Porque no descendéis hasta él; porque no le habláis; porque no traspasáis jamás el umbral de su casita; porque no os sentáis al lado de él en su cuarto; porque, en fin, vivís tan alejados de él, que os considera como si fueráis de otro mundo, en vez de consideraros como hermanos suyos...

Vosotros vais á ver vuestros caballos, vosotros vais á ver vuestros perros, y los acariciáis y les habláis... mas al obrero, ¡no!

El obrero, ¿qué sabe él de vosotros?...

Él os ve pasar en vuestros brillantes carruajes y se siente salpicado por el barro que lanzan. Él ve por la noche, á través de los elegantes cristales de vuestras moradas, el brillo de vuestras fiestas y los esplendores de vuestros salones, y él no tiene albergue. Él ve en las calles vuestros preciosos vestidos, vuestros encajes, vuestros dijes ostentando su riqueza y todo ese lujo que derrama el oro, y él no tiene un céntimo, y él tiene hambre. Cuando tal vez ha venido á pedir una limosna á la puerta de vuestro hotel... ha sido un criado quien le ha abierto, quien le ha dejado allí con la gorra en la mano,

ante los mármoles y los bronce de vuestros vestibulos... y quien, volviendo á él, le ha arrojado vuestra limosna... No solo no habéis ido vosotros á verle, sino que ni siquiera le habéis recibido cuando ha ido él á veros (1).

No me digáis que esta última expresión es exorbitante, que pasa de raya, que no puede exigirse de vosotros el que recibáis al obrero, que después de todo hay diferencias de rango que conviene mantener. Señores, tengo á mano la respuesta... ¡Ah! ¡La Biblia es un libro terrible! Traduzco á la letra este párrafo de la carta del Apóstol Santiago; se diría que ha hablado por mí: «Si entrare en vuestras reuniones, dice, un hombre que lleva anillo de oro y vestido precioso, y entrare también un pobre con vestido humilde,

»Y atendiendo al que viene vestido magníficamente, le dijerais: «Sentaos aquí en este buen lugar,» y dijerais al pobre: «Estate tú allá

(1) Se ha tachado este párrafo de exorbitante. Mi pensamiento no era que el obrero y el pobre fueran recibidos en los salones del rico, ni en la «five o'clock» de las señoras. Era mucho más sencillo. Cuando se os acerca un infeliz, que tal vez no tiene otra esperanza en este mundo que en vosotros, confiando en vuestro corazón, para contaros sus miserias y suplicaros que le remedieis, quisiera yo que no le enviarais un criado, sino que bajarais vosotros mismos á oírle y escucharle... No queria más. ¿Es demasiado?

en pie, ó siéntate aquí debajo del estrado de mis pies.»

»¿No es cierto que hacéis distinción dentro de vosotros mismos, y que sois jueces de pensamientos inicuos?

»Oíd, hermanos míos muy amados, ¿por ventura no ha elegido Dios á los pobres de este mundo para ser ricos en fe y herederos del reino que prometió Dios á los que le aman?

»Vosotros, al contrario, habéis afrentado al pobre...

»Si cumplís la regia ley de la caridad conforme á las Escrituras: «Amarás á tu prójimo como á tí mismo,» bien hacéis.

»Mas si tenéis acepción de personas, cometéis pecado, siendo reprendidos por la ley como transgresores» (1).

(1) Jac. 11, 2-9. El texto del Apóstol que aquí cito no condena, claro está, las distinciones sociales ni los honores debidos al rango y á la dignidad. Conviene leer todo el capítulo segundo de su carta. Creo que puede resumírsele correctamente de este modo: «No es cristiano honrar al rico por razón de sus riquezas, ni despreciar al pobre por razón de su pobreza.»

En cuanto á los versículos 2.^o y 3.^o á los cuales he apelado, aun cuando se apliquen más especialmente á las relaciones religiosas, los antecedentes y consiguientes permiten hacerlos extensivos á todas las relaciones entre cristianos: bien en general condena el Apóstol «la acepción de personas.»

¡Oh! es fuerte, es duro lo que acabo de leer... No me culpéis á mí, culpad, si os atrevéis, al Apóstol, Señores. Yo no he hecho más que traducir sus palabras: ellas hacen parte de la ley religiosa acerca del obrero... ¿Pedíais auxilio á la ley religiosa? Ahí le tenéis; ella os le da... entendiéndola, no como suele entenderse, sino como la entiende Dios...

Os suplico pués, Señores, que os acerquéis al obrero, que vayáis á verle, que no os valgáis para con él de intermediarios, que os informéis por vosotros mismos de sus apuros, que le visitéis vosotros mismos, si está enfermo, y que le llevéis vosotros mismas vuestras limosnas y vuestros consuelos y auxilios.

¡Ah! Señores, bien pronto os amará ese obrero que hoy os aborrece.

Os lo suplico á vosotras, Señoras, os lo suplico á vosotras sobre todo. Dios os ha concedido delicadezas, dulzuras y un poder de consolar que no tenemos nosotros los hombres. ¡Oh, cuán bendecida será vuestra llegada á todos esos míseros albergues en que tanto se sufre!... ¡Qué de buenos consejos podréis dar á esas pobres madres, á esas pobres hijas!...

¿Y porqué no os lo he de suplicar también á vosotras, Señoritas?

Este año mismo uno de mis amigos me exponía su pensamiento sobre la cuestión social; es director de unas fábricas metalúrgicas de gran importancia, y en contacto siempre con el obrero, sabe mejor que nadie las necesidades que experimenta y las pasiones que le agitan... Visitaba á sus obreros, sobre todo á los heridos y enfermos... Me decía cuánto se agradecía y festejaba su llegada, cuando los domingos iba á la sala de los convalecientes llevando botellas de buen vino añejo debajo del brazo y algunas frioleras que echar á perder en los bolsillos... Pues bien, trataba de hacer algo mejor: «Mi hija mayor saldrá del colegio este año, me decía. Desde que vuelva á casa ella será la encargada de hacer la visita á los enfermos y á los pobres. Mis obreros serán con esto mucho más dichosos y estarán mucho más contentos.»

Actualmente les hace ya ella las visitas... y, en efecto, los obreros están mucho más contentos y satisfechos.

¿Cómo no lo han de estar? Imaginaos el caso, Señores. Por esa calle bordada de casas obreras pasa el coche del amo... se detiene delante de la casa del pobre enfermo. Baja de él la joven; por modesto que sea su atavío para estas

visitas á pobres, aparece deslumbradora á los ojos de estas sencillas gentes. Entra... ¡Oh, qué honor es ya para el visitado, y sobre todo para la visitada, verla entrar en su casa, á presencia de todos los vecinos y vecinas que acuden á la puerta. Sí, es un honor, y aun cuando sea la vanidad la que en esto se mezcla, es una vanidad buena, porque eleva al obrero á sus propios ojos.

Apenas ha entrado, dirige la palabra al pobre enfermo, conversa con su pobre mujer, acaricia á los niños, saluda á los presentes, les habla con esa voz dulce y encantadora que la caridad hace penetrante y tierna, les pregunta, y á su vez les responde á las preguntas que le hacen, les consuela, les alienta, les toca el corazón; se le conmueve y le hace entrever una vida sonriente llena de esperanza, le hace deliciosamente feliz, al mismo tiempo que le invade y se apodera de él... Esos desgraciados la aman, y en su ingenua sencillez se deshacen en protestas de gratitud y cariño...

¡Es siempre tan dulce el sentir que uno es amado, y sobre todo que es amado por los pobres!...

¡Dichosos entonces los visitados, los pobres... pero mucho más dichosa la visitante!

Y, dejadme que os lo diga, Señoritas... no

visitará ella siempre á los pobres de su padre... Llegará un día, para ella, como para vosotros, en que la multitud de ese pequeño pueblo, atraída por el ruido de los coches y el piafar de los caballos, correrá á agolparse junto al pórtico de la iglesia para verla bajar del carruaje ataviada con vestido nupcial, y luego subir con su esposo al altar... Ese día—á todos os lo deseo muy feliz—ese día, en medio de las nubes de incienso y de las armonías del órgano que ascienden al cielo, subirá también fervorosa y penetrante una inmensa oración por ella, la oración de todo ese pueblo que la conoce y que la ama, la oración de esos pobres socorridos, de esas madres consoladas, de esos niños alimentados y vestidos, la oración de todos esos pobres, tan amados de Jesucristo... ¿Y Jesucristo no la había de hacer dichosa?...

¡Oh! encuéntranse cosas preciosas y admirables en vuestros canastillos de boda y entre vuestros regalos de matrimonio... Pues haced que entre ellos figure también la oración del pobre... Ella contribuirá á haceros felices mucho más que todos los otros dijes y regalos.

¡Ahora dejadme soñar!... Es invierno... el cielo está encapotado, el tiempo frío, la nieve

ha cubierto de blanquísimo manto los tejados y las calles.

Os veo al lado de vuestra madre seguidas de vuestra camarera, marchar con paso rápido por una calle estrecha y pobre... Os detenéis delante de una puerta entreabierta... los niños que os han visto, corren adonde está su madre diciendo: «¡Madre, la Señora y la Señorita!...» y todos aquellos corazoncitos palpitan, y el corazón de la madre se conmueve al anuncio de la feliz llegada...

Entráis... los pequeños se quedan un poco retirados, respetuosos, tímidos, pero sonriendo de gozo y amor; les llamáis, y vienen á poner entre vuestras manos su manita rechoncha... Del grueso paquete llevado por la camarera sacáis en seguida calcetines hechos por vosotras mismas, juboncitos, elásticos de punto de lana de mucho abrigo, piezas de ropa blanca cosidas por vosotras... vuestra obra, en fin, hecha después de las comidas y durante las largas veladas de invierno... ¡Ah! ¡cómo se animan y alegran aquellas caritas! ¿Y la madre?... ¡Oh! mirad bien á la madre... llora de gozo, la alegría la sofoca... le faltan las palabras para bendeciros, pero si se atreviera, se postraría á vuestros pies para besar la orla de vuestro vestido, como se hacía con Jesucristo cuando sembraba

sus beneficios á lo largo de los caminos de la Judea.

¡Ah, Señores, si todos los ricos obraran así, pronto desaparecería la cuestión social!...

Aquí sois quinientos... Si cada uno de vosotros visitara, cuidara y amara nada más que á una familia, quinientas familias se habrían salvado... arrancadas al ejército del odio y pasadas al ejército del amor.

¡Oh! ¡yo os lo suplico en nombre de los pobres, en nombre de Jesucristo, padre y hermano de los pobres... á una familia solamente, no os pido más que á una!...

Permitidme, Señoras y Señores, que termine esta larga conferencia familiar contándoos un hecho sucedido este otoño en Amberes mismo, en una pobre familia compuesta de padre, madre y siete hijos.

El padre, inválido á causa de un accidente de ferrocarril, cobra una pequeña pensión; unida esta á un exiguo salario que le dan por el trabajo que puede todavía emprender, proporciona, en todo y por todo, á la familia entera, 18 francos por semana. Toda esta gente habitaba en una mísera buhardilla, cuya renta era de cinco francos semanales; restaban 13 fran-

cos... 1,85 por día... 20 céntimos y medio por persona...

Un día, una orden de la policía le obligó á desalojar su vivienda... los reglamentos de higiene no podían permitir en un reducto tan estrecho una aglomeración de nueve personas...

La madre pudo encontrar en el piso bajo de una callejuela un cuarto de las dimensiones exigidas, pero el alquiler era de siete francos... quedaban 11 para alimentar, vestir, etc., á su marido, á sus siete hijos y á ella misma, ¡la pobre!... ¡17 céntimos por persona y por día! En la buhardilla, ayudados por algunas escasas limosnas, no comían más que patatas... nada de pan... ¡el pan es demasiado caro!... ¡apenas tenían para vivir! ¿Qué hacer ahora?...

La madre pensó que podría ayudarla su hija mayor... la sacó de la escuela y logró colocarla en una tienda de la ciudad para hacer los recados usuales.

La pobre niña anduvo corriendo durante todo el día, por espacio de una semana, después de lo cual, como salario le dieron un franco y 50 céntimos. Este socorro no bastaba.

Pensó entonces la madre establecer en su cuarto un puesto de revendedora... ¿Pero dónde encontrar el dinero para poder abrir ese puesto?... Á un alma piadosa que se interesaba por

aquella familia, pero cuya fortuna por desgracia no era tan grande como su corazón, le ocurrió un buen pensamiento: escribió á una gran señora, le expuso cuanto ocurría, y le pidió 20 francos para poner en marcha el negocio... Un lacayo de uniforme fué á llevar la respuesta: «La señora lo siente mucho; pero sus limosnas son ya tan grandes, que no puede aumentarlas.» Cuando la pobre madre supo que se desvanecía esta última esperanza, que en adelante ya no era solo la miseria la que se cernía sobre sus pobres hijitos, sino el hambre, tuvo un momento de desesperación... Dió rienda suelta á su corazón prorrumpiendo en sollozos desgarradores... Oyó-la una vecina, pobre revendedora como ella, y acudió á consolarla... la infeliz madre le contó lo que la pasaba. «¡Vamos! vamos!—le dijo entonces la vecina—consuélese V., tenga mucho ánimo, á ver si podemos arreglar su asunto... Yo tengo 12 francos de economía, se los prestaré á V.... y verá cómo todo va bien.» Retiróse, y algunos minutos después volvió á entrar, y sacando de un bolsillo viejo los 12 francos... ¡toda su fortuna!... se los entregó.

Establecióse el puestecito: la infeliz vendió patatas, legumbres y hasta dulces... Al cabo de la semana fué á devolver los 12 francos. «Y bien, ¿ha ganado V. algo?—le preguntó la ve-

cina.» — «Sí, dos francos y 50 céntimos hasta ahora.» — «Bueno, pues vuelva V. á tomar mis 12 francos, ya me los devolverá cuando á su vez haya hecho V. 12 francos de economía. Mientras tanto siga con su puesto.»

Poca cosa son, ciertamente, ¡12 francos!... mas para aquella pobre mujer lo eran todo, y lo dió todo.

¡Ah, Señores, no nos dejemos aventajar por los pobres mismos!...

¡Ellos, ellos lo dan todo!

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.—
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

Conferencias familiares.

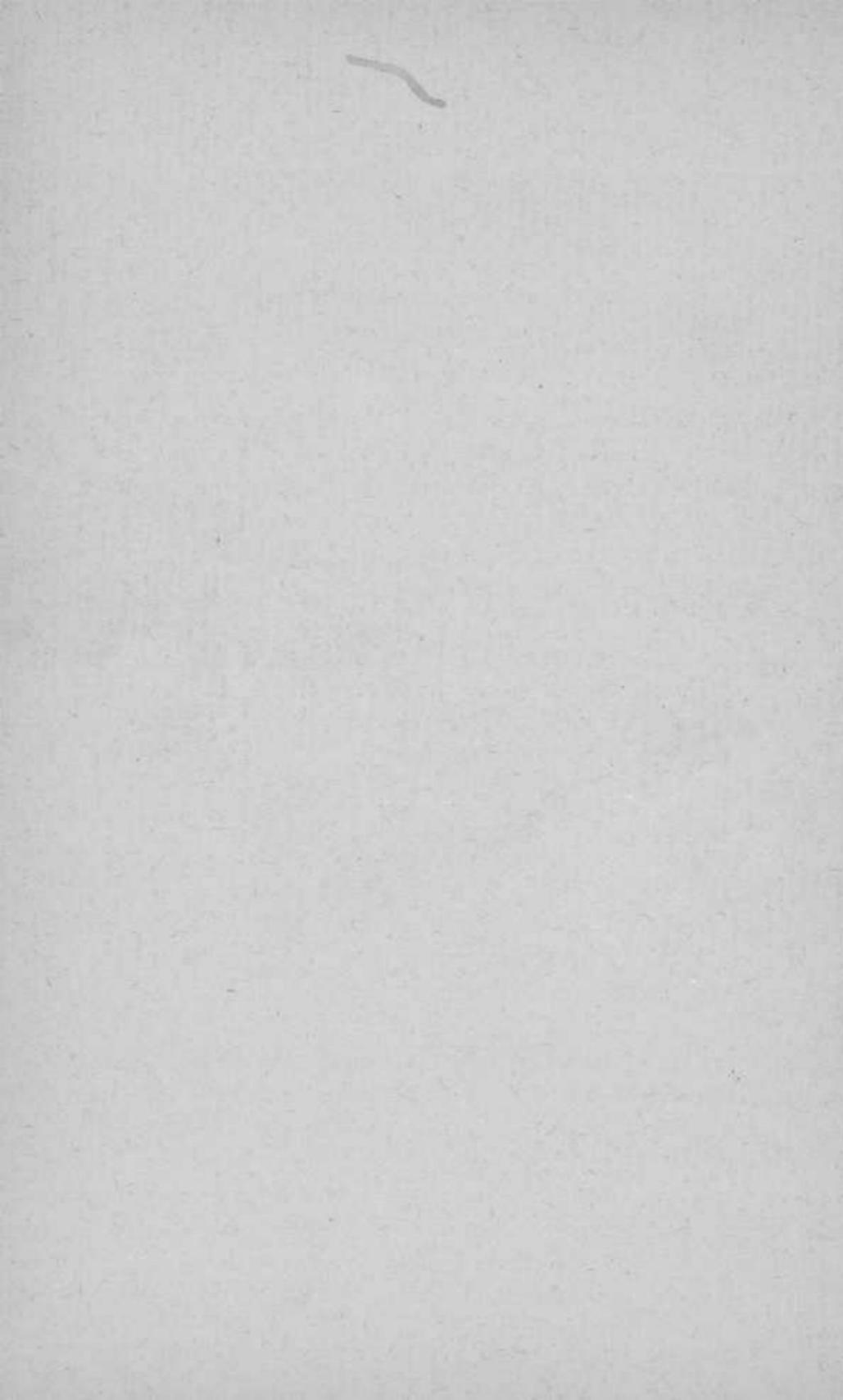
(Científicas.)

- TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*
- TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

- TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*





EL PATRÓN

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EL PATRÓN
CONFERENCIA FAMILIAR

TERCERA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

—
ES PROPIEDAD
—



SEÑORAS, SEÑORES:

ERASE una de esas horas de la vida que son para mí de las más felices, uno de esos momentos de parada en la marcha y de descanso en el trabajo, cuando yo me estaba preparando para... ¡cosa rara en nuestra vida religiosa! saborear en familia la dicha de volverse á ver. Y cuando, ahuyentando lejos los pensamientos graves y melancólicos, me dejaba acariciar por las auras dulces y pacíficas de antiguos y gratos recuerdos, Dios dispuso que fuera testigo de un espectáculo imponente, solemne y terrible, majestuoso y glacial.

El coche en que íbamos al campo se fué parando poco á poco... y era que le retardaba y

embarazaba el paso un cortejo inmenso. Lo formaban 10.000 obreros que iban por el mismo camino que nosotros.

Como estamos acostumbrados á tener siempre en la boca números y cifras, nos hace poca impresión la cifra de 10.000. Pero otra cosa sería si os fijarais en que, en este local en que ahora hablo, apenas estamos 500, y en que sería preciso llenarse de bote en bote otros veinte salones como este, para colocarse los 10.000 hombres.

Iban pasando estos en filas de cinco en fondo y en grupos con sus correspondientes capataces, como las compañías ó batallones de un ejército regular. Iban pasando, y entre ellos unos eran fuertes y robustos, que parecía que con el trabajo habían adquirido nervios de hierro; otros pálidos y flacos, que revelaban haber sufrido los horrores del hambre. Todos iban pasando con ojos centelleantes... porque iban en huelga, y, todos iban cantando, porque habían salido victoriosos...

Al lado de este desfile corría dentro de un cauce amurallado por hábiles ingenieros el río Sambre, el cual, hinchado por las crecidas del invierno, lanzaba casi rebosando por los muelles las aguas fangosas é hirvientes y los sordos murmullos y quejidos vagos de las olas que se rompían.

¡Qué espectáculo y qué imagen, Señores!

Estos 10.000 hombres seguían, como el río, en correcta formación el cauce amurallado por la ley. Se habían declarado en huelga que ellos llamaban pacífica... y con tanto prolongarla salieron, como era de esperar, victoriosos, y emprendieron el para ellos ya conocido camino de la victoria.

De la misma manera que las aguas del río, fueron también hinchándose las pasiones de aquellos hombres, tanto tiempo comprimidas por la muralla legal de hábiles estadistas...; pero cedió al fin la muralla y entonces se desbordaron y corrieron rápidas por entre aquella muralla que hasta ahora las había contenido, sin esperanza de poderlas detener en mucho tiempo. «¡Ahora somos nosotros los fuertes!» decían los huelguistas. Y era verdad.

Con esto se oscurecieron mis pensamientos y no pensé sino en aquel problema social que acababa de presentarse ante mis ojos, en aquel problema lleno de vida, de interés palpitante y en toda su imponente realidad.

De este problema quisiera hablaros esta noche, porque no conozco otro que en estos momentos reclame más irresistiblemente nuestra atención, ni otro del cual dependa tan evidentemente el porvenir de nuestra sociedad, ni otro,

en fin, que abrigue en su seno tempestades más terribles. Según el sentido en que este problema se resuelva, saldrá la paz ó un desquiciamiento social, sin ejemplar hasta ahora en la historia.

La cuestión magna, que con muchísima razón se ha llamado por antonomasia la cuestión social, queda reducida á investigar la resolución de dos fórmulas: la fórmula de las relaciones que ha de haber entre el capital y el trabajo, y la fórmula de las relaciones con que se han de unir el patrón y el obrero, el amo y el criado. Quizás no haya en el fondo más que una sola fórmula, una sola cuestión, pero vista bajo dos aspectos: uno, de aquella parte del hombre, que le empuja hacia los goces; otro, de aquella otra que le lleva á no sufrir el yugo de nadie, á la impaciencia, á la independenciam, á la libertad desenfrenada.

Mas sea de esta cuestión lo que quiera, yo solamente pretendo ocuparme en las relaciones que deben tener patrón y obrero, y hacen que el primero sea superior y el segundo súbdito, invistiendo para esto al amo de poder para mandar, é imponiendo al otro la obligación de obedecer.

Reducida á estos términos la cuestión, no es ya más que una subdivisión de la cuestión principal, única puede decirse, acerca del gran problema de toda sociedad humana, á saber: la cuestión de la autoridad y del poder.

Ahora bien; de esta autoridad particular que el patrón tiene sobre el obrero, ¿cuál es el origen? cuál su naturaleza? cuáles sus límites y sus derechos? cuáles, finalmente, las condiciones que se exigen para que obre sin tropiezos ni sacudidas, y produzca pacíficamente sus frutos?

No quisiera tratar de filosofía, sino proceder en mis trabajos con toda sencillez y candor, á imitación del niño que para aprender á pintar mira fijamente cómo pinta el maestro, y pinta luego como él.

¡Así pues yo voy á mirar al maestro, al gran Maestro, á Dios!

Pues Dios ha puesto en el mundo muy especialmente dos sociedades: una, natural, primitiva, que es la familia; otra, sobrenatural, la sociedad de almas, que es la Iglesia.

¿Cómo se ha conducido con ellas su eterno fundador? Veámoslo.

En la sociedad de la familia ha revestido Dios con el manto real de la autoridad al padre y á

la madre, y ha puesto sobre los hombros del hijo el yugo de la obediencia.

Fijémonos en el hijo. Le habéis visto en los primeros momentos de su vida; habéis visto un cuerpecito sumamente pequeño, casi informe, sin figura, sin fisonomía, sin actividad, sin mirada y que solo sabe llorar entre vagidos; esa miniatura de hombre que no la tocáis sino con sumo cuidado por miedo de romperla, y que sin vuestra solicitud constante ni una hora siquiera viviría. Pues en ese cuerpecito tan tierno, pero tan encantador á los ojos de su madre, una cosa resalta sobre todas, evidente y palpable, ¡la impotencia! ¿Podría Dios habernos enseñado mejor, que esa criaturita está por completo á merced de otro? ¿Podría manifestar mejor, que se halla entregada á la voluntad de su padre y de su madre y que de por sí sola ni hace ni puede hacer nada?

¡Oh, cuánta es la necesidad en que se halla de ser obediente, no á la manera de las inteligencias que libremente se someten al yugo de otro, sino á la manera de los cuerpos que fatalmente se dejan poner á disposición del capricho de un dueño, y en tal disposición quedan y permanecen, con la sumisión del plomo y del hierro y de cualquier masa inerte, sin libertad y sin vida!

Dad tiempo á que crezca ese niño, y veréis cómo crece juntamente con él su dependencia hasta la edad de hombre. Porque necesita del padre y de la madre que le enseñen á dar los primeros pasos, á abrir los ojos corporales y los de la inteligencia; necesita del padre y de la madre que dirijan bien su voluntad y le guíen por los caminos del mundo; necesita quien le enseñe lo que son los hombres y las cosas; en una palabra, necesita del padre y de la madre para que le eduquen y le hagan hombre.

De modo que brota de aquí naturalmente, y como de las entrañas mismas de la cosa, la autoridad del padre y de la madre por un lado, y por otro la obediencia del hijo.

Mas no tiene el padre el derecho del poder solamente, sino que además tiene la fuerza; como el hijo no tiene solamente obligación, sino también necesidad de la obediencia; obediencia que, si el hijo ha sido bien educado y corresponde á los sentimientos de su buen corazón, la conservará hasta que llegue á ser hombre, y aun hasta que sus cabellos se encanezcan. Tomás Moro, aun siendo Canciller de Inglaterra, jamás salía de casa sin el consentimiento y bendición de su padre.

Pero, Señores, la obediencia siempre cuesta, y precisamente por esto la he llamado yugo;

así que desde que comienza la inteligencia á aparecer en el niño, y aun antes de esta época, en las contrariedades que sufre su instinto, se levanta y lucha el niño contra la obediencia.

¿Pues cómo va Dios á aligerar esta carga tan pesada de modo que la haga suave? y ¿cómo ablandará ese freno hasta hacerle gustoso?

¿Cómo?

Por el amor.

Entre esas almas, nacidas la una para mandar y la otra para obedecer, derrama Dios á torrentes el amor.

Á primera vista parece que se ha dicho ya todo cuanto hay que decir acerca de ese amor, grande y singular, que va del padre y de la madre al hijo, y vuelve del hijo al padre y á la madre. Y á la verdad, Señores, que no se ha dicho nada.

¿Quién será el pintor que pueda describirnos esa cosa misteriosa, sublime y de todos los días? ¡Ese amor que nace antes de tiempo en presentimientos tiernos y secretos, se agranda con los sobresaltos de la esperanza, estalla un día en medio de éxtasis inefables á la vista del bien deseado, y que desde este día va á vivir, olvidado de sí mismo, aun á costa de los mayo-

res heroísmos y de los mayores martirios, dispuesto á morir mil veces, á entregar por él toda su sangre como si fuera una gota de agua; ese amor que va á seguir, paso á paso, lleno de ternura y de inquietud, á ese niño, á ese hijo suyo; amor, que aunque sea despreciado, permanecerá siempre fiel y sobrevivirá á todo desprecio; amor que va entrar á gozar de todos sus contentamientos y á sufrir cruelmente en medio de sus contradicciones!

Y si muere... ¡Ah! si bien tan deseado y tan querido llega á morir... y, sobre todo, si á esa muerte sobreviven los padres... ¿quién dirá ó podrá siquiera precisar lo horriblemente desgarrados que van á vivir estos corazones?

«¡Noemi! ¡Noemi!... ¡Oh! ¡no me llaméis en adelante Noemi! Antes me llamaban, sí, Noemi, es decir, la dichosa, porque realmente entonces lo era con los hijos que tenía; mas ahora llamadme Mara, es decir, la desgraciada, porque ya no los tengo.»

Insisto, Señores, en que no se ha dicho ni se ha sabido decir nada aún acerca de lo que verdaderamente es este amor.

En un viaje corto que hice poco ha, me encontré con una madre que iba con un hijo suyo pequeño, el cual, aunque delicado y enfermizo, revelaba en sus ojos una penetración de inteli-

gencia superior á su edad, mas no tanta que pudiese ocultar bien, con lo ingenioso del traje, una deformidad dolorosa de su cuerpecito. Porque encorvado este, quedaba reducida su estatura raquítica á la de un niño. ¡Pues si hubierais visto á aquella pobre madre!... ¡Qué cosas hacía, á pesar de aquella deformidad, para dar muestras del amor que tenía á su hijo! ¡Cómo le miraba, qué risas, qué caricias le dirigía! ¡Ya le tendía una mano, ya le tocaba suavemente con otra, ya, inclinándose hacia él, le estrechaba con ternura en su regazo!... Y yo, que estaba observando desde lejos estas escenas de cariño, y adivinando el dolor oculto de esta madre y la constante tortura de su amor, os confieso que sentía subir hacia mis ojos las lágrimas de admiración...

¡Oh! ¡cuán bueno debe ser Dios Nuestro Señor cuando ha hecho tan bueno el corazón de la madre!

Se ha dicho que decrece el amor y disminuye volviendo del hijo al padre y á la madre. Quizá sea así, Señores; no pretendo ahora examinarlo, porque á mí me basta saber que existe ese amor, y que lo ha puesto Dios en el corazón del hijo. Sí, notadlo bien, Señores; ese amor,

esas cosas tan grandes, son obra de Dios, y si no fuera por temor de empequeñecerlas, os diría que son obra del instinto natural.

Pues qué, ¿sabe, por ventura, el padre por dónde ha llegado á amar á su hijo? ¿Lo sabe la madre? ¿Sabe acaso el hijo porqué ha amado á su madre?...

¿Porqué... porqué amo yo á mis padres? ¿Porqué me parecen á mí buenos? ¿Porqué no hay en el universo-mundo nada tan bueno como ellos para mí? ¿Lo sé yo, por ventura?... ¡Es mi madre!... ¡Es mi hijo! Y esta es la razón que hay. ¡Preguntad al pajarillo porqué canta!

Recordad aquella pobre criatura que ha poco os presentaba como un poco de carne sonrosada entre mantillas y encajes... Los ojos los tiene abiertos, sí, pero su mirada es vaga. Se ve que no ha pasado nada aún por aquella inteligencia adormecida, á no ser alguna sombra indecisa é ininteligible...

Llega un día en que penetra un rayo solo de luz y con él ve delante de sí y distintamente, por vez primera, una cara deliciosa cuyos ojos le preguntan algo, y ante esa visión manifiesta repentinamente el niño su primera sonrisa, agita los brazos, y es... ¡que acaba de conocer y acaba de amar á su madre!

¡Ah! Señores, con esto ya no hay más que

decir. Por mucho que viva, y por mucho que se separe, ese amor no le abandonará ya jamás.

¿Veis en aquel remotísimo y escondido rincón del Nuevo Mundo á un colono bronceado á fuerza de sol y trabajo? Pues ha ido allá á armar una choza y á buscar fortuna. Mucho han trabajado ya sus brazos en aquella tierra ingrata, pero si la fortuna ha disipado sus primitivas ilusiones, le ha proporcionado, en cambio, felicidad y contento. Se ve allí rodeado de una esposa y de varios hijos, y todo su mundo y toda su vida está en asegurar este dominio. Mas un día llega, tan rápido como el rayo, un aviso de su tierra: «¡Oh, enferma mi madre!» y conteniendo sus lágrimas y suspiros prepara precipitadamente el viaje: deja allá su trabajo, su hacienda, sus bueyes, su quinta, su esposa, sus hijos, y parte atravesando continentes y mares... ¡Oh, qué barco tan pesado!... qué horas tan eternas!...

Llega á su antigua casa: «¡Madre!...—¡Daos prisa, que aún vive!» — Se apresura y cae prostrado de rodillas ante aquel pobre lecho en el cual le está esperando su madre, que ya moribunda se alegra por última vez con la vista de su hijo, y con la mano rígida le da su bendición

para quedar más resignada y dormirse para el cielo.

El hijo depositará sobre aquella frente helada ardientes lágrimas, cerrará aquellos ojos tan amados, sepultará restos tan queridos en la tierra al pie de los sagrados muros de la antigua iglesia, y por último, volviendo á empuñar el bastón del emigrado, emprenderá de nuevo el camino que le lleve allá lejos donde con ansia le están esperando.

Y á la esposa, al abrazarla, y á los hijos al colgarse de su cuello y de sus brazos, podrá comunicarles el grande, el mayor y más eficaz consuelo de un hijo que ha quedado solo en la vida: «Mi madre me dió la bendición á la hora de su muerte.»

Pero ¿no me he extraviado con digresiones tan largas? ¿No me aparto, por ventura, de mi objeto al pintaros, como lo he hecho, el amor de la familia?

Confieso que me expongo á ello, porque no hay pensamiento que con más gusto me entretenga ni con más contento me arrastre.

Pero no; no me separo de mi plan ni pierdo de vista mi principal objeto. Porque os he probado lo que precisamente me había propuesto,

es á saber: que al fundar Dios la sociedad de la familia, ha puesto como fundamentos la autoridad y la obediencia, sin duda alguna, pero antes que todo ha puesto el fundamento del amor.

Sí, el amor; mayor, si así lo queréis, cuando va del padre al hijo que cuando vuelve del hijo al padre ó á la madre.

El amor, dispuesto para todo, no solamente para perdonar y condescender, sino también para hacer cualquier sacrificio, emprender las acciones más heróicas y luchar hasta morir.

Veo yo en esta sociedad un superior y un súbdito, pero un superior y un súbdito que se aman, y sabido es lo que dice San Agustín: *Ubi amatur, non laboratur*, esto es: «Cuando se ama, nada cuesta.» Así que, á la pregunta que me hacéis de porqué se conserva en pie la familia, porqué se manda en ella con suavidad y se obedece con gusto... os contestaré: ¡porque se ama!

Siguiendo adelante, estudiemos ahora esa otra sociedad divina, la sociedad sobrenatural, la Iglesia.

Fijaos pués, Señores, en lo que se propuso Jesucristo al instituir su Iglesia. En dos palabras os lo diré yo, á saber: establecer en medio

de un mundo de orgullo y de revueltas, por una parte, la autoridad más alta, y por otra, la obediencia más profunda que se pudieran imaginar. Autoridad, que decidiese no solo acerca de los deberes del hombre, sino también acerca de sus creencias; autoridad, que dijese al hombre no solamente: «tienes que amar á tus prójimos, aunque sean enemigos tuyos; tienes que perdonar; has de ser casto;» sino además de esto, «tienes que creer, y creer cosas que no comprenderás: te parecerá locura mi doctrina, y has de aceptar esta locura, y, si fuere preciso, tienes que morir por ella.»

Y al lado de esta autoridad sin límite en lo humano, sin intervención extraña, sin apelación, soberana é infalible, os he dicho que hay una obediencia lo más profunda que podáis imaginaros; sí, y esta ha de ser en el cuerpo, para que este obedezca en el desorden de sus concupiscencias, y en el alma para que esta también obedezca en las rebeliones de la orgullosa razón.

Esto es lo que Jesucristo se propuso, y esto es precisamente lo que viene consiguiendo diecinueve siglos hace, y lo que seguirá consiguiendo hasta el fin de los tiempos que ha de durar aún el mundo.

¿Y habéis pensado alguna vez en este milagro

permanente, hombres sin fe, habéis pensado en esta sociedad que vive en medio de vosotros? ¿Habéis parado mientes alguna vez en ese pueblo inmenso, en ese pueblo que se llama cristiano?

Pues vedle: ved esos hombres. Humillan su frente y doblan su rodilla delante de Jesucristo, su Señor; ponen un freno al apetito de su carne y le sujetan; ponen riendas á los desvaríos de su razón y la guían; y así como se modela un mármol y se le labra conforme á un molde determinado, así modelan ellos su voluntad, su alma, sus sentidos y su cuerpo conforme á los moldes del bien y de la virtud.

Pasan la vida ocupados en este trabajo, siempre esforzándose, siempre luchando, porque su perversa naturaleza siempre les acompaña; y ya cayendo, ya levantándose, sin dejar nunca las riendas ni el freno, siguen y siguen sin descanso hasta la última hora pisando y domando su indómita naturaleza.

¿Os reís de estos hombres?... pero ellos os dejan con vuestra risa sin fundamento. ¿Los injuriáis?... desprecian vuestras injurias. Porque sois más fuertes, los encadenáis... y ellos llevan vuestras cadenas... ¡Les quitáis la vida... y ellos tienen valor para morir contentos!

¿Pero ser traidores con la Iglesia, hacer traición á Jesucristo?... jamás. ¡Prefieren la muerte!...

Pues ¿qué ha hecho Jesucristo para fundar esa prodigiosa sociedad? qué, para que esa autoridad indestructible haya echado tales raíces en almas tan dulces y tan fielmente subyugadas? ¿Sabéis lo que ha hecho? Amar.

Leed su vida; toda ella se reduce á esto: ¡amó!

Con desprecio soberano de lo que nosotros consideramos como absolutamente necesario para adquirir autoridad, respeto y poder, rechaza Él todo lo que sea fortuna y riqueza, renuncia nobleza, sangre, lustre y prestigio, y se contenta con ser hijo de una virgen pobre, unida con un carpintero humilde: nace en un establo, y vive en pobre casa manejando en ella el cepillo, la sierra y la garlopa...

¡Oh! ¡cómo le hubierais mirado vosotros por encima del hombro si hubieseis llegado á encontraros con Él!

Sin embargo, Él pasa treinta años en estas ocupaciones, para recorrer al cabo de ellos toda la Judea, predicando á los niños, curando enfermos, animando á los pobres, trayendo al buen camino á la Magdalena, defendiendo á la adúltera, alimentando á las muchedumbres, siempre dulce, siempre amoroso, siempre sufridor, siem-

pre tierno y enseñando á todos la grande ley del amor.

Un día, como para ensayo, envía á sus discípulos á predicar lejos: allí los reciben de mala manera y los despiden peor, y ellos piden en seguida truenos y rayos que los venguen. ¡Qué natural es esto en el hombre! ¡Qué natural es esto en nosotros, que á la menor violencia que se nos haga buscamos auxilio en la fuerza, para que sin compasión aplaste á sus autores, y nos consideremos vencedores ante las ruinas y la muerte!

Mas ¿qué les responde Jesucristo?... «¡No sabéis de qué espíritu estáis vestidos!»

Enseñándoles en otra ocasión toda su doctrina acerca de la autoridad y del poder, les dice: «Sabéis que los reyes son dueños de sus pueblos, y los grandes ejercen su poder sobre los pequeños. Pues entre vosotros no ha de ser así. Porque para ser grande entre vosotros, hay que saber servir á los demás. ¿He venido yo acaso para ser servido?... ¿No os he servido yo á vosotros?... » Y más adelante, al lavarles los pies con sus propias manos, añadió: «Vosotros me llamáis Maestro, y en verdad que decís bien, porque lo soy; pues si, siendo yo vuestro Maestro, os lavo los pies como veis, aprended vosotros á hacer como yo, y á servir á los demás.»

Quedábale aún dar su vida en favor de aquellos á quienes amaba, y la dió; faltábale todavía, dar la última sangre de su Corazón, y permitió que se le abrieran. Y bien sabéis qué grito tan divino de amor fué el que pronunciaron sus labios antes de morir, cuando pidió tan de veras perdón por los mismos que le estaban quitando la vida... ¿Es esto amor, Señores, sí ó no?

Acabo de deciros qué linaje de amor es el que baja desde las alturas del Señor á la sociedad sobrenatural.

Y el que sube de esta hacia Él ¿de qué linaje es? ¡Ah! Señores; aquí, fuerza es que yo me calle. Para contestaros, voy á leeros unas páginas inimitables. Permitidme leeros algunos trozos de Lacordaire:

«Hay un hombre cuyo amor dura aun en la tumba; un hombre, cuyo sepulcro no solo es glorioso, según lo cantó su profeta, sino también amado. Hay un hombre, cuyas cenizas no se han enfriado á través de diecinueve siglos, y que va renaciendo todos los días en los corazones de una muchedumbre sin número de hombres; un hombre, cuyos pasos va recorriendo sin cansarse jamás una porción considerable de la humanidad, y aunque ha desaparecido á los

ojos visibles del cuerpo, le siguen toda clase de hombres recordando los lugares de su mortal peregrinación, ora los que recorrió en brazos de su Madre, ora los lagos y montes en que predicó, ora los valles que cruzó, ora, en fin, lo escondido de los desiertos en que estuvo oculto. Hay un hombre, ya muerto y sepultado, cuyo sueño se espía aún lo mismo que sus vigiliass, y cuyas palabras vibran y producen en quien las oye amor, más que amor, virtudes hijas del amor; un hombre, clavado, siglos hace, en el madero del suplicio, pero á quien millones de adoradores bajan del tal trono cada día, para arrodillarse delante de Él, y postrados profundamente hasta la tierra, besar con amor inefable y sin rubor sus ensangrentados pies. Hay un hombre azotado, crucificado y muerto después de una pasión inenarrable, pero resucitado y trasladado por la resurrección de la muerte y de la infamia á la gloria de un amor que jamás desfallece, que encuentra en Él la paz, la honra y aun el éxtasis. Hay un hombre perseguido en el suplicio y hasta en la tumba, pero que pidiendo apóstoles y mártires á todas las generaciones que se van sucediendo, mártires y apóstoles encuentra en el seno de todas ellas. Hay, por último, un hombre, y es el único, que ha dejado establecido sobre la tierra su amor.

»Pues este hombre sois Vos, oh Jesús, que habéis tenido á bien bautizarme, ungirme, consagrarme con vuestro amor, y cuyo solo nombre dilata mi pecho y me arranca estas efusiones de mi amor que á mí mismo me conmueven.»

Ahora bien; ¿qué es lo que vemos en esa sociedad divina entre Jesús y nosotros?

Vemos en Él la autoridad soberana, ¡soberana, sí! «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.» Vemos también en nosotros la obediencia absoluta, conforme á aquella otra sentencia: «Quien no sacrifica todo, hasta su propia vida, en honra mía, no puede ser discípulo mío.»

¡Mas vemos sobre todo esto el amor! ¡Ah, Señores, no lo olvidéis, el amor! Más grande, es verdad, cuando baja del superior al súbdito, porque baja desde Dios hasta el hombre; mientras que, cuando sube, sale de este miserable corazón humano tan malamente dispuesto para amar.

Pasemos ahora, Señores, á las sociedades humanas.

La primera que encuentro es la civil, que aun cuando no es el objeto que directamente me propongo, bueno será examinarla, siquiera un poco.

La llamo en primer lugar humana á pesar de oír muchas veces llamarla en un sentido lato, divina. Y claro es que como la naturaleza humana lleva necesariamente al hombre á vivir en sociedad, y por otra parte es Dios el autor de la naturaleza humana, se podría deducir que la sociedad entraba en el plan divino y por consiguiente que es divina. Por la misma razón podríamos decir, y realmente se dice, que todo elemento esencial y necesario para el ejercicio de las sociedades entra en el plan divino, y en este sentido la autoridad civil, por ejemplo, puede llamarse divina.

Pero, por lo demás, interviene Dios tan de lejos en estas sociedades, que deja al arbitrio del hombre el modo de gobernarlas.

Y así, los hombres ó los pueblos reunidos legalmente en sus comicios ó por medio del consentimiento unánime en ciertos sucesos y circunstancias son quienes determinan las formas de gobierno, sea monarquía, oligarquía ó república.

Así también, el hombre ó el pueblo es quien pone á la autoridad los límites dentro de los cuales se ha de mover; tales son las constituciones, las cartas, pragmáticas, códigos...

Finalmente, el pueblo también es el que, una vez señalada la órbita de acción al poder, se lo

entrega á quien mejor le parece, llámense reyes, senados, cónsules, presidentes ó asambleas.

Sentado esto, ¿encontraremos en esta nueva sociedad que venimos examinando, la forma y el organismo de las sociedades divinas? Al formar el hombre esta sociedad ¿seguirá la voluntad y el plan que Dios le ha dado á conocer, al formar Él la familia y la Iglesia?

Encontramos, sí, en ella la autoridad investida del poder, y vemos que da leyes. Es precisamente lo que más hace, por lo ménos en nuestros días, pues dispone de asambleas que apenas se ocupan en otra cosa que en dar leyes, y por cierto con una fecundidad asombrosa.

Encontramos también el súbdito, es decir, el pueblo que obedece, paga los impuestos, levanta cargas y dobla su frente ante la ley. Ahora, que esta obediencia sea alegre, fiel, sin murmuraciones ni quejas, no lo diré yo; pero ello es que, por regla general, al fin y al cabo se obedece, y á falta de otro mérito, el súbdito tiene el de resignarse.

Mas el amor ¿dónde le encontraremos? Yo me canso en buscarle, vuelvo acá y allá, y encuentro en vez de amor... ¡polizontes! Concededme que no es exactamente lo mismo.

Cuando en las sociedades gobierna la autoridad con justicia, mirando siempre y en todo al

bien del pueblo, y nunca á su bien particular, y el pueblo por su parte obedece según conciencia, mirando al interés general y sacrificando por él cualesquiera intereses privados, el gobierno tendrá, ciertamente, garantías de seguridad y de duración.

No se olvide, sin embargo, que el hombre siempre es hombre, es decir, que su egoísmo siempre le está punzando, que difícilmente se resigna al sacrificio, que se ve devorado por la pasión de la independencia, por la sed de subir cada vez más y de coger también para él, si puede, el poder; no se olvide, en una palabra, que siempre es... el primer rebelde, el rebelde de los primeros tiempos.

Ahí tenéis porqué, á falta del engranaje del amor en vuestros mecanismos, necesitáis los polizontes, es decir, la fuerza, la represión, las cadenas, la guillotina ó la horca.

Ahí tenéis porqué, en acabándose la fuerza de los polizontes, se habrá acabado vuestra sociedad, porque el pueblo entonces la volará y derrumbará cual castillo de naipes. Después se formará otra sociedad para otro poco de tiempo, hasta que la derrumbe también como á la primera; volverá á fundar la tercera, y así sucesivamente.

¿No es este, Señores, el resumen de la histo-

ria, así de la antigua como de la moderna y de la contemporánea? ¡Á lo ménos, las excepciones fácilmente podrían contarse!

Así que preguntar á una sociedad cuánto tiempo durará, equivale con frecuencia á preguntar, Señores, cuánto tiempo estará en pie la fuerza antes de caer.

Llego, por último, á esa sociedad particular de que me he propuesto hablaros en este discurso; la sociedad del patrón y del obrero.

Y ante todo pregunto ¿es natural, es decir, está conforme con la naturaleza de las cosas? No hay duda ninguna de que sí: existe en la naturaleza, por cierta desigualdad ineludible que ha de haber de condición y de fortuna, y que solo en sueños puede desaparecer. Porque en esta gran familia de hombres siempre ha de haber miembros necesitados que en las terribles é inevitables luchas por la existencia tendrán que ofrecerse, para poder vivir, al servicio de otros, y pedirles en cambio algunas migajas de sus tesoros.

Bien sé que teóricamente se pueden ver de otro modo las cosas; y así, el dinero que yo doy al trabajador no es de suyo sino una forma

convencional para representar un trabajo anterior, y que al pagarle en moneda no hago más que cambiar su trabajo por el mío ó por el de mis antepasados. No pretendo ahora impugnar esta teoría; pero tampoco la considero como argumento contundente contra la codicia que despierta en el trabajador el espectáculo de una riqueza que está siempre holgando. Haced si no esta prueba: cuando deis las dos ó tres ó más pesetas convenidas á ese obrero que durante el día entero ha estado en vuestra casa trabajando con todo empeño, y viéndoos á todas horas fumar sendos magníficos cigarros, y unas veces tendido con toda comodidad en un diván, leer ya el periódico, ya la última novela; otras hacer saltar con brío por la banda las bolas de vuestro billar..., al que todo esto ha visto por sus ojos decidle cuando le deis su jornal, decidle entonces: «buen hombre, este es mi trabajo, ó si queréis, el trabajo de mis antepasados.»

De fijo que os tendrá por loco, porque á vosotros os ha estado viendo todo el día sin hacer nada, y él ha visto empaparse el suelo con el sudor de todos sus miembros. ¿Qué ha de entender la alquimia de esos teóricos de escuela?

Pero lo cierto, lo positivo es, que ese hombre necesita vivir, y que para vivir necesita dinero. Y por esto él, que no lo tiene, os servirá á voso-

tros que lo tenéis, para tener él algo también. Esto es lo evidente para él.

Conque siempre ha de haber pobres que se vean en la necesidad de servir á los ricos.

Pero, Señores míos; vistas las cosas por otro lado, no bien examinado en muchas ocasiones, resulta que ha de haber también ricos que necesiten servirse de los pobres. Á esta necesidad llevan al hombre insensiblemente su natural pereza y su congénita repugnancia para todo lo que sea trabajo y esfuerzo: á esa misma necesidad lleva también á los hijos la educación que hoy se les da, y tanto, que parece que va á llegar pronto la hora de que, cuando sean hombres, ni aun en las cosas más vulgares se basten á sí mismos.

Acabo de presenciar la salida de las clases de un colegio importante, y por cierto que he quedado admirado al ver tantos criados como estaban esperando á los niños. ¿Para qué los esperaban? ¿Para cuidarlos y acompañarlos hasta casa? Sí; ¡pero también para llevarles las carteras y los libros!... Dejad que crezcan estos niños, y cuando sean hombres necesitarán un criado que les calce y limpie las botas, otro que les tire de las mangas de la levita, les ponga el

cuello de la camisa y les haga el nudo de la corbata, y otro que les lleve el paraguas y el abrigo. ¡Y llamarán hombres á estos!...

No quiero seguir con esta idea, porque me llevaría demasiado lejos, sino que me contento con rogaros que la sigáis vosotros; seguramente habréis notado que en cualquier cosa molesta y que cause algún trabajo, pesada ó enojosa, procuramos quitarnos esa carga y echársela, si podemos, al prójimo, aunque sea pagándole lo que sea. Esta es la teoría moderna de la sustitución universal; eufemismo muy bonito que oculta la pereza y la dejadez universal.

Como por pasos contados nos lleva al miliciano nacional, que cuando sale al ejercicio, busca una criada que le lleve la cartuchera y el fusil.

Ahí tenéis de dónde viene originariamente la asociación del principal y del dependiente, del patrón y del obrero: de la necesidad de servir, por una parte, y por otra de la necesidad de ser servido.

Mas si esta sociedad es natural, tiene la ventaja de ser eminentemente libre.

Porque se contrae de común acuerdo, y en los términos con que se contrae quedan señalados, así los derechos del jefe y del patrón como las

obligaciones del súbdito y del obrero, lo mismo las condiciones que la duración de la sociedad.

Fuera de este contrato ni hay de parte del patrón sombra de autoridad ó de poder, ni hay de parte del obrero sombra de obediencia ó sumisión. No hay duda ninguna que ambos quedan obligados á las leyes generales por las cuales se dirigen las mutuas relaciones de los hombres entre sí; pero en cuanto á las obligaciones que adquieren con esta asociación, no tienen más lazos que los unan, sino las que se hayan declarado formalmente en los términos del contrato.

Como se ve, aún hay en esta sociedad alguna autoridad; pero ¡cuán limitada, cuán reducida! También hay alguna obediencia; pero ¡qué campo tan ancho deja á la libertad!

De aquí resulta necesariamente que esta sociedad es por extremo precaria y pasajera. Admitís, por ejemplo, en vuestra casa una doncella y os encontráis con que al mes os pide la cuenta y os deja. Me diréis que esto os disgusta, y os creo, convengo en ello; pero la doncella usa de su perfectísimo derecho.

Tenéis un obrero en vuestras minas y la primera vez que recibe la quincena de su jornal se marcha. Usa de su derecho.

Qué, ¿lo dudáis? Pues suponed el caso con-

trario; suponed que al mes despedís vosotros á la primera, y á los quince días al segundo, y entonces os parecerá evidente vuestro derecho.

Esto es precisamente lo que justifica un derecho temible, es verdad, pero innegable; derecho del que abusa con frecuencia la perversidad humana, aunque no por eso deja de ser por su esencia muy legítimo el derecho á la huelga.

Me refiero á la huelga pacífica y legal.

Ahora bien; ¿qué se entiende por huelga tomada en este sentido? No querer trabajar en provecho vuestro; es el derecho que el obrero tiene de romper, al fin de la semana ó de la quincena, el contrato que tenía hecho con vosotros y de negarse á trabajar para vosotros. Yo quisiera saber en qué os apoyaríais vosotros para obligarle á servirlos. Pues lo que puede hacer uno de ellos lo pueden hacer todos simultáneamente. Están en su derecho al hacerlo así; derecho suyo es comprometerse mutuamente por la persuasión y el consejo; derecho suyo es convenir todos en el día y hora en que todos os hayan de dejar con vuestra fábrica ó con vuestras minas.

Y no me objetéis diciendo que el obrero está obligado á cumplir las leyes generales de cari-

dad por las cuales se rigen las mutuas relaciones de los hombres, porque he comenzado por asentar ese principio. No olvidéis tampoco que también sobre vosotros pesa la misma obligación que sobre él, y que por ser patrón debéis dar ejemplo; ni digáis, por último, que el obrero debe sacrificar en bien del interés público su interés privado: porque todo esto es verdad, pero también que debéis hacer lo mismo vosotros, y es menester, vuelvo á repetir, que venga de vosotros primero el ejemplo.

Mas la cuestión que yo presento pone fuera de discusión estos principios capitales. Yo os pregunto sencillamente: ¿Para cuánto tiempo se ha hecho el contrato que obliga al obrero á estar con el patrón? Para quince días. Pues entonces, pasados ellos, si al obrero le parece bien, puede con todo derecho rescindir el contrato. ¡Y por más que tronéis contra el valor de ese derecho que os está amenazando, jamás se le podréis quitar al obrero!

Pero, «la huelga es una rebelión,» me diréis vosotros quizás... ¿Rebelión? Para que lo fuera sería menester probar que teníais vosotros un derecho anterior al contrato. ¿Y dónde está ese derecho?... Insisto en lo de antes; cambiad la hipótesis y suponed que sois vosotros los que despedís al obrero á los quince días. ¿Dudaríais

entonces? No. ¿No es verdad? ¿Pues á qué dudar cuando os deja á vosotros el obrero?

¿Sabéis, Señores, lo que le detendrá, le conservará y lo que le unirá á vosotros con lazos más apretados que todas las obligaciones y todas las leyes del mundo?... ¡El amor! Luego ¿porqué no echáis entre él y vosotros esa divina lazada, mayormente al ver que Dios la ha puesto en todas las obras de sus manos? Decid, ¿porqué?

¿No habéis visto alguna vez (de seguro que sí, porque ni hay que acudir para ello muy atrás, ni se ha perdido del todo la costumbre) formando parte del hogar cristiano de alguna familia noble, á algún antiguo criado encanecido por la edad y constante trabajo? El respeto y la veneración de los años le han proporcionado, bajo aquel techo tan bendecido y para sus últimos días, un asilo cariñoso y cómodo en que descansada y pacíficamente dejará de vivir. Á los años los ha visto nacer y hacerse hombres: estuvo sirviendo á su padre de ellos y el mayor contento de su agradecido corazón lo pone ahora en ver pasar delante de él alegres y risueños á sus queridos nietecitos.

Me acuerdo haber visto yo un día á uno de

estos venerables ancianos en cierta casa en la que de cuándo en cuándo cariñosamente se me daba hospedaje. Ya estaba el pobrecito al fin de su carrera mortal, tanto que al poco tiempo se durmió en la paz del Señor. La tarjeta en que se daba cuenta de la defunción tenía nombres vulgares y poco conocidos de hermanos y hermanas y de sobrinos, y después de ellos, por tres veces repetido, uno de los nombres más ilustres de nuestra histórica nobleza. Como los tres han muerto ya, puedo sin inconveniente publicar sus nombres: eran Guillermo, Carlos y Carlota d'Aspremont-Lynden, Condes del Santo Imperio, los cuales, según decía la tarjeta, rogaban encarecidamente encomendasen á Dios el alma del que fué siempre fiel servidor de la casa.

Permitidme evocar aquí un recuerdo personal. Un día que hice una expedición me detuve en casa de unos antiguos discípulos que por entonces eran, mejor dicho, continuaban siendo mis mejores amigos.

Hallándonos juntos todos á la hora de comer, salió del comedor su madre y volvió al cabo de un momento trayendo del brazo á una anciana, ya acartonada, con los pies á la rastra, sencilla, humilde, pero digna y grande aun en su venerable ancianidad. La Condesa nos la presentó

diciendo: «Mi nodriza, Señores,» y al punto la sentó al lado del hijo mayor. Al decir Misa en la capilla al día siguiente, vi dos reclinatorios á derecha é izquierda: el de la izquierda estaba más próximo á la estufa y sobre él se puso de rodillas la anciana. Era invierno, el tiempo estaba crudo y la capilla por consiguiente fríasima. Entonces tuve ocasión de observar que la Condesa, aun forrada de pieles, tiritaba, mientras que la venerable anciana disfrutaba de la estufa.

¡Aquí tenéis, Señores, el amor! ¡Esta es la sociedad cristiana del superior y del súbdito!... ¿Y no podría yo citaros muchos ejemplos como ese? Criados que permanecen fieles con amos aun arruinados, rehusando su salario por completo, aumentando su trabajo y velando por las noches para ayudarlos á vivir, recogiendo sus huérfanos como si fueran hijos propios, sacrificando todas sus modestas economías, ayunando ocultamente ó comiendo poco y mal, con tal de tener qué poner á sus amos.

Vuelvo á decir: ¡Ahí tenéis lo que hace el amor!

Pero os oigo replicar: «Todo eso es antigüalla, sueño, ideal, misticismo. ¡Cómo se conoce que sois fraile! No conocéis á los criados del

día.» ¡En verdad os digo, Señores, que es cierto y muy cierto! ¡Cuántas veces se trabaja en vano con tan buenas intenciones! He conocido á una señora excelente, y tan buena con las criadas, que á los quince días de estar con ella, todas juraban no querer vivir sino para servir en aquella casa y morir sirviendo en ella... y yo creo que hubieran cumplido su palabra y hubieran muerto en la casa, si no hubiese ocurrido que á los tres meses de servicio todas, una tras otra, se casaban. ¡Era esto capaz de desanimar á la señora de más temple!

Así pues, admito absolutamente cuanto pudierais decirme en esta materia, que sería muchísimo.

Solo que por mucho que sea, yo os lo podré decir con una sola palabra, á saber: «Es muy difícil ese amor,» lo cual, como veis, será una excusa excelente, pero también una razón... deplorable. ¡Claro está, Señores, que amar al criado, al dependiente, al súbdito, al obrero, es cosa difícil! ¡Pero difícil, como todo deber, como la virtud, como el olvidarse de sí mismo y el sacrificarse á sí mismo; difícil como todo lo que levanta y engrandece al alma! ¡Mucho más fácil es, ¿quién lo duda? dejarse llevar dulcemente del descanso y del regalo, y cerrados los ojos y tapados los oídos para todo, dormirse entre

las comodidades de la engañosa paz de un presente falaz, y no ver ni oír nada de un porvenir que se acerca rugiente y amenazador!

Pero otro mejor argumento tenéis que oponerme y es que, soltando una risa de satisfacción, podéis señalarme con el dedo los diez mil obreros de las fábricas modernas, distribuidos por compañías como los regimientos del ejército, y mandados por una completa jerarquía de contratistas, listeros, capataces y celadores, y ante esa muchedumbre de obreros podéis preguntarme de qué manera se ha de arreglar el patrón para amar á todos y cada uno de ellos.

¡Diez mil hombres para un corazón!...

Podéis ir más lejos, y decirme que ya no hay patrón... que eso de patrón es un mito de los tiempos antiguos, una fábula de tantas como nos da la Edad Media, y que hoy solamente hay accionistas, bien descansados y regalados en sus lujosas habitaciones, y desparramados por la provincia, por la nación y por todo el globo terráqueo; podéis decirme que en representación de ellos suelen venir de tiempo en tiempo los administradores, y sentados enfrente de las buenas estufas de la sala de sesiones, exami-

nar las cuentas de la explotación para dar su juicio acerca del rendimiento de la fábrica ó de la mina.

Más aún podéis reforzar vuestro argumento. Porque, contando uno por uno todos los accionistas, podéis calcular con el rigor que se quiera la parte alícuota de amor que á cada accionista le ha de corresponder derramar sobre los diez mil obreros; y si por otra parte consideráis, que esa partícula de amor del patrón tiene acciones en otras muchas empresas á la vez, no hay duda de que esas cifras que son medida del amor, y tan menudamente ló esparcen, harán sumamente ridícula mi teoría.

¿Lo creéis así, Señores?

¡Pues sea así! Renuncio á mi teoría; pero venid conmigo á ver un sitio de esos en que trabajan tantísimos obreros.

Vedlos pasar á esos pobres hombres ennegrecidos por el polvo y humo; vez con la luz roja de las llamas cómo les corre el sudor por todo el cuerpo, y cómo se ponen rígidos todos sus músculos, cómo doblan su cuerpo para dar impulso á las máquinas; vedlos en medio del confuso torbellino de inmensos volantes y entre la sorda tempestad de las fraguas; vedlos en las profundidades sombrías de las cuencas hulleras meterse como culebras por aquellas negras ga-

lerías, y pegados á las paredes cavar la vena del mineral; vedlos correr enfrente de lavas de acero y hierro, como si fueran sombras, á través de chispas abrasadoras...

Por Dios, Señores, ¡no olvidéis que esos hombres tienen corazón como vosotros!... que no son máquinas, ni son bueyes ó caballos á quienes se les aplica la ajada ó el látigo á capricho, ni son esclavos ni siervos; sino acordaos que son hombres como vosotros, y hombres libres...

Del amo ¿qué saben los infelices?... si tan solo aparece delante de ellos en forma de un jefe de segundo orden que los maldice, ó de un subalterno que los trata como á bestias, ó de un director que, fruncido el ceño y torva la mirada, pasa por entre las filas, y aunque honrado, ó por lo ménos atento de suyo, á nadie conoce y quizás no haya dirigido nunca á ninguno la palabra; hombre que no sabe de aquellos obreros sino que todos están en su puesto, una vez que está andando la fábrica.

¿Se acabó con esto? No, porque ven también al amo, ven al fin de la quincena, bajo otra forma, bajo la forma del pagador; que al fin y al cabo les da la paga... después de haberse filtrado... ¡las multas!

¡Pues bien, Señores; no dudo un momento en decir que este modo de proceder no basta! No,

esto no basta. Con esto no puede ahora el patrón desaparecer de la escena á calcular el beneficio de su empresa, guardar sus libras esterlinas bajo tres llaves y exclamar satisfecho: «He cumplido con mi obligación.»

Pues ¿qué más puede y qué más debe hacer el patrón?

Vosotros mismos, Señores, vais á responder por mí.

Supongamos por un momento que no hay más que un solo obrero y un solo patrón, y que ese patrón sois vosotros. Yo os pregunto... pero dejad á vuestro corazón la respuesta.

Si cayese enfermo ese obrero, ¿no haríais porque le cuidasen? ¡Ah! dados los sentimientos grandes de vuestro corazón, quizás, quizás le cuidaríais vosotros mismos... pero al fin lo cierto es que á lo ménos encargaríais que le cuidasen... Si fueseis muy rico y él muy pobre, ¿no le pagaríais todos los gastos?... ¿Permitiríais que durante la enfermedad de vuestro obrero muriesen de hambre su esposa y sus hijos?... No. ¿No es verdad? Con la idea de mantenerlos le pagaríais, por lo ménos alguna parte del jornal.

Si este obrero quisiese hablaros, ¿no le escucharíais? ¿No escucharíais sus quejas, sus de-

seos, quizás sus sueños? ¿No trataríais con él acerca de su interés y del vuestro?

Si ese obrero llegase á morir en vuestra casa, y dejase necesitada la familia... ¿la dejaríais perecer? Y si fueseis muy rico y él muy pobre, vuelvo á decir, ¿no sostendríais á su pobre esposa y á sus pobres hijos?

Finalmente, si ese obrero, anciano ya, hubiese gastado todo el vigor de sus nervios y toda la fuerza de sus músculos en servicio vuestro, y nada más que por vosotros... ¿le despacharíais como se echa á un rincón un mueble usado ó una máquina inútil? ¡Oh, no! no! Tendríais cuidado de su ancianidad y hasta que muriese, le velaríais con amor.

Sí; todo esto haríais vosotros porque es bueno vuestro corazón, porque es cristiano y comprende qué cosa es el amor.

Haríais más; porque no gastaríais á ese hombre con trabajos superiores á sus fuerzas, ni prolongaríais las horas de su fatiga, ni le emplearíais en las veladas que le acaban, sino que sabríais darle lo que á él le correspondiese y calculando la ganancia que teníais con él, sabríais calcular también su ganancia.

Porque todo esto sabe hacer el amor.

Pero en el caso que proponéis no hay más que un solo obrero y un solo patrón. Y cuando los obreros son diez mil, y el patrón es esa cosa abstracta que se llama la sociedad anónima, ¿qué se ha de hacer?

Preguntáis, Señores, ¿qué hay que hacer?... Reunir esas fracciones alcuotas de amor de que antes os reiais, recogerlas de donde quiera que estén, y teniendo en cuenta las mermas, sacad la suma, que será el amor colectivo de ese patrón, también colectivo, hacer que broten de él la organización de cajas de socorros, cajas de seguros, de pensión y sobre todo las juntas de conciliación tan admirablemente dispuestas con el objeto de que obreros y patronos se conozcan, se aprecien y se amen.

Estas serán nuevas formas bajo las cuales verá el obrero á su patrono y no se presentarán, á lo ménos, con el ceño fruncido ni el corazón helado. No serán, con todo, el amor tal cual yo le entiendo, pero siquiera será la bondad y la primera sonrisa del amor... Cuando, merced á los cuidados de sus patronos se vea el obrero al abrigo de los golpes terribles de una enfermedad, de los contratiempos de la vida ó de la vejez, cuando sepa que aun después de su muerte ha de llegar á su esposa y á sus hijos algún fruto de su trabajo; si no puede aficionarse á un pa-

trón invisible, se aficionará á su fábrica, y aquellas paredes negruzcas y aquellas chimeneas con sus espesos penachos de humo, le parecerán menos siniestras y podrá descansar tranquilamente á su sombra, porque tendrán para él un no sé qué reflejo de bondad que se las representará á sus ojos como hermosas y queridas.

¡Son tan naturales estas cosas!... ¿No es verdad, Señores, que á mi pregunta han salido todas ellas espontáneamente de vuestro corazón? Pues entonces ¿en qué consiste que sean tan raras de ver? Porque al fin ello es, y no hay que forjarse ilusiones, que esas sociedades industriales en que el interés en favor del obrero haya sabido organizar tales obras, son muy raras, se las puede contar fácilmente, y por consolador que sea el espectáculo que nos ofrecen, se entristece el alma al verle tan aislado. ¿Cómo se explica esto?... ¡Ah, Señores! por una consecuencia muy natural de la pobre naturaleza humana.

No estaba en ello la ganancia del patrón y, por consiguiente, no pensó en ello al fundar su industria; más adelante se negó muchas veces, y puede ser que aún se esté negando, y quizás no ceda sino ante una crisis social ó ante la fuerza de la ley. Es menester, Señores, la lláma crisis

tiana, es menester el amor cristiano para inclinar al hombre á que mire más allá de su bien, y sacrifique una parte de él en beneficio de los pobres y desvalidos.

Al llegar aquí, Señores, voy á descansar contándoos con gusto un ejemplo ilustre.

Habíamos de celebrar el año próximo, como sabéis, fiestas nacionales, y el Rey concibió una idea propia de su magnanimidad, y fué pedir que todo el dinero que se hubiese de gastar en los festejos públicos, se juntase y se depositase en una caja de seguridad, y de ella se fuese sacando y repartiendo á los trabajadores, á los desvalidos y á los niños huérfanos... ¡No sé si en la historia de los reyes encontraréis muchos ejemplos de tanta grandeza y compasión!

Esto es el amor, es decir, el olvido de sí mismo y la abnegación de sí mismo en favor de los demás.

Ahora mismo están en Alemania diputados de todas las monarquías y potencias, convocados y presididos por el Emperador, estudiando y discutiendo las necesidades de esos mismos trabajadores, inválidos y menores. Hermoso espectáculo es también esto; también está inspirado por el amor.

Pues al hablar de esto un buen número de personas se enfurecen y no pueden ver sin recelo que allí donde había de bastar la libertad, intervenga la ley, y que el espectro temible del Estado ponga su mano en un terreno, del que quisieran desterrarle para siempre.

¡Cosa verdaderamente singular, Señores, ver execrado y por todos proscrito al Estado cuando extiende su mano para encarecer el deber y la justicia, y proteger la debilidad... y verle agasajado y ensalzado con tan amorosa ternura, cuando abre la misma mano para dejar caer privilegios, favores y subsidios!

Ese contraste de los sentimientos que inspira, me hace desconfiar mucho. En cuanto á mí, Señores, creo que se hallará en su puesto el Estado, al tomar la defensa de una causa de interés general, y que, comunmente hablando, tiene la iniciativa particular bastante que hacer con su propio interés antes que ocuparse en trabajar en el de los demás. Dejad, si no, á la iniciativa individual el pago de los impuestos... ¿creéis, por ventura, que se llenarían así y se conservarían repletas las cajas del Estado? También se halla en su puesto, á mi juicio, el Estado, cuando toma á su cargo la defensa de los pequeños y de los débiles contra los grandes y los fuertes... y para decirlo todo de una vez, puesto que

han de rozarse siempre el barro y el hierro, no encuentro yo mal que entre el uno y el otro ponga el Estado buenas almohadillas de algodón en rama.

Hubiera acabado ya, Señores, si no quisiese contestar á la objeción que me pusisteis y he dejado pasar.

¡Diez mil obreros! ¿Cómo, decíais, amar á tanta gente?

Pues bien; aun cuando supiese que os ibais á llenar de admiración, os diría que no es tan difícil la cosa como parece. Yo mismo he tenido el gusto de visitar varias veces una fábrica, cuyo director se limitaba á hacer en obsequio de sus obreros tan solo esto que vais á oír: los saludaba á todos cuando pasaba delante de ellos; los recibía con cariño y paciencia cuando acudían á él; si caían enfermos, iba en persona á visitarlos ó encargaba á su esposa y á su hija que lo hiciesen por él, y si padecían alguna tribulación de familia los consolaba. No hacía más, Señores. ¿Y me diréis que esto es imposible?

Pues id ahora á esa fábrica á la hora de acabarse el trabajo, detened á cualquiera de esos fornidos obreros de la negra muchedumbre que parece va vomitando la puerta, preguntadle si

le quiere el amo y al punto os responderá: «¡Ay, Señor! por ese hombre nos dejaríamos hacer pedazos.»

Y qué, ¿no sabéis, por ventura, cuánto se ensancha el corazón del obrero cuando ama á su señor? Qué, ¿no sabéis que una demostración de cariño, una sonrisa que tengáis con cualquiera de ellos, se propaga, como chispa eléctrica, á través de todos los demás y los enamora?... cómo vasta á veces amar á uno solo para amar á todos?

Me vais á permitir aún contaros una historia reciente. Aunque sea de otro orden de cosas, me lo trae á la memoria la íntima relación que con este tiene. En tiempo de la Exposición de Amberes solía visitarla con frecuencia una Princesa de nuestra corte, la Archiduquesa Estefanía, que por entonces se hallaba en toda la lozanía de la juventud, de su hermosura y de su gloria. Cuando ella pasaba quedaba la multitud de gente que allí había sobrecogida de admiración, é instintivamente iba en pos de ella y la colmaba de aplausos. Pasando cierto día por los jardines detúvose un rato ante unas rosas y las alabó en gran manera. Al jardinero, que se las estaba presentando, satisfechísimo de este elogio, se le ocurrió repentinamente una idea feliz. Luego que se hubo alejado el real cortejo

cogió el jardinero las tijeras, cortó una por una todas las rosas, hizo con ellas un ramó y se lanzó á todo correr por entre la muchedumbre con su ramo en la mano. Llegó, tuvo miedo y se paró temblando... Un oficial estuvo observando la escena, y adivinando el pensamiento del jardinero mandó que se presentasen las rosas á la Princesa. El jardinero se quedó esperando... De repente se volvió la Princesa, y retrocediendo unos pasos se acercó risueña á él, le dió las gracias y le alargó la mano.

¡Ah, Señores! Debiais haber visto á este pobre obrero. No se le ocurría ninguna palabra; temblando miraba á la Princesa; el pecho se le saltaba, y de sus ojos corrían gruesas lágrimas, pero lágrimas de alegría. Y vamos, tomadlo á risa si os place, pero lo cierto es que también nosotros, los quinientos ó mil que allí estábamos, nos vimos sorprendidos por la emoción y con las lágrimas en los ojos; también nosotros nos sentíamos alegres y dichosos; también nosotros la colmamos de bendiciones.

Cuando más tarde vino sobre ella, como el rayo, la desgracia, sintióse también en nuestro corazón el choque de retroceso; porque siempre la vimos bondadosa y siempre fué de todos amada.

He acabado, Señores. Os he dicho con qué condiciones puede ser estable la sociedad de patrón y obreros, y con qué lazo se han de unir los dos factores: el amor.

Algún escritor ha dicho: «Si es que aún es tiempo de conjurar los trastornos que nos amenazan, solo lo conseguiremos haciendo que reine la justicia.»

No es bastante la justicia, es necesario el amor. Cuando hizo Dios las obras de que os he hablado no puso en ellas solamente justicia, sino también amor.

Conque amemos y démosnos prisa á amar, porque la ola crece y el tiempo urge.

SEÑORAS, SEÑORES:

Trabajos recientes, bien dirigidos y con infatigable constancia continuados, han descubierto, bajo el cielo siempre nuevo y siempre azul de Italia, las ruinas antiguas y empolvadas de Herculano y de Pompeya. Hoy se pasea por las calles de entonces y se entra en los templos y palacios que tenían atrios tan magníficos. Las decoraciones y pinturas de sus murallas y hasta su misma disposición, las inscripciones é insignias, las unas escritas y las otras simbólicas, los

muebles y hasta los utensilios de cocina, el servicio de los banquetes, otros mil objetos, aun de los más vulgares, encontrados entre las cenizas y la ola endurecida de las lavas, han hecho que se haya podido restablecer con pasmosa evidencia la vida del pueblo allí enterrado, sus costumbres, sus usos, en una palabra, su fisonomía.

Era aquel un pueblo rico é inteligente, que rayó muy alto en la escala de la civilización humana, muy refinado en el modo de buscar placeres, amante de las letras y bellas artes, apasionado por todo linaje de goces, finalmente, contento con aquella vida y saboreando con indiferencia aquella frívola alegría. Cantaban sus poetas diciendo: «Coronémonos de rosas,» y á los acordes del laúd cogían tan delicadas flores y coronábanse con ellas. Más allá, sobre una altura, existía también un volcán que bramaba y hervía; mas ¿á qué detenernos ahora en pensamientos tristes?... Cuando bajo el cielo oscuro de la noche se desprendían sus haces de llamas, acudían presurosas las muchedumbres á ver aquel espectáculo magnífico, y con aquel resplandor rojizo, cual si fuese la iluminación más fantástica que yo os pudiera fingir, comenzaban sus acostumbrados convites y danzas.

Mas un día abrió desmesuradamente su garganta el monstruo entre estampidos de trueno,

y vomitó un mar de fuego hirviendo y espumoso, el cual se precipitó, rodando sus olas por la parte devorada del monte, pasó y anegó como otro diluvio aquella ciudad rica, aquella ciudad feliz, aquella ciudad indiferente y loca. Hombres, mujeres, niños, ancianos, riquezas, palacios, tesoros, todo lo envolvió entre sus olas de fuego: fué luego subiendo, subiendo siempre hasta un punto en el cual se detuvo; allí se recostó sobre sus cadáveres y ruinas y luego, ya sosegado y silencioso, se condensó. Siglos y siglos han pasado sobre esta ciudad al modo que pasan los fieles en las iglesias antiguas sobre los sepulcros de sus antepasados.

En nuestros días, cuando se hunde en algún hueco la piqueta de los trabajadores de las excavaciones, se suspende el trabajo y rellenan con yeso aquella misteriosa y enorme abertura; y luego que se ha endurecido la masa, continúan con precaución excavando, y se encuentran á lo mejor con el molde de un cuerpo humano que murió entre horribles convulsiones ó con actitudes desgarradoras, luchando, con los esfuerzos de la agonía, contra las quemaduras del fuego ó contra la asfixia causada por las cenizas; al lado de estos cuerpos encuéntranse á veces los brazaletes de oro, los collares de piedras finas, los adornos... ¡en fin, todo ese

vano cuidado del cuerpo y de la belleza que se acaba, toda esa ostentación de una fortuna que no libra de la muerte!...

Y cuando aparecen en esta forma los hombres de aquella época, cuando veis con vuestros propios ojos en los museos de Nápoles la mascarilla de estos cuerpos y junto á ellos las reliquias que se han podido reunir de su vida, decidme, en presencia de ese pueblo de felices, de ese pueblo de danzantes, de histriones y de bufones; en presencia de ese pueblo embriagado de regalos, placeres y voluptuosidades; en presencia de ese pueblo que no tuvo ni una hora de pensamientos serios y profundos; en presencia de ese pueblo que no supo mirar adelante... decidme, repito, ¿sentís compasión? ¡No, sino desprecio!... ¡El desprecio que pesa, á través de los siglos, sobre la raza de los lascivos, *factio lascivientium*, sobre aquellos afeminados de la antigua Roma; el desprecio, que los tiene mejor cubiertos aún que la lava y más enduccionados que ella!... Les han quitado el manto de la lava, ¡pero la cubierta del desprecio no se la quitarán jamás!

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Fuego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.—
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

Conferencias familiares.

(Científicas.)

TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*

TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*



FEDERICO OZANAM

OBRAS AMENAS
DEL
P. VÍCTOR VAN TRICHT
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

FEDERICO OZANAM
CONFERENCIA FAMILIAR

TERCERA EDICIÓN



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

1902

ES PROPIEDAD



Excmos. é Ilmos. Sres., (1)

SEÑORAS, SEÑORES:

EN una comedia muy conocida: *El derecho de conquista*, pone Loguvé en boca de su héroe estas palabras empapadas en tristeza noble y viril: «¡Ah!—exclamó el Marqués de Rouillé,—cuando paseándome por mi galería de cuadros, miro fijamente los retratos de mis antepasados, me digo á mí mismo: Ese enriqueció á su país con dos puertos, aquel fertilizó veinte leguas de estériles eriales; este otro fué Presidente de los Estados, y el de más allá Mariscal de Francia... Y tú, ¿qué eres tú?...

(1) El Arzobispo de Malinas y el Obispo de Tournai.

¡Un haragán!... Y entonces se apodera de mí la rabia, la rabia del trabajo... y sueño con mil proyectos que den celebridad á mi nombre.»

Imagínome, Señores, que esos generosos sentimientos deben apoderarse de cualquier hombre que tenga á semejanza del Marqués de Rouillé, en cualquier viejo castillo, una galería en que poder repasar los retratos de sus antepasados. Paréceme que de los ojos amarillentos de esos antiguos lienzos deben salir rayos que le agujoneen, que le impulsen á volar más alto á emprender más grandes empresas... ¡ay! ¡quizás á hacer por lo ménos algo!

¿Y nosotros? nosotros, tantos como somos los que no tenemos galerías de cuadros, y que para volver á ver la fisonomía de nuestros padres tenemos que recurrir al album de fotografías, ¿no sentimos también nosotros el acicate de esas miradas mudas que nos estremecen y nos mueven á concebir y desear grandes obras?

¿Qué hombre hay que alguna vez en su vida no éntre á cuentas consigo y se pregunte: Pero... en suma, ¿qué he hecho yo en este mundo? Y entonces, en esa hora en la que cada cual se hace justicia á sí mismo en el secreto de su conciencia, aparecen delante de nuestras almas las sombras gloriosas de los trabajadores del bien, que han dejado muy honda en la tierra la

huella de sus pasos, cuyas obras han perpetuado su gloria y su nombre y cuya historia se narra á los niños para irles estimulando desde pequeños al culto del honor y la virtud... Esas gloriosas sombras pasan en silenciosa proce-sión: las reconocemos una tras otra, y las llama-mos por sus nombres, y les oímos repetir una tras otra conforme van pasando: «Y tú, ¿quién eres tú?... Y tú, ¿qué es lo que tú haces?» ¿Qué responderemos? ¿Osaréis por ventura decirles: «Yo hago mi fortuna...» ó bien, «yo vivo de mis rentas?» No, ¿verdad que no? Bien sentís que ese trabajo egoísta, esa vida reconcentrada en el *yo* no es nada honrosa. El Marqués de Rouillé lo sentía muy bien cuando se apresuraba á res-ponder, no lo que era para sí ó lo que hacía en provecho propio, sino lo que hacía por los otros, por su país, por su patria, por la socie-dad humana.

¡Cuántos, como el héroe de esa comedia, no pueden alegar más títulos á la consideración de los demás que el ser propietarios, capitalistas, electores, y, como único trabajo en favor de la sociedad, el enorme trabajo de echar en las urnas el pedazo de papel que contiene su voto!

Y bien; ¿basta esto para honrar á un hombre?

Me propongo contaros hoy la vida de un hombre de nuestro tiempo, puesto por la Providencia en el camino carretero de la vida humana, obligado como la mayor parte de nosotros á labrarse su posición y fortuna; sin dones exteriores, ni hermosura, ni elegancia, ni gracia, desmañado, irresoluto, enfermizo, luchando siempre contra un organismo corpóreo, débil y deficiente; no teniendo nada por lo que pudiera parecer predestinado á la fama, y muerto á los cuarenta años! ¡Y no obstante ese hombre ha legado al mundo un nombre gloriosísimo, inmortal: Federico Ozanam!

¿Porqué? Porque tuvo en su débil cuerpo dos fuerzas invencibles: el genio y la ternura, y para dirigirlas dos resplandores divinos: la fe y la caridad. No insistiré sobre el genio, porque os sería fácil decirme: «Yo no tengo talento, no tengo genio.» Dejaré pues á un lado la gloria literaria de Ozanam, sus trabajos, sus escritos, sus investigaciones y sus lecciones.

Pero, ¿cómo no tratar de la fe, de la ternura, de la caridad? ¿Quién no tiene alguna gota siquiera de esos raudales en su corazón? ¿Quién pues no podrá trabajar en agrandar el corazón en que Dios las deja caer á fin de endulzar nuestra vida?

Á esta cuestión nada tenéis que responder,

puesto que os voy á proponer á un semejante vuestro, de la misma carne y sangre que vosotros, en lucha con las mismas necesidades de la vida en medio de esta misma sociedad contemporánea, teniendo que valerse de las mismas armas de combate...

Veo que sus ojos os miran y que os preguntan: «¿Y tú qué haces?»

¡Ah, Señores! Si vuestra respuesta tiene algo de remordimiento, os suplico que tenga también mucho de resoluciones generosas. Si el pasado os obliga á bajar sonrojados los ojos... refugiaos en lo por venir y que se apodere de vosotros la rabia como del Marqués de Rouillé, la rabia del bien y del trabajo, la rabia, la nobilísima pasión de las grandes obras.

Vosotros, socios de San Vicente de Paúl, á quienes tengo la honra de dirigirme en estos momentos, vosotros á esa pregunta de Ozanam: «¿Y tú qué haces?» podéis dar una respuesta muy sencilla. Cada uno de vosotros le dirá: «Hago lo que tú hacías y lo que tú me enseñaste á hacer.»

Federico Ozanam nació en Milán, de una familia francesa, el 23 de Abril de 1813. Su padre tuvo que abandonar á Lyon por reveses de for-

tuna y trasladarse á Italia. Allí vivió con su mujer, lyonesa también, profesando la medicina, cuando Dios le dió á Federico, el quinto de sus hijos. Diéronle la bienvenida sus padres como se la dieron á nueve más que vinieron después, acogiéndolos como un presente de la divina Providencia, á quien dejaban el cuidado de lo por venir; como si fueran ricos, ó por decirlo mejor con una frase feliz de Fontenelle, como si fueran pobres.

En 1816 volvieron á restablecerse en Lyón, donde se deslizó la infancia de Ozanam entre los goces de la familia y las ocupaciones del Colegio Real, donde estudió humanidades. A los dieciséis años y medio era ya bachiller.

Prescindo de todo ese primer período de la vida, que no es el que más ejemplos suele ofrecer. Y, sin embargo, aun en él puedo afortunadamente señalar un como presagio y primer alborar algo indeciso de lo que llegará á ser un día nuestro Federico.

En Milán, estando un día de invierno bien abrigado en su camita, cuyo cobertor le había bordado su madre, acertó á pasar por la calle un pobrecillo de esos que limpian chimeneas lanzando al aire su quejumbroso grito: *Spazza cammino!* «Limpia-chimeneas!» Ozanam, que apenas sabía balbucear, agitó al punto sus

bracitos repitiendo las palabras: *Spazza cammino*, y tendió la mano hacia su madre en demanda de limosna para el infeliz deshollinador.

¡Hermoso don el que concede Dios á la infancia, de amar á los pobrecitos y compadecerse de lo que sufren! ¡Los corazones puros son tan buenos y tan tiernos y de una caridad tan ardiente! ¡Oh quién hubiera permanecido siempre niño, ó como decía tan bellamente Selgas:

¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

¡Mas si en la infancia de Ozanam no se delinean claramente todavía la misteriosa formación de su alma, contemplemos con atención á su madre!...

Hemos ordenado para la educación de los hijos instituciones muy complicadas: es una verdadera organización militar en donde se presentan en fila y con toda la subordinación imaginable, la nodriza, y la niñera, y el ayo, y el institutor y la institutriz, y el maestro y la maestra, y profesores, y regentes, y prefectos de disciplina, y prefectos de atrio y prefectos de estudios, sin contar, como coronamiento, con las

cuatro facultades togadas de nuestras seculares universidades.

Este ejército tiene su código, sus leyes, sus tratados pedagógicos, sus métodos y sus sistemas, y todo está tan bien previsto en su marcha y acción, todo tan razonado y discutido, que verdaderamente queda uno admirado y maravillado. ¡Cierto, el edificio es grandioso, magnífico!

Pero... ¿creéis vosotros que ahí es donde se forman los hombres? Apenas si se forman ahí la memoria y el entendimiento... ¿pero el corazón? ¡Ah, el corazón lo modela Dios por otras manos!

Volved la vista atrás, Señores, muy atrás tal vez, volveos á mirar vuestra alegre infancia. En el cielo de entonces aparece una mujer, bendita, amada, adorada. Hacia ella ha volado desde el fondo de vuestra cuna vuestra primera sonrisa: su nombre es el primero que han balbuceado vuestros labios; no hay otro más tierno, ni más dulce al corazón... Cuando se desvanece en el fondo de nuestra alma toda esperanza, todavía queda un anhelo á que asirse: el de volverla á ver y vivir amándola. Ella es la que ha formado vuestros corazones tales como son, ella, vuestra madre; y ella la que dió á Ozanam un corazón incomparable.

En ella brilla efectivamente la llama de cari-

dad, que más tarde estallará en Ozanam y le abrasará en un inmenso incendio de amor. Ella le dió á su hijo más que su carne y su sangre, pues no parece sino que le dió su alma.

Madre de catorce hijos, como os he dicho, sin fortuna, no contando para vivir más que con el trabajo de su marido, ¿no se os ocurre que le asaltarían frecuentemente los cuidados, las angustias, las incertidumbres y temores del mañana? ¿No se os ocurre que las ocupaciones y trabajos domésticos serían muy suficientes á llenar todo el día y que el cuidado de los suyos absorbería de tal modo su atención que no le quedaría ni tiempo ni lugar para pensar en los otros? Pues si así discurrís estáis en un error.

Yo veo á esta madre de familias dirigir durante casi toda su vida una obra conmovedora: *Las velas ó auxiliares de los pobres*. Una asociación de obreras, las cuales iban por turno de día y de noche á velar á la cabecera de los pobres enfermos y á cuidarlos, como lo hubiesen hecho las Hermanas de la Caridad.

Yo la veo, como preludiando la caridad de su hijo, visitar en sus domicilios á las familias indigentes y no cansarse jamás en esta obra de cariñosa abnegación.

Dejadme que á este propósito os cuente un episodio encantador.

Hacia el fin de su vida la señora Ozanam tenía gran dificultad en subir las escaleras, y si eran largas, á cada peldaño, y sobre todo en cada meseta, se veía obligada á detenerse y hasta á sentarse sofocada y palpitante para tomar aliento. Ahora bien; en Lyón los pobres habitan ordinariamente el quinto ó sexto piso. Como nada bastaba á detener su caridad, su marido intervino, y usando de su autoridad le prohibió formalmente subir más arriba del cuarto piso. Mas el Sr. Ozanam se iba también haciendo viejo y su salud le exponía á desvanecimientos. Ella pués antes de comprometerse, exigió de su marido la misma promesa en cuanto á las visitas que él hacía á sus enfermos. El anciano médico aceptó y se firmó el convenio. El marido fué fiel por mucho tiempo. Pero cierto día, visitando á uno de sus clientes, supo que más arriba había una pobre mujer desprovista de todo socorro humano, y que se moría y que le necesitaba. ¡Ah! vivía en un sexto piso!... El corazón luchó contra sí mismo, pero venció la caridad. Subió pués los dos pisos prohibidos, resuelto á no decir nada á su mujer... Llega... abre... la pobre moribunda estaba allí en su lecho, y á su cabecera, inclinada sobre ella y consolándola... la señora Ozanam, que había resuelto también no decir nada á su marido!

Y ahora os pregunto: ¿Es necesario buscar en otra parte que en tales almas el secreto de la gran alma de Ozanam?

¡Ahí está su verdadero origen y su verdadera genealogía!...

No era pues nada extraño que Ozanam amara apasionadamente á sus padres.

Escribiendo á un amigo le dice: «Tú no conociste á mi padre, pero ya me conoces á mí. Pues bien; si tu benevolencia para conmigo ha encontrado en mí alguna cosa que no te desagrada, á él, á sus consejos, á sus ejemplos lo debo» (1).

Y hablando de su madre escribe: «Mi madre era para mí una imagen viva de la Iglesia: me parecía la más perfecta expresión de la Providencia» (2).

Llegará más tarde una hora, hora terrible cuyo recuerdo doloroso amarga la vida, hora en que Dios le arrebatará su madre. Oigámosle entonces: «Nada más desgarrador que esta ausencia, nada más sombrío que esta soledad y este vacío que causa la muerte en nuestro

(1) *Lettres*, t. I, pág. 222.

(2) *Lettres*, t. I, pág. 318.

rededor; en los primeros momentos hasta el pensamiento de un consuelo es imposible y aun injurioso á nuestra tristeza. He sentido ese estado de ánimo, pero ha durado poco. Pronto se han sucedido otros momentos y he comenzado á presentir que no había quedado solo... Era como una seguridad de que no se me había abandonado; era como una compañía bienhechora aunque invisible; era como si su alma querida al pasar me hubiera acariciado con sus alas. Antes yo conocía los pasos, la voz, la respiración, el aliento de mi madre; y cuando un hálito tibio reanimaba mis fuerzas y penetraba en mi espíritu una idea virtuosa, ó conmovía mi voluntad un sentimiento saludable, no podía evitar el creer que era ella, siempre ella. Ahora, después de dos años, después del transcurso de tiempo que ha podido disipar los anteriores extravíos de una imaginación enloquecida, experimento siempre esto: hay momentos en que me estremezco todo y de súbito como si ella se me pusiera allí, á mi lado; hay, sobre todo, momentos en que siento más necesidad que nunca de las maternas y filiales comunicaciones de los dos... y lloro más quizás que en los primeros días, pero se mezcla á mi melancolía una paz inefable. Asimismo, cuando soy bueno, cuando he hecho algún bien á los

pobres que ella amaba tanto, cuando estoy en paz con Dios, á quien ella tanto ha servido, veo que ella me sonríe desde lejos.   veces cuando oro, pareceme oír su oración que acompaña   la mía, como lo hacíamos juntos al pie del crucifijo. En fin, con frecuencia—esto no lo dir  á nadie más que   t —cuando tengo la dicha de comulgar, cuando el Salvador se digna visitarme, pareceme que ella penetra detrás en mi pobre corazón, como tantas veces le seguía al ser llevado por viático   la vivienda de los pobres. Y entonces tengo una firme creencia en la presencia real de mi madre cerca de mí (1).

Nada os he dicho, Señores, de la infancia de Ozanam y, sin embargo, creo que vosotros adivin is lo que debió ser en el hogar paterno y el flujo y reflujo de amor que iba del corazón del padre y la madre al corazón del hijo y vice-versa. Entiendo muy bien el culto del hijo, el santo orgullo del padre y lo que sentiría la madre, cuando encontrándose viuda y cayendo de rodillas delante del divino Crucificado, gritaba: « Oh, Dios mío! qué desgraciada soy!... mas, sin embargo,  cu ntas bendiciones os doy por haberme dado tal hijo! »

(1) *Lettres*, t. II, pág. 13.

Mas tiempo es ya de estudiar á Ozanam como hombre. Aunque ¿he dicho bien? Ozanam á los dieciséis años y medio era ya bachiller... ¿Pero á esa edad puede uno llamarse hombre? Vosotros juzgaréis.

Al acabar las humanidades y antes de emprender los cursos de derecho, Ozanam entró, por disposición de su padre, en calidad de pasante ó escribiente, en el bufete de un abogado de Lyon, donde pasó dos años enteros. ¡Dos años, copiando minutas y extendiendo actas! precisamente en una edad en que el corazón y la imaginación se desbordan, y más en él tan apasionado por la poesía y la literatura, por las musas y por lo ideal!

Mas ese trabajo mecánico, de esclavos ó de escribientes, afortunadamente no le ocupaba todo el día. Tenía libre la mañana y la noche; y entonces echaba sus escapatorias por donde le arrebatava su natural, lleno de juventud y de bríos... ¿Y á dónde volaba entonces su hermosa alma? ¡Ah jóvenes, oíd, oíd con atención! Volaba al trabajo, á un trabajo más agradable sin duda, más deseado, más acomodado al

temple de alma de su carácter, pero al trabajo siempre.

Durante esos dos años aprende la pintura, y el alemán, y el hebreo y el sánscrito; escribe un poema épico en versos latinos, envía artículos literarios á una revista mensual de Lyón, y, habiendo llegado allí como á otras partes el San-simonismo con sus heterodoxas predicaciones, sus nuevas doctrinas y delirantes ensueños, escribe, para refutarlo, un buen libro que le mereció á los dieciocho años las felicitaciones de Lamennais y de Lamartine.

Quizás á esta edad y quizás, apoyados sus codos en el negro pupitre en que se acumulaban unos sobre otros los cartapacios de su amo el abogado, concibió Ozanam lo que él llamaba «la gran obra de su vida.» Su título era: *Demostración de la Religión católica por la antigüedad de las creencias históricas, religiosas y morales.* Consignó el orden y el encadenamiento de los asuntos y las ideas... «¡Oh!—le escribía á uno de sus amigos—no es un ensueño de joven, no, es un pensamiento fecundo depositado en el fondo de mi alma para desarrollarse y germinar sin interrupción y florecer después á vista de todos bajo una forma magnífica. En esto está cifrado mi porvenir, mi vida entera. Á este punto convergen todos mis pen-

samientos, todos mis proyectos, todos mis ensueños, y puesto que desees que te trace el plan, helo aquí» (1).

Y á renglón seguido escribe muchas páginas, en las que los perfiles de sus ideas se dibujan con una precisión y nitidez perfectas. Más tarde llegará á escribir: «Ha llegado el momento de cumplir á Dios mis promesas hechas á los dieciocho años.»

Si me preguntáis cómo había penetrado en la mente de aquel joven un plan tan grandioso, os responderé que había tenido su origen en el seno de una tempestad. Ozanam sufrió también la tortura del mal que ha corroído en nuestros días tantas inteligencias: la duda.

La crisis fué corta, pero dolorosa, y cuando después de la negrura del cielo y de la tormenta volvieron á resplandecer los rayos de la fe, la idea de ese libro brotó de su corazón como un himno de gratitud. Pero había sufrido, y el recuerdo de su sufrimiento no se extinguía jamás. Por eso conservaba para con los que devoraba el mismo mal, compasiva ternura. Juzgando de su estilo en la polémica, dice Lacordaire: «Más que acusar ó acriminar, lamenta, perdona en vez de condenar, y siempre invencible detrás

(1) *Lettres*, t. I, pág. 15.

de su escudo, no esgrime la espada con toda la energía de que se siente poseído, temeroso de ocasionar la muerte á algún alma que pudiera vivir aún.»

«¡Ah!—decía el mismo Ozanam—se me acusa de que trato con demasiada indulgencia y dulzura á los que no tienen fe; cuando uno ha pasado por los suplicios de la duda, tiene por crimen tratar con dureza á los infelices á quienes Dios no ha concedido la gracia de creer.»

La vida de Ozanam no debía encerrarse en el estrecho despacho de un bufete de abogado.

Aquel joven pasante (leguleyo) á quien se veía ir pensativo por las calles de Lyon, ó bien distraído ó absorto en la lectura de algún libro, tropezando con los transeuntes; aquel joven desmañado, un poco salvaje, que no salía de la casa paterna más que para irse á sepultar en una biblioteca entre los libros, arribó un día al *maremágnum* de Paris, en donde se proponía estudiar derecho. Su madre le había proporcionado allí, en aquella gran ciudad, una habitacioncita de alquiler.

Apenas llegó, se apoderó de su alma una tristeza indefinible:

«Se me ha ido mi alegría— escribía á su madre—heme aquí solo, sin distracción, sin consuelo alguno exterior; siento hondamente todo el vacío, toda la tristeza de mi situación actual. Yo, tan habituado á las íntimas y familiares conversaciones, yo, que experimentaba tan dulce placer en volverme á encontrar cada día rodeado de todos los seres que me son tan queridos, que tenía tanta necesidad de consejo y de aliento, he aquí que me hallo arrojado sin sostén, sin punto de apoyo en esta capital del egoísmo, en este turbión de pasiones y de errores humanos. ¿Quién se interesa por mí?... Mi alma no puede desahogarse más que con V. y con Dios infinito en bondad» (1).

Y Dios velaba sobre aquel alma.

Entre las cartas de recomendación que Ozanam llevó á París, había una para Ampère, el gran Ampère, ante el cual nos descubrimos con veneración, como delante de un creador y de un incomparable maestro.

¡Ah! Señores, os dicen que la ciencia seca... pues bien, leed la vida de Ampère, leed sus cartas, leed al ménos las admirables páginas que le ha dedicado un matemático como él, Felipe Gilbert, de la Universidad de Lovaina, y

(1) *Lettres*, t. 1, pág. 23.

veréis los tesoros que pueden encerrarse en el corazón de un sabio religioso y cristiano.

Llega Ozanam á casa de Ampère, con su natural timidez, turbado y desmañado como siempre. Ampère le recibe, le interroga, le oye, lee en el fondo de su alma á través de sus grandes ojos negros, y empieza á interesarse por él y á amarle.

Sin duda Ozanam le habló de su habitacioncita, de su madre ausente... Súbitamente Ampère se levanta de su asiento, le toma por la mano, le conduce por los pasillos de la casa, y, abriéndole la puerta de un cuarto todo lleno de sol, le dice: «Yo le ofrezco á V. hospedaje y mesa en mi casa por el mismo precio que en su casa de huéspedes: sus gustos y sentimientos son los míos. Trabará V. amistad con mi hijo; mi biblioteca estará á su disposición. ¿Come V. de vigilia? Nosotros también. Mi hermana, mi hija y mi hijo comen conmigo; ellos serán su familia. ¿Qué le parece á V. de estos planes?»

Ozanam se arrojó al cuello de Ampère abrazándole cariñosamente. Ya no estaba solo en París.

Ampère cuidó de él como de su hijo, y por la noche, el grande hombre, para distraerse de los cálculos y problemas del día, de las cifras de su análisis y de toda la magnífica teoría

electrodinámica que estaba entonces elaborando, por la noche, digo, llamaba á su lado á Ozanam, y apartando lejos los grandes rollos de papel en que se iban desenvolviendo sus descubrimientos, hablaban de Virgilio y de Homero, de Racine y de Corneille. Á veces sus pensamientos volaban mucho más altos aún, como aquel día en que, contemplando las maravillas de la naturaleza, el anciano sabio oprimió de súbito con ambas manos su frente y, levantándola después como iluminada por aureola celestial, exclamó: «¡Qué grande es Dios, Ozanam, qué grande es Dios!...»

Estos fueron los auspicios con que empezó Ozanam su carrera de abogado en París.

En 1836, el mes de Abril, defendió su tesis de doctor. Comenzó á ejercer la abogacía, pero los tribunales no le agradaban gran cosa, y solicitó y obtuvo una cátedra de derecho mercantil en Lyon.

En 1840 fué llamado á París para suplir en la clase de literatura extranjera á M. Fauriel, y en 1844 le sucedió definitivamente en el título y en el cargo.

El 8 de Setiembre de 1853 murió.

Toda la vida oficial de Ozanam está entre esas dos fechas: 1836-1853... diecisiete años.

Os he prometido no extenderme sobre sus trabajos literarios: solo os diré una palabra que copio de un maestro.

«Nada—decía M. Villemáin—nada ha sobrepujado á la fiebre por el estudio, al esfuerzo de aplicación y de inventiva juntamente que devoraba á Ozanam y de la que se conservan las huellas en sus escritos. Lenguas antiguas y modernas, del mediodía y del norte, historia de todos los tiempos, literatura clásica y extranjera en todos sus grados, ciencia del derecho eclesiástico y civil, estudio de las artes; todo lo había abarcado con trabajo metódico y no obstante inspirado, cuyos ecos, por decirlo así, se repiten en su vasta memoria y en su inteligencia siempre excitada. Estos fenómenos que aparecieron en su origen, fueron agigantándose á medida que se extendían á más. Su tesis sobre Dante, trabajo superior, pero desigual, quedó como eclipsado por la erudición y el estilo de sus estudios acerca de los Germanos; y estos dos preciosos fragmentos no eran, en su concepto, más que ensayos de la gran obra en la que quería condensar la ruina y la muerte del mundo antiguo, y, naciendo de la fermentación de sus restos, las modernas sociedades como una tierra inmensa y nueva que él veía renovarse, reanimarse y embellecerse á

la luz de las verdades cristianas, á las que él mismo se asía con profunda fe y apasionado corazón.»

«... El libro que coronaría hoy *La civilización en el siglo V*, nos muestra en la enseñanza superior á un nuevo orador, á un escritor más, infundiendo alma al estilo por medio de la palabra y elevando los vuelos de la palabra por medio de los más felices secretos del arte; ese libro es el testamento de su alma, publicado por la diligencia del célebre maestro J. J. Ampère, émulo de Ozanam y su guía en el ardor y variedad de los más nobles estudios.

»Tan sabio como natural, lleno de un solo pensamiento fundamental y resplandeciendo con miles de recuerdos, exacto y hermo­seado con ilusiones fascinadoras, ese libro, compuesto de veinte lecciones y algunas notas, es una obra maestra de literatura y de gusto. Levanta la crítica á la altura de la elocuencia, y concibe la misma elocuencia y la busca y la encuentra en las regiones más elevadas, en el ideal que jamás muere, ó más bien, que renace sin cesar, en el instinto natural del alma conmovida por lo bello y lo divino, por las únicas grandezas de aquí abajo, la virtud, la libertad, la ciencia, y por las grandezas de allá arriba, las que nos prometen la fe y la esperanza cristianas.»

Así juzgaba Villemáin á Ozanam en uno de los actos más solemnes de la Academia francesa.

Guizot había trazado del mismo este retrato en líneas severas y agradable colorido: «Era el modelo del literato cristiano, digno y humilde cuando saboreaba con ternura los goces puros de la vida, se sometió suavemente á la muerte que tardaba en llegar, y fué apartado de las más santas afecciones y los más nobles trabajos demasiado pronto según el mundo, pero maduro ya para el cielo y para la inmortalidad.»

¿No os parece, Señores, que tales testimonios y en labios tan autorizados nos están diciendo bien claramente que, aunque tan breve, la vida de Ozanam fué llena y fecunda?

Y sin embargo, Señores, todo eso, todas las lecciones de su cátedra, todos sus trabajos, sus libros, toda su gloria literaria nada es en comparación de lo que os voy á decir...

Os he indicado hasta aquí al Ozanam oficial, al Ozanam profesor de la Sorbona. Ved ahora al Ozanam cristiano.

Cuando se apodera de un corazón el amor de las almas, le inflama, le abrasa, le consume y no le deja descansar un punto; necesita trabajar de día y de noche y siempre necesita pe-

netrar por todas partes y salvarlos á todos... «He venido á traer fuego á la tierra, dijo Cristo Jesús, ¿y qué he de querer sino que arda?»

Ya cuando trabajaba en el bufete del abogado de Lyon se había tropezado Ozanam con compañeros que le inspiraban mucha tristeza; abandonados á todas las intemperancias de las pasiones juveniles, prematuramente impíos, les había oído expresarse en su lenguaje impudente, al que no ponía trabas ni la edad ni la experiencia, jactándose de su libertinaje y sus blasfemias y vanagloriándose altaneros de su propia ignominia. Ozanam los detiene, les responde, les avergüenza, les hace enmudecer y les obliga á respetar y venerar en su persona la virtud y la fe.

En París, al comienzo de sus estudios, oye á profesores racionalistas que se burlan de la revelación cristiana, entre los cuales se contaba Jouffroy. Ozanam se levanta y respetuosa, pero varonilmente, sale en defensa de Jesucristo; atronadores aplausos cubren sus últimas palabras, y los maestros de filosofía retroceden disimulando malamente su derrota.

Mas estos combates aislados le parecen á Ozanam poco para asegurar á su fe la victoria. Con un núcleo de compañeros forma un círculo al cual denomina Conferencia de Historia. Allí

habla el presbítero Gerbert cada ocho días de la Iglesia. Á la tercera semana la sala no puede contener al auditorio: menester es buscar en otro lado donde dar acogida á la multitud de jóvenes que ansían oír una voz elocuente y cristiana. Ya no habla solamente el presbítero Gerbert, sino también Ozanam y sus nuevos compañeros de armas: admítense las públicas objeciones; aquello es una justa, un torneo donde, frente á frente contra el error, la verdad lucha y triunfa.

Pero esto no basta, porque la muchedumbre de los oyentes aumenta sin cesar. Ozanam, Lallier y Lamarche se presentan al Obispo de París, el venerable Mons. Quelén, y le piden conferencias para la juventud en la iglesia de Nuestra Señora. Monseñor les recibe afablemente, los escucha, se conmueve, los abraza y exclama: «Sí, tengo el presentimiento de que algo grande se prepara y de que Dios nos va á conceder una brillante victoria.»

Mas ¡ay! el anciano Obispo, formado á la antigua, no se hizo bien cargo del pensamiento de aquella juventud, y no concibiendo la predicación evangélica más que bajo la forma tradicional, les dió siete predicadores muy correctos y atildados que pronunciaron en el día y hora fijados cada uno un discurso muy mesurado,

perfectamente dividido y subdividido, y cuyas palabras y pensamientos tirados á cordel y con su peso y medida hubieran enajenado de admiración y causado las delicias de los retóricos del gran siglo. Pero la empresa falló: la gente no acudió ó la que fué se volvió como vino. Ozanam, empero, no se descorazonó lo más mínimo.

Vuelve á ver á Monseñor, se esfuerza por darle á entender las necesidades presentes y los caminos que conducen al remedio de las almas; se ingenia para vencer las repugnancias, recelos y vanos temores, é insiste y suplica: durante un año entero remueve los corazones y las voluntades. Siente que la causa que defiende es la causa de Dios y nada le cuesta trabajo, ni las idas y venidas, ni las negociaciones lentas y penosas, ni los ruegos, ni la misma diplomacia.

Al finalizar el año... por fin, en aquella vieja catedral de Nuestra Señora de París, delante de sus muros como atezados y bruñidos por el tiempo, que habían visto desfilas tantas revoluciones y tantos siglos y que parecían estremecerse como si fuera á nacer una revolución y un siglo nuevo, delante de Mons. Quelén pálido y trémulo por el temor, delante de millares de hombres reunidos allí de todos los puntos de la gran ciudad, llevado en hombros, si así puedo

decirlo, llevado en los hombros de la juventud palpitante y triunfante, subía al antiguo púlpito, que parecía temblar conmovido, el gran Lacordaire!

Lacordaire, Ravignán, Felix, Monsabré...

¡Ah, Señores! enmudezcamos. ¿Qué podré yo añadir á la enumeración de esos nombres y al esplendor de sus obras?

Basta á mi intento señalaros la parte que de esto cabe á Ozanam y la gloria que esos nombres reflejan sobre su vida.

Del seno de la Conferencia de Historia han brotado las Conferencias de Nuestra Señora, y han salido esas comuniones pascuales de seis mil hombres, que han admirado al mundo y detenido por mucho tiempo el brazo de Dios, presto á vengarse de Francia.

La historia reclama para sí otra inspiración de Ozanam.

Estábamos en 1848. La revolución sublevaba á París. Llamado Ozanam por la voz imperiosa del deber, había vestido el uniforme de la guardia nacional y había ido en su hora de servicio á hacer de centinela y á recorrer en patrullas las calles. Silbaban en sus oídos las balas, balas cobardes que partían de detrás de las barrica-

das ó detrás de los muros: «¡Qué momento — escribía — qué momento más terrible cuando uno abraza á su mujer y á su hijo, pensando que quizás es por última vez!» (1).

De pronto ilumina su frente una idea y parte, acompañado del Sr. Cornudet y del Sr. Bailly en busca del Arzobispo. Ya no era Mons. Qué-lén el de la blanca cabellera, era Mons. Affre en todo el vigor de su valiente y generosa juventud.

Expónele un proyecto grande, magnánimo, sublime: «Esa misma idea me persigue obstinadamente desde ayer — responde el Arzobispo, — tenéis razón, quiero seguiros.» Y muy pronto vuelve á presentarse con sotana negra. «No, Monseñor, la sotana morada es la que se necesita y la cruz pastoral bien visible sobre el pecho.» — «¿Creéis que eso será mejor? Pues bien, voy á ponerme el traje de Obispo.»

Momentos después el Obispo, acompañado de Ozanam y sus amigos, avanza á través de las calles ensangrentadas. El general Cavaignac, admirado de su heroísmo, le concede sin vacilar la promesa del perdón para los insurrectos, con tal que rindan las armas; Monseñor sube con paso rápido y animoso á las barricadas del barrio de San Antonio con un ramo verde en

(1) *Lettres*, t. II, pág. 240.

las manos... Llegado á lo más alto, extiende el brazo en señal de paz... Ya sabéis lo demás: una bala que partió de una ventana le atravesó el pecho. Desplomóse en tierra, lanzando al morir este grito: «¡Oh, que sea al ménos mi sangre la última que se vierta!»

He dejado para lo último la obra maestra de Ozanam, la que fué el centro de su vida y que, ella sola, bastaría á inmortalizar para siempre su nombre. Mas para hablaros de su origen tengo que tomar el agua de más arriba.

Dejemos hablar á Ozanam cuando apenas daba comienzo á sus estudios de derecho:

«Entre nuestros condiscípulos había quienes eran materialistas, otros sansimonianos, algunos partidarios de Fourier y hasta otros alardeaban de deístas. Nosotros que nos preciábamos de católicos, si bien nos esforzábamos en recordar á aquellos pobres ilusos las maravillas del cristianismo, trabajábamos en vano.

«Perfectamente, nos decían, si os referís al tiempo viejo. No hay duda que entonces el cristianismo obraba maravillas; pero hoy, pasado ya de moda, está condenado á muerte. Y si no, vosotros mismos que os gloriáis de ser católicos, ¿qué es lo que hacéis? ¿qué obras practicáis que

vengan á demostrar que tenéis fe y sirvan para que nosotros la respetemos y admitamos?»

Tenían razón y nosotros teníamos bien merecida la repulsa. Debido á ella fué el que dijéramos: «manos á la obra, que nuestras acciones estén en armonía con nuestras creencias. Pero ¿qué vamos á hacer? qué obra emprender para demostrar que éramos católicos verdaderos? ¿qué? Lo que es más del agrado de Dios Nuestro Señor: amar al prójimo y socorrerle como lo hacía Jesucristo y poner nuestra fe bajo el amparo de la caridad.»

Al salir una vez de la Conferencia de Historia fué cuando asaltó esta idea á Ozanam: en el umbral de la puerta encontró á su amigo Tuillandier, se la comunicó y aquella misma tarde fueron los dos juntos á casa de un pobre á llevarle el resto de la provisión de combustible que tenían para el invierno.

Algunos días después, en una habitación de un estudiante de derecho, el jóven Serre, reuniéronse los amigos de la Conferencia de Historia: expúsose el pensamiento de Ozanam, controvertióse y aprobóse.

Una voz exclamó: «¡Formemos una Conferencia de Caridad!» Y todos respondieron á una voz: «¡Sí, formemos una Conferencia de Caridad!»
Y así se hizo.

Señores, las Conferencias de San Vicente de Paúl acababan de nacer.

Se fué á pedir consejo á Sor Rosalía, y ella señaló los primeros pobres que se debían visitar y socorrer.

Aquellos jóvenes eran ocho, de los cuales uno solo tenía poco más de veinte años. Era en 1833. Al fin del 34 el total de las limosnas distribuídas fué 2.485 francos y 80 céntimos. Veinte años después los asociados eran 3.000 en Francia, en Alemania, en Bélgica, en Dinamarca, en España, en Grecia, en Inglaterra, en Italia, en Suiza, en Turquía, en Asia, en África, en América y en Australia.

Yo no sé cuantos son al presente; pues ha habido un tal Persigny que ha puesto su impura lengua en esta obra santa y después de estas cifras se ha guardado silencio. Mas el mismo año en que recibía sus rudos golpes, es decir, en 1855, había distribuído en limosnas 3.123.883 francos. En 1875, las limosnas fueron 6.040.884 francos; en 1885, 9.398.544 francos. He recibido hace poco comunicación del estado de cuentas de 1886. En 1886 las Conferencias de San Vicente de Paúl han dado á los pobres 9.511.717 francos.

He ahí la obra de Ozanam: ¡permittedme que me detenga y que la contemple!

La caridad no es la limosna, la caridad es más. Es la entrega de uno mismo por amor al prójimo.

Fundar pués una Conferencia de Caridad no fué pués en la mente de Ozanam fundar una especie de caja de ahorros, sostenida por las colectas individuales de los asociados y de donde sacaran los pobres un socorro muy real seguramente, pero muy frío y muy deficiente. No, lo que él quiso crear fué una sociedad llena de vida y de espíritu cristiano que repartiera ciertamente el oro entre los necesitados, pero que ante todo y sobre todo les comunicase luz y amor

Investigad lo que faltaba en aquel entonces á las clases desheredadas, á los pobres, á los miserables, y descubriréis tres cosas cuya penuria les consumía: les faltaba pan, les faltaba fe y les faltaba, de la parte de los demás, consideración, respeto y amor.

¡Pan! Era tan extrema la necesidad de alimento pintada en sus macilentos y pálidos semblantes, eran tan desgarradoras sus quejas que hasta la beneficencia oficial, esa máquina, tan impasible de ordinario, tan cruel y bárbara á veces, esa divinidad de mármol, sin corazón y sin lágrimas, se había llegado á conmover, y simulando benévolas sonrisas había balbuceado

en los talleres nacionales algunos argumentos escolásticos en favor del derecho al trabajo.

La beneficencia oficial esperaba salvarlo todo, si aseguraba 60 céntimos por semana á cada par de brazos vigorosos. ¡Como si de solo pan viviera el hombre!

Faltábales á los pobres la fe. Esto no desagradaba á los politicastros de entonces. Parecíales la desaparición de la fe cosa deseable en una sociedad que se jactaba de proceder de la Razón pura, que no quería apoyarse más que en ella, y que juzgaba á las leyes humanas bastante poderosas para poner el derecho y el orden moral á cubierto de las desbordadas pasiones y de las concupiscencias insaciables. Los mismos gobernantes iban despojando al pueblo de sus creencias seculares, persuadidos de que la propagación de su impiedad personal era una obra digna de la civilización y el progreso.

Una caricatura alemana que me hizo sonreír cierto día, representa á un leñador aserrando una rama de árbol, sobre la cual está él mismo sentado á horcajadas. ¿Por ventura no es esa la imagen de esos gobernantes á la moderna? ¿Cómo queréis que el pueblo se someta á las duras necesidades que le impone su condición social, sin fe religiosa, sin esperanza, sin resignación?... Bien necio sería si no atisbara el mo-

mento propicio de apoderarse de todo lo que le falta y lograr que se cambien los papeles. ¿Qué título puede alegar la sociedad para prohibírsele? ¿La fuerza? Es verdad... Pero si acaeciera—lo que no es tan difícil, lo que ha sucedido no lejos de nosotros—si acaeciera que él llegara á ser el más fuerte, que él tuviese en su poder la fuerza... ¿Qué restaría entonces? ¡Nada! ¡Ah, Señores, cuántos leñadores asierran hoy la rama del árbol que los sostiene sobre el abismo!

Faltaba á los pobres de parte de los demás consideración, respeto y amor. En las constituciones y programas gubernamentales había gran abundancia de declaraciones conmovedoras de igualdad y de fraternidad humana. ¡Ay! palabras huecas y frases hechas nada más. Había charlatanes tribunicios que en las asambleas cantaban ditirambos al obrero y al miserable; mas si al salir de la reunión el paño fino de su abrigo se rozaba ligeramente con la azulada y tosca blusa del obrero, limpiábanlo á toda prisa con su mano enguantada como si se hubieran manchado con algún objeto impuro.

Una ojeada bastó á Ozanam y á sus ocho compañeros para verlo todo y comprenderlo todo; y por eso esculpen en el frontispicio de su obra... ¿Qué? ¡vamos á ver!... ¿La limosna?

No. ¿Una cuota, un impuesto, un tributo anual?... mucho menos. ¿Qué pués, Señores?... ¡La visita personal al pobre, el don de sí mismo al pobre! Á esto llamo yo cortar la dificultad de un tajo, pero de un tajo de mano maestra.

La visita, en efecto, no va sin la limosna; nada conmueve tanto el corazón como la vista de la miseria presente, y cuando el corazón se conmueve, hasta las manos más apretadas y tenaces se entreabren y dejan caer el oro. Este es el primer remedio á la primera necesidad del pobre, á la que he llamado la falta de pan. Y la visita, ya de suyo, respondía á la tercera. Porque ¿visitar al pobre no es acaso darle ya la consideración, el respeto y el amor que se le debe, ese triple alimento de su corazón de hombre?

En cuanto á su falta de fe, decidme si en los tiempos presentes el alma cristiana puede dejar de ser apóstol y de difundir en su derredor las claridades que la iluminan.

¿Y ese don de sí mismo hecho al pobre y en nombre de Jesucristo no es una predicación y la más elocuente y persuasiva de todas?

La obra por excelencia de Ozanam son las inmortales Conferencias de San Vicente de Paúl. Cincuenta y cinco años hace que se fundaron,

y siendo así que las sociedades cambian en medio siglo, y aun ménos les basta para envejecer y morir; decidme si en presencia de nuestras necesidades actuales, de la situación social de hoy, tan agitada, tan vacilante, tan próxima á los más grandes cataclismos y á las más espantosas ruinas, decidme si conocéis para defendernos y salvarnos, una obra, una sola, no pido más que una, que se acerque ni siquiera á esta.

La busco y no la encuentro; y otros la han buscado en balde como yo... Para honor de mi país, digo aquí con santo orgullo, que este mismo año los talentos más eminentes conspirando á un mismo nobilísimo fin, han estudiado y sondeado este gran problema; han empleado en él una generosidad de corazón y una alteza de miras verdaderamente admirables, han propuesto, finalmente, leyes dignas de loa. Mas por la misma fuerza de las cosas, no han sabido atacar el mal en su raíz más honda y cruel.

No lo olvidéis; vosotros no resolveréis la crisis social únicamente mejorando la condición material del obrero y del pobre, ni aumentando su jornal, ni pertrechando su vejez contra la miseria y el hambre. Cierto, todo esto es excelente; son calmantes de la dolencia: una inyección de morfina que adormece el dolor. Pero esto no basta. ¿Sabéis qué se necesita? Acercar más,

mucho más el corazón del rico al corazón del pobre, á fin de que se conozcan y se amen. Eso es precisamente lo que pretendía Ozanam y lo que realizaba, y lo que después de él hacéis vosotros mismos, socios de San Vicente de Paúl, lo que todos, Señores, todos, para ser verdaderamente católicos é hijos de los actuales tiempos, todos deberíais hacer.

Sin duda que el pensamiento y el plan de Ozanam fué ante todo religioso. «Pongamos—había dicho—pongamos nuestra fe bajo la salvaguardia de nuestra caridad.» Pero su obra fué al mismo tiempo social, pues también decía él: «Lo que nosotros queremos es reconciliar, por medio de la caridad, á los que no tienen lo bastante con los que tienen demasiado.»

Él había hasta querido á los principios que su obra fuese puramente laica, lo cual no dejó de originar algunas dificultades en una época en que apenas se entendían las buenas obras sino bajo la forma de cofradías ó congregaciones.

Ya os he manifestado cómo concebía Ozanam la caridad bajo su forma verdadera: la entrega de sí mismo. Ese entregamiento cuando parte de un corazón abrasado en el amor de Cristo no tiene más que una medida, á saber: la necesidad de aquellos á quienes se ofrece. Por eso Ozanam lo abarca todo en su obra. En

su vida leo la enumeración de las obras secundarias en las que se interesan ó toman parte las Conferencias, y me vais á permitir que os lea la lista:

Casas-cunas ó salas de asilo.

Patronato de huérfanos.

Colocación de niños pobres en casas de labradores.

Patronato de obreros, y preparación de niños para la primera comunión.

Patronato de los jóvenes saboyanos; patronato de aprendices.

Patronato de niños en los talleres.

Instrucción para los jóvenes.

Patronatos de menestrales y obreros.

Propagación de la instrucción cristiana entre los soldados de la guarnición; bibliotecas.

Abogados de pobres.

Instrucción de los pobres, reunión de la Santa Familia, almanaques, escuelas de adultos.

Mendigos, pobres vergonzantes, refugiados.

Viajeros emigrados.

Visita de cárceles, auxilio á los condenados á muerte.

Visita de hospitales, asilo de ancianos, socorro de los moribundos y funerales de los pobres.

¡Ah! el pobre es amado en la cuna, amado

en la vida, amado en la muerte. ¿Hay algún hueco en esta serie? ¿Falta algún eslabón á esta cadena?

Ese don, esa entrega de sí mismo tan amplia, tan extensa, la deseaba Ozanam exenta por completo de los menores resabios de egoísmo. ¿Qué cosa más natural, Señores, para aquellos jóvenes católicos que no pensar en socorrer más que á los correligionarios? Ozanam, sin embargo, no lo entendió así, porque eso vendría á ser en cierto modo no ayudar más que á los *suyos*. Bastaba para él que un pobre fuese pobre; esta marca de la pobreza le era muy bastante para reconocer la fisonomía de Jesucristo en aquel desgraciado, aunque fuese increíble, aunque fuese impío.

Una de las formas de que se reviste el egoísmo es la de no entregarse en beneficio de otros si no son afectos ó agradecidos... La verdadera caridad se da á sí misma sin reparar mucho en si puede ó no ser engañada. Sin duda que es perfectamente legítimo y racional defenderse contra los bribones y timadores y ponerse en guardia contra sus ardides: *Sed... ne quid nimis*, pero no hay que extremar las precauciones. Desconfío de los prudentes que jamás caen en la emboscada: vehementes sospechas tengo de que no se exponen mucho al peligro; preciso

es estar muy lejos de las balas para no salir en el combate ni con la más ligera rozadura.

Un día, un italiano — parece que los italianos pobres presentan en todas partes caracteres muy parecidos — un italiano, digo, á quien Ozanam había socorrido y protegido y que había abusado indignamente de su protección y de sus socorros, osó presentarse á él. Ozanam le recibió muy fríamente y le despidió con cajas destempladas. Mas apenas le había cerrado la puerta, sintió remordimientos: tira la pluma, coge el sombrero y corre en pos del pobre hombre. Le alcanza, se excusa, le pide perdón y le entrega una buena limosna. Después le estrecha la mano y le despide con el saludo usual con que respetuosa y cariñosamente se despedía de sus pobres: ¡Servidor vuestro, amigo mío!

Y como no faltara quien desaprobase su conducta: «No hay que desesperar á los hombres, respondía. No hay derecho para rehusar un pedazo de pan ni aun al malvado más vil... ¡Qué sería de nosotros si Dios fuera inexorable!»

Bien quisiera, Señores, relataros aquí todos los rasgos de caridad de que Ozanam ha sembrado profusamente su vida; pero me es imposible. Únicamente voy á responder á una pregunta que sin duda os habéis hecho. ¿Cómo Ozanam, casi sin fortuna, y que aun en las me-

jores épocas de su vida estaba reducido á la menguada asignación de un profesor, cómo salía adelante con tan generosas larguezas?

Por un secreto muy sencillo que propongo á vuestra meditación. Oíd bien.

Ozanam tenía dos cajas, la de los pobres y la suya. Á cada cobro de dinero que le venía periódicamente, ya se sabía, en aquel mismo punto y hora y como ley irrevocable que se había impuesto por regla de su vida, apartaba una décima parte para la caja de los pobres y lo restante para la suya. Jamás, jamás, ¡hubiera preferido antes morir! jamás se transfería un céntimo de la caja primera á la segunda, pero la transferencia en sentido inverso sí era admitida.

Tiene á este propósito en su vida un rasgo magnífico.

Tenía costumbre, en año nuevo, de visitar ante todo á sus pobres y muy de mañana. Entonces era cuando les llevaba sus aguinaldos. Un día, en 1852, al girar su visita se encontró con una familia, el padre, la madre, los hijos, todos llorando. Aquellos desgraciados habían llegado á tal extremo de miseria que habían tenido que desprenderse de su último mueble: de

su cómoda, estrenada en el día de la boda, y llevarla al Monte de Piedad. Y agotados los recursos de este último préstamo el hambre los atormentaba.

Ozanam dispuso que le llevaran pan, y les dió una limosna; pero vuelto á casa, el recuerdo de aquella pobre familia le perseguía: abre la caja de los pobres... ¡estaba vacía!... Cuéntale á su mujer lo que pasa, y le dice que había tenido el pensamiento de desempeñar y sacar del Monte de Piedad la cómoda de bodas y dársela como aguinaldo á aquella pobre familia. Disuadióle su mujer con muy buenas razones... Era año nuevo, llovían las peticiones y felicitaciones interesadas del cartero, del portero, de la modista, etc., etc., y si la caja de los pobres estaba vacía, lo que es á la suya le faltaba poco. Ozanam se dió por vencido, pero durante todo el día no pudo desechar de sí la tristeza.

Hicieron marido y mujer las visitas oficiales de costumbre. Al volver á casa Ozanam encontró á su hija sonriente en medio de sus juguetes y sus muñecas. Dió un salto la niña para colgarse de su cuello, y él la besó preocupado: la niña le ofreció caramelos. — No, querida mía, no puedo — dijo Ozanam saltándosele las lágrimas. — Pero, ¿qué tienes? — dijo reparando en ello su mujer. — Nada — replicó dulcemente. —

Nada, ¡y estás llorando!—¡Ay! es que pienso que nuestra niña es tan dichosa y los de esta mañana... —Ya te entiendo—repuso su mujer.—¡Vamos, anda y devuélveles su armario!

Y sin perder un momento, aquella misma noche corre á desempeñar aquel mueble, acompaña á los que le llevan hasta la casa de aquellos infelices y vuelve á la suya dichoso por el bien que había hecho, dispuesto á sonreír y abrazar á su hija.

Tal era el corazón en que germinó la primera idea de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Yo quisiera, Señores, poner delante de vosotros á un lado los siete grandes volúmenes que forman la gloria literaria de Ozanam y al otro un librito, mejor diré, un opusculillo donde están impresas la reglas de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Había muerto ya Ozanam cuando la Academia francesa ciñó las obras literarias con su gloriosa corona de laurel.

Y para entonces Dios había coronado también el humilde opusculillo.

¿Me queréis decir cuál de las dos coronas vale más? ¿La que ha colocado la tierra en torno de

sus volúmenes ó la que ha puesto el cielo sobre esas cuatro hojillas?

¡Qué poca cosa son los triunfos literarios y qué gran vanidad el mismo genio, cuando no se emplea en hacer bien!

Aun bajo el punto de vista social, contad por una parte á los que han leído los libros de Ozanam sacando de ellos alguna luz... ¡Y contad de la otra á todos las que esas pocas reglas impresas han dado la vida, la fe, la esperanza, la paz y la felicidad!...

Veo en torno de Ozanam en el mundo literario una pléyade de nombres ilustres: Villemain, Jouffroy, Sainte-Beuve, Cousin y otros muchos célebres por sus letras y que han muerto ya!... ¿Quién, caso de elegir ser uno de ellos, no escogería ser Ozanam el fundador de las bienhechoras Conferencias?

Él por su parte no se engañó en esto; á su obra predilecta consagró toda su vida: en los intervalos que le dejaban la cátedra, durante sus viajes, hasta en sus días de descanso, entregábase á consolidarla y propagarla con todo el ardor y vehemencia propios de su carácter. En vísperas de morir predica sobre su empresa y se afana por eternizarla, y cuando se le cae, por no poderla ya sostener, la pluma de la mano, es al escribir una carta en la que urge

con insistencia la apertura de una Conferencia en Siena en el Colegio Tolomeo.

Os he dado á conocer en Ozanam al hombre público y al hombre cristiano en la vida pública. Pero no me lo perdonaría si me detuviera aquí. Quiero pues que le contempléis además en la intimidad del hogar doméstico durante los breves y fugaces años que Dios le concedió vivir entre su esposa y su hija.

Ozanam en 1836, cuando tenía veintitrés años, aún no había resuelto la trascendental cuestión de la elección de estado. «Sufro—escribía—por esta falta de vocación que me obliga á ver el polvo y las piedras de todos los caminos de la vida, sin ver sus flores en ninguna parte. El momento de elegir uno su propia suerte es un momento solemne, y en todo lo solemne hay cierto tinte de tristeza» (1).

La indecisión persiste hasta 1840. Aumentan su perplejidad los consejos de algunos amigos ilustres.

«Yo—decía Combalot—querría ver á Ozanam no en una cátedra de universidad sino en la cátedra del Espíritu Santo, en el púlpito.»

(1) *Lettres*, t. I, pág. 209.

El mismo Lacordaire expresará su decepción con una frase singular: «Un lazo hubo — decía — que Ozanam no supo evitar y en el que vino á caer. Desde que fué dichoso quiso dar su dicha y aumentarla, repartiéndola. ¿Osaré yo decir que, aunque Dios le haya absuelto bendiciendo su unión, él era aún demasiado joven para gozar de una felicidad tan enemiga de las grandes musas? El literato está consagrado como el sacerdote, y si el ministerio de las almas exige una especie de culto y veneración de sí mismo, el ministerio de las ideas cuando se ejerce dignamente, exige también austeridades. Es difícil en medio de los goces domésticos, conservar la asiduidad en el trabajo y la libertad de la inteligencia, y más difícil aún el limitar uno sus necesidades dentro del modesto círculo de sus recursos. La pobreza es la compañera inevitable del literato que ha resuelto no vender su pluma ni al poder ni al oro; y la pobreza no es dulce más que para el hombre solitario que vive en la inmortalidad de su conciencia y nunca tiene más que una desgracia que temer ó sufrir, la suya propia.»

¿No es verdad que se adivina á través de esas frases mal veladas del gran orador, el sentimiento de una desilusión, de una esperanza frustrada?

Sea lo que fuere, por esta misma época Ozanam escribe estos admirables párrafos de una carta: «Paréceme que experimento desde hace algún tiempo los síntomas precursores de un nuevo orden de sentimientos é ideas que me causan terror. Siento en mí un gran vacío que es incapaz de llenar ni la amistad ni el estudio. ¡Ignoro quién vendrá á llenarlo! ¿será Dios, será una criatura? Si es una criatura, yo ruego que se presente más tarde, cuando yo sea digno de ella. Ruego que traiga consigo bastantes encantos exteriores para que no dé lugar á ningún sentimiento de disgusto; pero ruego sobre todo que venga con un alma excelente, que traiga una gran virtud, que valga mucho más que yo, que me atraiga hacia lo alto, que no me obligue á descender; que sea de ánimo generoso y esforzado, porque frecuentemente yo soy pusilánime; que sea ferviente, porque yo soy tibio en las cosas de Dios; que sea, en fin, compasiva, para que yo en su presencia no tenga que avergonzarme de mi inferioridad. He ahí mis anhelos, he ahí mis ensueños, pero nada hay para mí más impenetrable que mi porvenir» (1).

Dios quiso que se cumpliera á la letra este como presentimiento ó profecía. El 23 de Junio

(1) *Lettres*, t. 1, pág. 179.

de 1841 Ozanam se enlazaba para siempre con María Amelia Soulacroix, hija del Rector de la Academia de Lyon.

«¡Ah! querido amigo mío — escribía él entonces — que no hubieseis estado allí, vosotros mis compañeros en los tiempos trabajosos, los que me consolabais en los días de prueba, que no hubieseis estado allí, ¡oh! y con qué gusto os hubiera presentado á la encantadora esposa que me ha sido dada; también ella os habría sonreído con la graciosa sonrisa que me encanta. Desde hace cinco días que vivimos juntos, qué paz, qué serenidad en mi alma que habéis conocido tan inquieta y tan ingeniosa para atormentarse. ¡Me dejo llevar de la corriente de la dicha... y comprendo qué será el cielo! Ayudadme vosotros á ser bueno y agradecido: cada día que me descubre nuevos méritos en la esposa que poseo, aumenta mi deuda para con la Providencia divina... Qué diferencia entre estos y aquellos días en que me veáis tan triste en París.»

Bien podía Ozanam con todo derecho entonar este himno y dar gracias al cielo, pues en verdad que la compañera que había escogido le parecía una predestinada.

Muy instruída en todo lo tocante á religión, de un corazón ternísimo, tenía en su alma esa llama del entusiasmo y la poesía que, ilumi-

nando con sus esplendores la vida, le infunde su color y no solo la embellece sino que la hace buena, desligándola de ciertas miserias y viscosidades en que las preocupaciones materiales la tienen como atollada. La influencia de su padre la había proporcionado una cultura literaria y científica enteramente excepcional en una joven de su edad. Ella pues respondía á Ozanam como un eco fiel y encantador, y él se encontraba en ella.

Me complazco en figurármelos en su habitación de la calle Grenelle-Saint-Germain, en la que el mejor mueble era un piano Pleyel. Ozanam lee en voz alta y con toda su alma sus hermosas páginas sobre los *Nibelungen* y sobre los *Minnesinger*, ó el plan de sus *lecciones sobre la literatura italiana*. Ella le escucha, juzga, le interrumpe, admira ó aconseja. Más tarde, cuando escribía Ozanam su obra sobre los poetas franciscanos, ella será quien traducirá las *Fioretti*, las florecillas de San Francisco, y más tarde aún, ella será también la que, reuniendo las obras del muerto querido, ayudada del célebre Ampère, elevará sobre su sepulcro un monumento más glorioso que el de bronces y mármoles de otros muchos llamados grandes hombres.

Puede pues decirse que ella y él fueron á la par en su vida literaria. Pero aún encontró más

en ella para la vida del alma. ¿No recordáis la frase que antes os citaba, en que Ozanam decía que ella le había devuelto la paz á su alma?

Ozanam tenía, como todos los corazones grandes, la nostalgia del cielo: aquí abajo su corazón estaba inquieto, desilusionado, hastiado de todo y propenso siempre á la melancolía y la tristeza. Su energía y afición al trabajo y sobre todo sus obras de caridad le arrancaban á esas crisis de desaliento... ¡pero cuántas veces volvía á recaer! Cuando tuvo cerca de sí á la que él llamaba su ángel visible de la guarda, sintió que su sonrisa arrojó lejos de sí á esos demonios negros que entenebrecían el cielo del poeta.

No de otro modo el arco iris, después de una negra tempestad, con sus alegres colores disipa y pone en huída las cabalgatas de nubes y devuelve la alegría á la tierra.

El secreto para lograr tal transformación era muy sencillo: cuando Ozanam fruncía el entrecejo y sus ojos miraban con fijeza, pero sin ver nada en una vaguedad de ensueños, entonces ella abría el piano Pleyel y le hacía gemir y reír y suspirar armoniosamente bajo sus dedos. Ozanam no era músico, no veía en esos negros puntos y patitas de mosca del pentágono anotado sino unos misteriosos geroglíficos; pero su

alma sentía la música, y al escucharla sonreía, se extasiaba y sentía que su corazón se iba serenando al compás de las armonías.

Entre aquellos dos corazones no había ni riquezas ni fortuna; érales necesario vivir con estrechez y ajustar bien las cuentas... pero tenían lo que vale más: la poesía, la música, el amor y la felicidad.

Dios coronó esta dicha enviándole una hija. Nada os diré del gozo de Ozanam, pero ved cómo el pensamiento cristiano le imprime un sello santificante. «Ella, mi niña, no se apartará de nosotros—escribía á uno de sus amigos—no queremos privarnos ni de una sola de las primeras sonrisas de nuestro angelín. Comenzaremos desde luego su educación al mismo tiempo que nuestro ángel dará comienzo otra vez á la nuestra. Sí, porque ahora caigo en la cuenta de que el cielo nos la envía para aprender mucho y hacernos mejores. No puedo mirar su dulce carita tan llena de inocencia y de pureza, sin hallar allí la imagen del Creador ménos borrosa que en nosotros. No puedo pensar en esa alma inmortal de la que tengo que dar á Dios cuenta, sin que me sienta más penetrado de mis deberes. ¿Cómo podré darle lecciones si

yo no las pongo en práctica? ¿Podía Dios echar mano de un medio más amable para instruirme y corregirme y ponerme en camino del cielo?»

En las obras de Ozanam hay una página conmovedora en donde habla de su pequeña María. Viajaba por Suiza con su esposa y su hija. A mitad del camino, entre Lausana é Iverden, entre los dos hermosos lagos de Ginebra y de Neufchâtel, se halla la aldehuela de Echallens; allí había nacido su madre, allí en aquella pobrecita iglesia había recibido la primera comunión de manos de un anciano párroco que le repetía de continuo al bendecirla: los dos iremos, los dos iremos al cielo. Ozanam fué en peregrinación á esa iglesita de tan dulces recuerdos. Y cuando estuvo allí delante de la verja de madera que cerraba el santuario, en aquel mismo sitio en que su madre había rezado tantas veces, puso de rodillas á su hijita querida. «Esta iglesia — escribía entonces — es bien miserable; sin embargo, en ella he orado con grande emoción; he dado gracias á Dios por las gracias que Él había concedido en aquel templo á mi madre; he rogado por ella, porque deber nuestro es rogar por los difuntos, aunque como yo creo que es dichosa y poderosa en el cielo, le he pedido que vele sobre nosotros y que consiga, sobre todo para mi niña, algunas de sus

dulces virtudes. Mi mujer oraba conmigo, y mi pequeñuela María estaba tan formalita arrodillada delante de la verja del templo. Amelia ha querido coger algunas florecillas en el montecillo que sirve de base á la iglesia. Esas florecillas no son las mismas que nuestra buena madre encontraba á su paso al subir á la iglesia, pero eran parecidas: ¡quiera Dios que nosotros nos parezcamos á ella!» (1).

Cuán efímeros y pasajeros habían de ser todos esos goces domésticos. La salud siempre muy quebrantada de Ozanam esparcía muy espesas nubes sobre aquel cielo azul. El exceso de trabajo agotaba sus fuerzas, la tensión de su espíritu le exponía á una fiebre continua; no se entregaba como quiera á sus ocupaciones, se prodigaba dejándose consumir por la llama del entusiasmo ó, digámoslo, copiando la bella frase de Lacordaire: «Se encaminaba al término, con la rapidez de un alma que cree demasiado en la eternidad para guardar consideraciones al tiempo.»

El quebrantamiento de sus fuerzas llegó á ser tal, que le fué forzoso ceder al mal, inte-

(1) *Lettres*, t. II, pág. 90.

rrumpir sus clases y entregarse al reposo. Apenas restablecido, vuelve de nuevo á subir á la cátedra y á reanudar sus lecciones. Comprométesele á que las suspenda un poco más de tiempo, bastante más, al ménos hasta recobrar la salud por completo: «No—responde—tengo que cumplir mi deber; debo estar en mi puesto y morir en él si es preciso.»

Pero por segunda vez el mál fué más fuerte que él, y los médicos exigieron que fuese á Aguas Buenas. Allá se encaminó pués Ozanam con su mujer y su hija. Dejó el trabajo, pero no dejó jamás las obras de caridad; su primer cuidado, una vez allí, fué fundar una Conferencia. Aguas Buenas no pudieron con las fiebres, y entonces comenzó una peregrinación tristísima. Se encaminó á Biarritz, y sintiéndose mejor, partió para Burgos y volvió á Bayona. Después fué á Génova, de Génova á Liorna, de Liorna á Pisa, llevando á la rastra su vida que se le iba acabando.

Mayo empezaba á florecer, y los prados y los árboles y todo sonreía con la alegre sonrisa de la primavera. Entonces escribió en su *Diario* esta página sublime: «Hoy cumplo cuarenta años de vida, más de la mitad del camino que tengo que recorrer. Tengo una esposa joven y amada, una hija encantadora, excelentes hermanos, una segunda madre, muchos amigos,

una carrera honrosa, trabajos que llegan precisamente al punto en que podrían servir de fundamento para la obra en que he soñado hace tanto tiempo. Y heme aquí atacado de una enfermedad grave, pertinaz y tanto más peligrosa, cuanto que quizás oculta una extenuación completa. ¿Será pues necesario dejar todos esos bienes que vos, Dios mío, me habéis dado? ¿No queréis, Señor, contentaros con una parte del sacrificio? ¿Cuál de mis aficiones desordenadas queréis que yo os inmole? Quizás no aceptéis porque no os basta, el holocausto de mi amor propio literario, de mis ambiciones académicas, de mis proyectos de estudios, en los que acaso se mezclara más de orgullo que de celo por la verdad. Si yo vendiera mis libros para entregar su precio á los pobres, limitándome á cumplir con los deberes de mi estado, si yo consagrara el resto de mi vida á visitar á los indigentes, á instruir á los aprendices y á los soldados, ¿quedaríais satisfecho, Señor, y me dejaríais disfrutar de la dicha de envejecer al lado de mi esposa y de acabar la educación de mi hija? Quizás, ¡oh Dios mío! no queréis nada de esto, sino que me reclamáis á mí mismo. Pues bien, allá voy, Señor, allá voy...»

Desde este momento no tuvo entrada en su espíritu ilusión alguna... Aquel mismo día, apro-

vechando una ausencia de su mujer, escribió su testamento y lo ocultó para no entristecerla antes de tiempo.

Iban disminuyendo sus fuerzas cada día, y quiso volver á Francia para morir... Había pasado cuatro meses en Liorna; la casita en que había padecido tanto le era muy querida, y cuando la iba á abandonar detúvose á contemplarla en el dintel de la puerta: «¡Dios mío— exclamó— os doy gracias por los sufrimientos y aflicciones que me habéis concedido en esta casa, aceptadlos en descuento de mis pecados.» Y tomando entre sus manos las de su mujer: «Amelia — le dijo — quiero que bendigas á Dios por mis dolores.» Y al verla anegada en lágrimas la estrechó entre sus brazos y añadió: «¡Oh! y también le bendigo por los consuelos que me ha dado.»

El viaje fué penoso. Llegados á Marsella, Ozanam cayó en cama, pidió los últimos Sacramentos de la Iglesia, y pronto la última llama de vida se apagó. «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡tened piedad de mí!» con ese grito en los labios dejó de vivir.

Hay un momento solemne en que parece que el muerto revive, en que le oímos hablar por

última vez desde el fondo de la tumba... Es él, es él quien revive en esas páginas en que ha estampado su última voluntad para que permanezca viva para siempre ante sus muy amados, su última voluntad trazada con caracteres inseguros por una mano ya fría y temblorosa.

Quiero leerlos, Señores, el inmortal testamento de Ozanam:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Hoy 23 de Abril de 1853, al cumplir cuarenta años, y en la inquietud de un padecimiento grave, sufriendo de cuerpo, pero sano de espíritu, he escrito en pocas palabras mi última voluntad, proponiéndome consignarla más claramente cuando tenga más fuerzas.

»Yo entrego mi alma á Jesucristo, aterrizado por mis culpas, pero confiado en su divina misericordia: muero en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. He conocido las dudas del siglo presente, pero toda mi vida me ha convencido de que no hay reposo para el alma ni el corazón fuera de la fe de la Iglesia y de su autoridad.

»Si tengo en alguna estima mis largos estudios es porque me dan derecho á suplicar á todos cuantos amo que permanezcan fieles á una religión en la que he encontrado la luz y la paz.

»Mi ruego supremo á mi familia, á mi mujer,

á mi hija, á mis hermanos y parientes y á cuantos nacerán de ellos es que perseveren en la fe, á pesar de las humillaciones, los escándalos y las deserciones de que serán testigos.

»A mi tierna Amelia, que ha sido el gozo y el encanto de mi vida, y cuya solicitud y dulces cuidados han sido desde hace un año consuelo de todos mis males, le dirijo este adiós, fugaz como todo lo de la tierra. Le doy gracias, la bendigo y... la espero. Únicamente en el cielo podré pagarle tanto amor como merece... Doy á mi hija la bendición de los Patriarcas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Me entristece el no poder trabajar más tiempo en la obra tan querida de su educación, pero la confío sin pena á su virtuosa y amadísima madre... Abrazo en un solo pensamiento á todos mis parientes que no puedo nombrar aquí.

»Doy una vez más gracias á todos cuantos me han hecho algún servicio. Pido perdón de mi viveza de genio y de mis malos ejemplos. Reclamo las oraciones de todos los míos, de la Sociedad de San Vicente de Paúl, de mis amigos de Lyon. No emperecéis por los que os digan: «Ya está en el cielo.» Orad mucho siempre por quien os ama mucho, pero que ha pecado mucho. Ayudado por vuestras oraciones, mis queridos amigos, dejaré la tierra con mé-

nos temor. Espero firmemente que no nos separamos por completo, y que yo quedo con vosotros hasta que vosotros vengáis conmigo. Que descienda sobre vosotros la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

He acabado, Señores.

¿Qué queréis que añada á estas palabras?

Os he puesto ante los ojos, como os decía al principio, un hombre de nuestro siglo y de nuestro tiempo marchando por el camino ordinario de la vida y no teniendo nada de lo que parece indispensable para la gloria y las grandes obras, sin fortuna, sin prestigio... Y sin embargo ved qué huella, qué estela luminosa ha dejado en pos de sí; ved qué peso ha sido el suyo en la balanza de los destinos del mundo; ved después de más de treinta años que duerme el sueño de la muerte; ved cómo su obra le sobrevive, gloriosa y fecunda, salvando á los hombres de la desesperación y á la sociedad de la rebelión y la anarquía.

¿Y qué tenía él que no tengáis vosotros?

¡Genio, talento! ¡Ah! volvéis á vuestro tema... Sí, necesitaba tenerlo para su obra literaria, pero no se os exigen obras literarias, no se os

pide que enseñéis en una universidad. No se os pide más que hacer el bien, nada más que eso. Pero notad que es lo único que importa. Todo lo restante me preocupa bien poco. Todo lo restante lo dejaréis aquí cuando partáis para las lejanas riberas de la muerte, y solo os seguirá allá el bien que hayáis hecho.

¡Jóvenes! Yo evoco de la tumba esa gran sombra: ahí está de pie y mirándoos fijamente, y os grita como los viejos retratos del Marqués de Rouillé: «¿Y tú, qué es lo que tú haces?»

Respondedle, si gustáis, en el secreto de vuestras conciencias.

«¿Y tú, qué es lo que tú haces?...» ¡Oh! no os esforcéis en aturdiros y cerrar los oídos para no escuchar. ¡No! ¡no! Porque hay una hora fatal en la vida que llega lo mismo á los cuarenta años, como le sucedió á Ozanam, que más tarde y con frecuencia más pronto, y llega siempre inesperadamente. Resuena entonces en nuestros oídos un gran grito que no dice no: «¿Y tú, qué es lo que tú haces?» ¡sino algo más terrible aún! «¿Y tú, qué es lo que tú has hecho?»

Y entonces no es tiempo ya de volver atrás, de trabajar, de reparar, no es más que tiempo de morir.

En cuanto á vosotros, socios de San Vicente de Paúl, que habéis seguido el generoso ejemplo de Ozanam, que marcháis por el camino que él abrió, y ensanchándolo más, que alimentáis en vuestro pecho algo de la llama que le consumía, á vosotros, recogíendome en mi interior y sintiéndome sacerdote, os quiero repetir, al despedirme de vosotros esta noche, la inmortal bendición que un día hizo descender Pío IX sobre vuestras almas.

Pío IX en los días memorables que siguieron á la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María, reunido en su presencia el Consejo General el 5 de Febrero de 1855, tuvo especiales bendiciones para la naciente Sociedad de San Vicente de Paúl, bendiciones que reiterará ahora desde el cielo el santo Pontífice: «Yo os bendigo—dijo—en nombre del Eterno Padre, que con caridad eterna nos ha amado, y que cuando nuestro primer padre perdía la santa inocencia y nos transmitía por anticipado la culpa original, nos amaba hasta el punto de dar en aquel momento mismo, el misericordioso decreto de nuestra redención.

»Yo os bendigo en nombre de Jesucristo, que nos amó hasta llegar á derramar la última gota de su preciosa sangre para borrar de nuestras almas el sello de eterna condenación.

»Yo os bendigo en nombre del Espíritu Santo, y pido á este padre de los pobres, á este dispensador de los dones celestiales, á este consuelo de los afligidos, que extienda sobre vosotros un rayo de su luz divina, á fin de que alumbrados y santificados por ella, podáis traer de nuevo al buen camino las almas de aquellos á quienes prodigáis vuestros beneficios y se hallan desviados de los senderos de la virtud.

»Yo os bendigo en nombre de la Santísima Trinidad, y que esta bendición os acompañe todos los días de vuestra vida. Que ella se extienda sobre todos aquellos que cooperan á las obras de caridad, ya sea en Roma, ya en Italia, ya en Europa, ya en el mundo entero.

»Yo os bendigo por todo el tiempo que dure vuestra mortal carrera y en la última hora de vuestra vida, á fin de que, después de ella, seais benditos de Dios por toda la eternidad.»

A. M. D. G.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CONFERENCIAS FAMILIARES Y BREVES NARRACIONES

Conferencias familiares.

(Morales.)

- TOMO I.—I. *La Ilusión*.—II. *Libertad*.—III. *Los llamados por Dios*.—IV. *La Felicidad*.
- TOMO II.—V. *El Deber*.—VI. *El esclavo de los esclavos*.—VII. *En Africa*.—VIII. *El hijo del pobre*.
- TOMO IV.—XIII. *La Obrera*.—XIV. *Los chicos de la calle*.—XV. *El Valor*.—XVI. *La paz ó la guerra*.
- TOMO V.—XVII. *El Placer*.—XVIII. *La Miseria*.—XIX. *Las Madres*.—XX. *Egoísmo*.
- TOMO VI.—XXI. *El Juego*.—XXII. *La vida cristiana*.—XXIII. *El corazón del hombre*.—XXIV. *Elevaciones del corazón: I. Aquí abajo. II. Más allá*.
- TOMO VIII.—XXIX. *Desequilibrados*.—XXX. *El Obrero*.—XXXI. *El Patrón*.—XXXII. *Federico Ozanam*.
- TOMO IX.—XXXIII. *Entusiasmo*.—XXXIV. *Deberes de los ricos en la actualidad*.—XXXV. *La Fe*.—XXXVI. *La Familia*.
- TOMO XI.—XLI. *Pobres y ricos*.—XLII. *El mal del mundo*.—XLIII. *El remedio del mal del mundo*.—XLIV. *El despertar de las almas*.

Conferencias familiares.

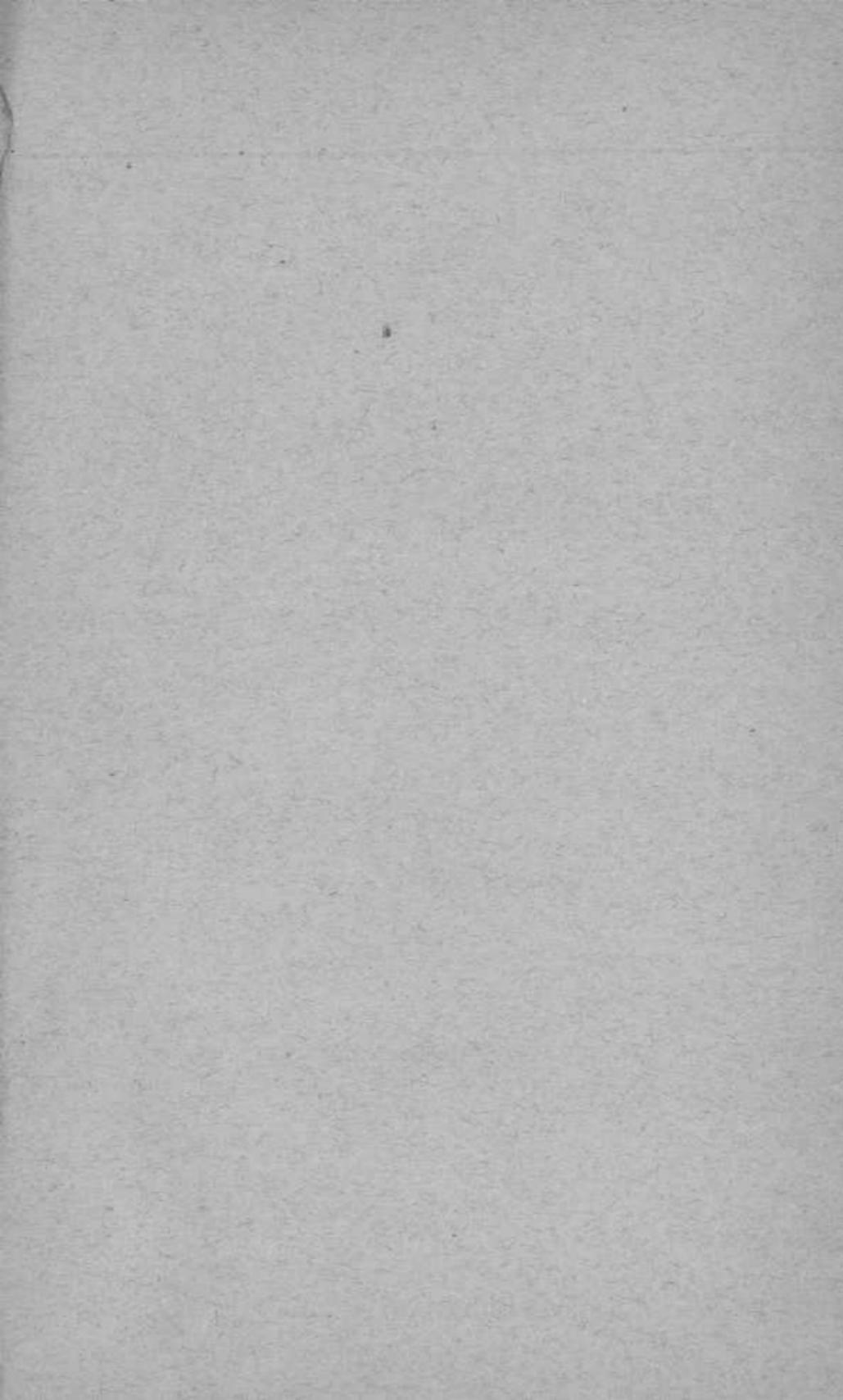
(Científicas.)

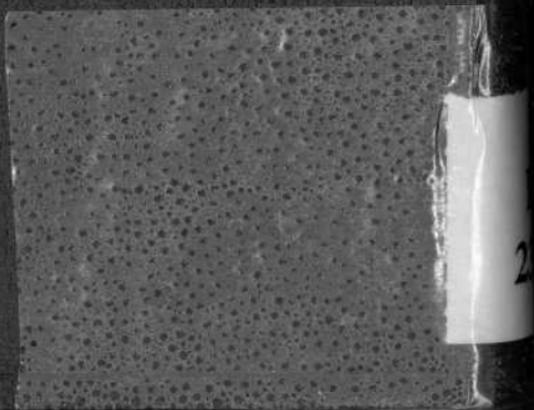
- TOMO VII.—XXV. *Nuestros primos.*—XXVI. *Nuestros insectos* (1.^a parte).—XXVII. *Nuestros insectos* (2.^a parte).—XXVIII. *Nuestras aves.*
- TOMO X.—XXXVII. *Perros y gatos.*—XXXVIII. *El caballo y el asno.*—XXXIX. *La vaca, la cabra y el carnero.*—XL. *Las aves del corral.*

Breves narraciones.

- TOMO III.—IX. *¡Esperando!*—*El Sargento Franck.*—X. *La Granja de las Golondrinas.*—*Berta.*—XI. *Mirando al cielo.*—*¡Que yo vea, Señor!*—XII. *Una distracción en la Iglesia.*—*Entre el cielo y la tierra.*









D-2

23609